

Nacimiento y destino del concepto de economía natural

(Un referente de la producción con seres vivos)

Publicado originalmente en la revista número 31 de diciembre de 1993

Luis Jair Gómez Giraldo

(Colombia, 1940-v.)
Médico Veterinario y Zootecnista de la Universidad de Caldas, Magíster en Ciencias de la Universidad de Misuri, Estados Unidos. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia. Acreedor de algunos reconocimientos. Autor de numerosos libros y artículos.



Resumen

El artículo ofrece un acercamiento al concepto de economía natural. Presenta algunas consideraciones históricas sobre el fenómeno “producción” agraria e industrial, ligadas al entendimiento y diferenciación del orden de lo natural, en los enunciados de teóricos como: Say, Keynes, Petty, Quesnay y Smith. Luego, establece un horizonte epistemológico necesario para la discusión en juego; la cual se teje en los ejes capital-materia prima-medio de producción; salario-trabajo necesario; y renta del suelo-plusproducto.

Palabras clave

Marx, Humboldt, teoría económica, epistemología de la economía, pensamiento económico.

Introducción

Si comparamos la definición que de economía natural da Marx con la que aparece en Humboldt, nos desconcierta el estar frente a dos conceptos claramente diferentes que se reconocen con un nombre similar. Este desconcierto crece cuando tratamos de interpretar la inconsistencia semántica que Pirenne delata en su comentario sobre la *naturalwirtschaft* (economía natural); pero es ya incomprensible que una descripción tan magistral para la época, por su claridad,

de economía animal, como la expuesta por Quesnay (1888) en el volumen III de sus ensayos, pueda pasar por no representar nada coherente para el resto de los economistas. Podemos preguntarnos, desde la perspectiva actual de la economía, por lo demás carente por completo de unidad, si ello sucedió porque la producción agraria perdió toda importancia para las teorizaciones económicas o si, realmente, no correspondía a ninguna realidad productiva.

Hay tanta más razón en el desconcierto cuando descubrimos la importancia que para la racionalidad de la Historia Natural y su mutación en Biología tuvo la idea de Quesnay a partir de la reelaboración de Lavoisier. Esto parecería autorizarnos a pensar que nos encontramos más frente a un problema de homonimia que frente a una divergencia teórica.

A pesar de que el tema parece haber carecido de importancia para los economistas, nos parece que no le falta ella del todo, y que la ausencia de interés tradicional entre los teóricos de la economía por este aspecto es, simplemente, otra de las manifestaciones de la dificultad de las ciencias sociales para conformar cuerpos teóricos coherentes y estables en la aprehensión de su objeto de trabajo.

Consideraciones históricas

En el desenvolvimiento del hombre en su mundo social se van acumulando experiencias referidas a un particular quehacer que adquiere, por lo mismo, unos límites definibles. El incremento de experiencias es entonces sometido al conocimiento causal y empieza a configurarse así un saber que toma un nombre, una denominación que lo identifica en la práctica social y que establece su simbología, su lenguaje y sus propias reglas. Ese lenguaje es, en parte, propio y, en mayor o menor medida, prestado de otros saberes que han obtenido la sanción social y que han logrado un cierto prestigio. Tal es el caso de la economía.

En el siglo XV comienzan los venecianos a orientarse en el mundo ya establecido del comercio, movido en

las velas del Mediterráneo, por medio de las matemáticas. En Treviso se logra una primera aproximación y se intenta desarrollar una simbología matemática sistematizada que, en un mundo de iletrados, logra darle vuelo a una cierta cofradía de comerciantes urgidos por comunicarse con sus agentes en las factorías que empiezan a abrirse al otro lado de la ruta, y ante la necesidad de conocer por sí mismos el flujo de sus monedas y mercancías. Según lo expresa su autor anónimo, se trataba de un manual escrito para uso de quienes se dedican a actividades comerciales. Siguieron a esta la *Aritmética* de Borghi, en 1488 y, por el mismo tiempo, el *Libro de Tariffe*, en el que se entra ya en cálculos más complicados de pesos, medidas y monedas de todos los países. Con estos elementos se llega ya a la *Summa* de Pacioli en 1494, donde se recogen todos los elementos de Borghi y se trata además de la contabilidad por partida doble.

Sin lugar a duda, aunque se estaba todavía a poco más de un siglo de Montchrestien, se habían echado raíces de la economía mediante una aproximación puramente empírica, pero suficiente para ese oficio individual de los intercambios del comercio, que precisamente se fortalecían como actividad regular en la encrucijada de las rutas mediterráneas. Es en este punto donde eclosiona la economía como “ciencia empírica del espíritu” para valernos de la expresión de Dilthey (1956), de tan profundo contenido, iniciando con “un análisis efectivo de la naturaleza según sus fuerzas actuantes” (p. 141), que marca la superación de la teología racional que rechaza los intercambios, mejor, las ganancias y los intereses que no están de acuerdo con la razón moral, sobre la cual se fundó esa “preeconomía” en la que la “utilidad colectiva es la fuente de valor”, tal como la define Fourquin (1978, p. 366).

Es en ese mundo en el que se insinúan, en principio, los rasgos claros del capitalismo. Las prebendas y las sinecuras del señorío feudal y de la nobleza medieval empiezan a ser disputadas por quienes tienen una habilidad sobresaliente en los negocios, que les permite acumular riqueza, si tienen éxito en esa

especie de descubrimiento universal de la ganancia, filtrándose entonces de arriba abajo de la sociedad, llevándose por delante lo mismo al mercader o al notario de un pueblo que al gran banquero de Augsburgo o de Lyon; véase la insistencia sobre el préstamo o la especulación comercial mucho antes que sobre la organización de la producción (Bloch, 1952, p. 134).

Aparece así otro patrón de jerarquización social que empieza a sustituir al feudal, primero en el marco de las ciudades mercantiles: Venecia, Génova, Milán, Brujas, Amberes y Ámsterdam, y luego en las economías nacionales.

Es al estudio de la racionalidad de este oficio, ya socialmente reconocido, de acumular riqueza, al que en el marco de las economías nacionales —Inglaterra de primera— Montchrestien daría, en 1615, el nombre de “economía política”, en cuanto supera el estrecho ámbito del mundo doméstico de los antiguos para servir, en adelante, a los intereses del gobierno de una nación.

Configurado ya el oficio de la contabilidad por partida doble, que sistematiza la empiria de las cuentas que suponen los intercambios, y denominado el cuerpo de conocimientos que subyacen a esa empiria, se hace necesario desentrañar el origen mismo de la riqueza como objeto de trabajo identificado de la economía.

Se inicia así, en el siglo xvii, esa intensa actividad para reconocer el verdadero origen de la riqueza, representada en el metal amonedable, pero aún ininteligible a la sombra de “una confusión sistemática entre moneda y riqueza, valor y precio de mercado” (Foucault, 1976, p. 165).

Será Petty quien intente abrir el debate que aclare esa confusión, no sin antes cerrar el ciclo de las aritméticas. Su *Aritmética política* le permite dar el salto cualitativo desde los negocios particulares hasta el amplio espacio de la economía de los estados nacionales, que es con todo derecho “política”, pasando necesariamente por la economía de las ciudades mercantiles. Es este en realidad el proceso histórico que funda la economía como un saber identificable en su contenido.

Petty establece lo que Cantillón, según Gilibert (1980), ha llamado la “ecuación entre tierra y trabajo” (p. 84), mediante la cual el tiempo de trabajo surge como la medida del valor.

Una conocida cita que Marx hace en su libro *Teorías sobre la plusvalía* (1980), de uno de esos textos de Petty, es lo suficientemente clara al respecto:

Si un hombre puede transportar hasta Londres una onza de plata extraída de las entrañas de la tierra en el Perú en el mismo tiempo que necesitaría para producir un bushel de trigo, lo uno sería el precio de lo natural del otro (pp. 163-164).

Si este pasaje lo relacionamos con otro, también citado por Marx, se tiene innegable y elegantemente establecida la “ecuación entre tierra y trabajo”, donde además se equiparan las ganancias de la minería con los excedentes físicos de la agricultura. Dice Petty, en efecto, al referirse al valor de la tierra o de la renta de esta: “¿Cuánto vale en dinero esta tierra o esta renta?”, a lo que el mismo Petty contesta:

Valdrá tanto como el excedente que le da a otra persona que invierta su mejor tiempo en ir a un país en que haya minas de oro o plata, extraer el metal, purificarlo, acuñar monedas y transportarlas al lugar en que otras personas han sembrado y cosechado el trigo. La suma que esta persona obtenga como excedente, después de deducir todos sus gastos, equivaldrá enteramente, en cuanto al valor, a la cantidad de trigo que conserve como excedente el cultivador de la tierra (Marx, 1980, p. 165).

La filiación lógica de esta conceptualización, aún en ciernes, será la que seguirán Smith, Ricardo y Marx, entre los clásicos de la economía, quienes además retomarán y refinarán el concepto de valor-trabajo ya enunciado por Petty, y reforzarán la idea que se ancla tan fuertemente en dicho concepto, de que la industria es superior a la agricultura, y el comercio a ambas en rendimientos económicos. Al respecto, Petty es contundente: “Puede ganarse más con la manufactura que

con la agricultura y más con el comercio que con la manufactura” (Marx, 1980, p. 163). Así que Petty ya considera la agricultura como una actividad económica importante, sus afectos están por el comercio; Smith (1958), en cambio, está decididamente del lado de la manufactura, pero declara que “no hay capital que, en iguales circunstancias, ponga en movimiento mayor cantidad de trabajo productivo que el del labrador” (p. 328). Al fin y al cabo transcurre un poco más de un siglo entre el *Tratado de impuestos y contribuciones y De naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*; en realidad, el mismo tiempo que corre entre el clima del comercio y el inicio en firme del industrialismo. Este hiato tan dilatado solo podía ser ocupado por la actividad agrícola. Surge así el discurso fisiocrático que ve en los excedentes físicos, que solo la producción con seres vivos pueden generar, el origen de la riqueza.

Quesnay se replantea completamente el problema del origen de la riqueza y lo ubica en la actividad espontánea de la naturaleza viva, lo que a su turno lo lleva a considerar a los traficantes o comerciantes como unos detractores de esa riqueza, y a los manufactureros como una clase estéril en términos de generación de riqueza. Sus expresiones son transparentes: “Que el soberano de la nación no pierda jamás de vista que la tierra es la única fuente de riqueza, que es la agricultura la que la multiplica” (Quesnay, 1888, p. 331). En otro texto dice:

este interés (el del Estado) exigirá entonces que se restrinja lo más posible las ganancias del traficante, esto es: que se pague lo menos posible por sus servicios, a fin de que quede lo más posible de producción para incorporar a la tierra para procurar este aumento progresivo del *produit net* (p. 669).

Sin embargo, el pensamiento de que solo la actividad de los seres vivos, la agricultura, es la fuente única de riqueza, que constituyó el núcleo de la teoría fisiocrática, no tuvo seguidores, y solo mantiene un carácter residual en la concepción que a partir de Smith desarrollan Ricardo y Marx. Solo Say (1836) reconoce en la “fuerza vegetativa de la tierra”, y en la “fuerza vital que

contribuye al acrecentamiento y vigor de los animales”, capacidad, con el “concierto del hombre”, para generar riqueza (p. 133); pero a diferencia de Quesnay no la considera como fuente única, y más aún, Say (1836) escribe de ellos —los fisiócratas—, que no tenían ideas claras acerca de la naturaleza de las riquezas mismas (p. 50). Tampoco Smith tiene una idea mejor de “los economistas”; aunque con una orientación diferente a la de Say (1836) escribe sin ambages: “En la agricultura trabaja así mismo la naturaleza con el hombre, y aunque a ella nada le cuesta su trabajo, el producto de este nivel tiene su valor peculiar, tanto como el operario más costoso” (p. 328).

Esa condición residual de la producción agraria, dentro del avance de la configuración de la economía, se debe a la importancia que hasta entrado el siglo XIX mantuvo la agricultura, lo que implicaba el peso que dentro del análisis económico general tenía la renta del suelo. Este carácter residual de la agricultura se manifiesta en que el análisis de la renta pierde ya todo valor cuando la teoría económica pone como fulcro de su interés la dinámica del intercambio, cuando el precio sustituye al valor en el centro de la economía. Los neoclásicos en realidad desconocen, prácticamente, el problema de la renta del suelo y Keynes (1986), ya en el siglo XX, apenas se refiere a la agricultura de manera incidental para ejemplificar el tema de los ciclos económicos.

Mirada en la perspectiva histórica la concepción fisiocrática, que tanto molesta a Say, resulta ser solo una anomalía en el desarrollo de la teoría económica que se desprende de la débil rama agraria del pensamiento de Petty, pero que no echa raíces, puesto que todo el espacio de análisis es cubierto por el comercio y la producción manufacturera industrial. Gráficamente podría representarse esta anomalía de la siguiente manera:

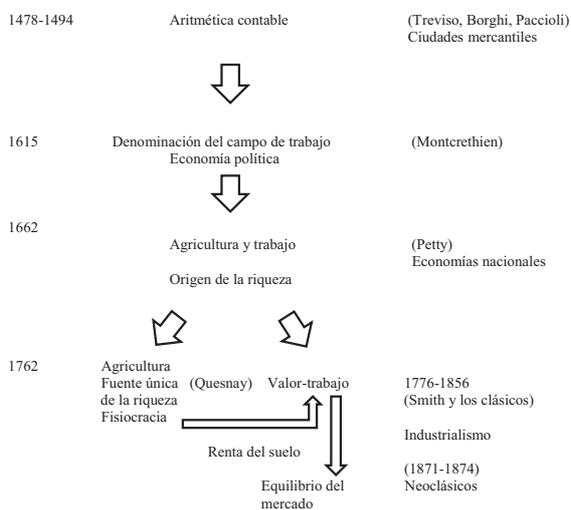


Figura 7.1 Anomalía en el desarrollo de la teoría económica.
Fuente: sin datos.

A pesar de que la producción agraria apenas si fue un elemento residual en la sesuda conceptualización de la economía de los clásicos y desaparece, casi sin dejar rastro, entre los neoclásicos, sigue jugando un gran papel en la marcha económica de las naciones. Por lo menos dos grandes manifestaciones se perciben al respecto. Por un lado, la presencia del cameralismo desde mucho antes de la aparición de la fisiocracia, que se hace acreedor de sus cartas de nobleza desde el primer tercio del siglo XVIII, en reconocimiento a la gran importancia que se le otorga a la prosperidad agrícola para la solidez económica de los estados. Desde 1727, iniciando en Halle y en Fánfort del Óder, se van fundando en todas las universidades alemanas facultades de ciencias camerales entendidas como el conocimiento de la agricultura y la silvicultura. En las mismas facultades prusianas se enseña la conservación de los bosques y el estudio de los suelos. Ya en el siglo XIX las universidades alemanas ofrecen cursos regulares de Agricultura Política (*Agrarpolitik*); en Francia, el reconocido Instituto Agronómico de Versalles ofrece por primera vez, en 1851, un curso llamado Economía Rural.

Luego, la formación de la economía agrícola se extendió al resto de Europa, dando particular énfasis a los problemas asociados con el manejo de negocios de granjas individuales. En este sentido, tuvo particular atención la contabilidad y los costos a nivel de firma. En Alemania, sin embargo, se le dio además gran importancia a una segunda línea de trabajo, a la agropolítica, centrada en aspectos de política agraria a nivel nacional e internacional.

En Estados Unidos, el avance de la enseñanza de la economía agrícola tuvo un gran desarrollo ya entrado el siglo XX, siendo impartida en gran número de sus universidades. Esta cubre, principalmente: administración rural, mercadeo de productos agrarios, políticas económicas, economía del suelo, crédito agrícola, economía de la producción, precios, y métodos y técnicas estadísticas.

Empero, contrario a lo que podría pensarse, no se recoge en la economía agrícola una especificidad de este campo de la producción, sino que se trata simplemente de la aplicación de todos los principios desarrollados con base en la producción industrial, que constituyen el cuerpo de la economía como campo del conocimiento, a la producción agraria reconociendo en esta última solo algunas particularidades menores, como las recoge Bandini (1982) en su definición: “La economía agraria —dice el tratadista italiano—, se puede definir como aquella rama fundamental de la ciencia económica que aplica las características específicas de la actividad agrícola, los principios y esquemas lógicos mantenidos por dicha ciencia” (p. 605). Más adelante, aclara esta definición anotando que ella responde a un método de estudio de tipo explicativo en cuanto “trata de explicar lógicamente la realidad agrícola, valiéndose de los principios y esquemas de la ciencia económica” (p. 50).

Consideraciones epistemológicas

El éxito de una teorización es lograr aprehender, en un nivel de abstracción adecuado, todos los elementos e interacciones estables, indispensables para lograr la interpretación formal y consistente de la realidad una vez se vuelva a ella.

Las ciencias sociales, sin embargo, albergan en su campo de conocimiento un conjunto de fenómenos que operan condicionados por una compleja red de interacciones, entre una multitud de elementos con una marcada interdependencia que convierte el escenario social en un conjunto holístico, donde el *ceteris paribus* resulta ser solo un artefacto metodológico bastante engañoso.

Esta característica fundamental nos explica el abundante número de escuelas de pensamiento en cada una de estas ciencias, cada una reclamando la primacía de sus esquemas teóricos interpretativos pero, a su turno, mostrando sus debilidades inocultables. Esta debilidad, derivada del nivel de complejidad en cuanto al conjunto de estructuras que configuran su objeto particular de trabajo, supera en este aspecto al mundo biológico, a

su vez más complejo que el físico, que en consecuencia exhibe una mayor capacidad interpretativa en las ciencias que se ocupan de los fenómenos de sus respectivos campos del conocimiento.

En el nivel social, una de las ciencias, la economía, incluye, además del componente estrictamente socioeconómico, cual es el de las relaciones que se establecen entre los distintos agentes sociales que intervienen en el proceso económico de producción, el componente técnico-económico, cual es el de las relaciones técnicas que se establecen entre los distintos elementos técnico-sociales que hacen posible la generación y distribución de un producto.

Esquemáticamente se pueden enumerar estos componentes así:

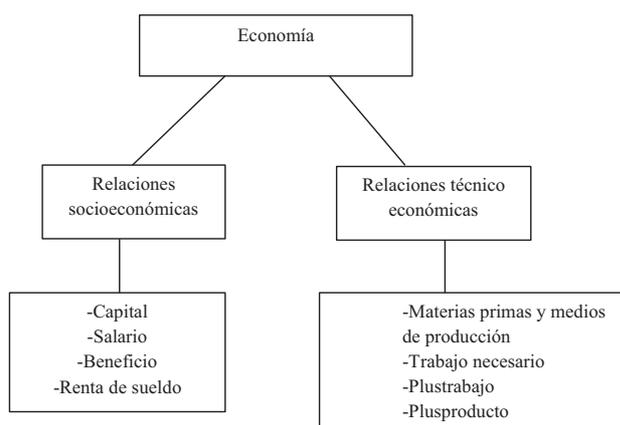


Figura 7.2 Componentes de la economía.
Fuente: sin datos.

Estamos ahora en el corazón del problema. En el esquema propuesto es evidente que cada categoría de las relaciones socioeconómicas se corresponde con cada una de las técnicoeconómicas así: capital-materias primas y medios de producción; salario-trabajo necesario; beneficio-plustrabajo; renta del suelo-plusproducto. Y es igualmente evidente que miradas así tienen algunas diferencias importantes que los economistas clásicos habían dejado establecidas en sus cuerpos teóricos;

pero ello es debido simplemente a que, para el análisis clásico, el problema técnicoeconómico podía resolverse fácilmente, como en efecto se hizo, a partir de la propuesta mecanicista derivada de los procesos industriales de producción que se constituyeron rápidamente en la base de todo el desarrollo teórico de la economía.

Este nivel de generalización, posibilitado por el pensamiento mecanicista de la época, permitió reducir la

producción biológica —la agricultura—, la mecánica —la industria— y el suelo y los seres vivos a medios de producción pasivos. Siendo así, del binomio “agricultura-trabajo” de la elaboración pettyana solo era rescatable el trabajo, mientras el *produit-net* de Quesnay aparecía completamente asimilable al trabajo excedente, haciendo irrelevante el pensamiento fisiocrático.

Surge de la apreciación anterior otra característica importante. La economía, además de ciencia social es histórica; de tal manera que sus categorías solo son definibles dentro del tiempo histórico de una sociedad específica en cuanto a su sistema social de producción. Recientemente Dillard (1991) lo ha compendiado con gran propiedad: “el presupuesto de que los principios de la economía dominante son universales es engañoso” (p. 121).

En este sentido, las categorías que caracterizan un sistema de producción de un periodo histórico dado tienen plena validez dentro de ese universo social y solo dentro de él. De esta manera, mientras el capital, el salario, el beneficio y la renta del suelo, como categorías socioeconómicas, mantienen su identidad para el periodo histórico del capitalismo, son inexistentes durante el esclavismo y la servidumbre, a pesar de que estos conceptos denominan sociedades tan jerarquizadas como el sistema salarial, pero con visiones del mundo diferentes que explican de otra manera la división clasista de la sociedad. Sin embargo, el grado de resolución de tales categorías está condicionado por el nivel de comprensión de las relaciones tecnoeconómicas propias del proceso productivo que le da vigencia al sistema. Si se examina en detalle tanto el capital como las otras categorías, se encuentra que han sufrido refinamientos —que no distorsiones de su identidad—, a partir del momento en que eclosionaron con la aparición del sistema salarial de producción, como efecto del avance del conocimiento de los fenómenos tecnoeconómicos.

Se desprende de lo anterior, que esta correspondencia entre uno y otro tipo de categorías exhiben diacronías

diferentes, puesto que mientras la definición del objeto de trabajo de una ciencia, a partir del cual se establecen sus categorías, es un problema filosófico que se corresponde con la visión del mundo de la época, las relaciones técnicas y los elementos que participan en esas relaciones son un problema de conocimiento del aspecto material —el proceso económico de producción—, en el que se apoya el fenómeno social que constituye su objeto de trabajo. Sin embargo, como ya se había señalado, la visión mecánica del mundo de la época, reforzada por el prestigio de la producción industrial, impidió reconocer la diferencia, en cuanto a sus relaciones tecnoeconómicas, entre la producción con seres inertes —la industrial— y la producción con seres vivos —la agraria—. Se le cerraba así el paso a la fisiocracia.

La economía natural

En realidad, las relaciones sociales son distintas a las relaciones técnicas y, aunque durante el periodo histórico concreto del sistema salarial las relaciones conservan su identidad, las relaciones tecnoeconómicas se resisten a su homogeneización bajo el prestigio del industrialismo. Es este un hecho crucial que hay que distinguir para lograr una adecuada aproximación al análisis real y diferencial entre la producción con seres vivos y la producción con seres inertes.

El meollo del problema es que solo los fisiócratas tocaron con la economía natural al ubicar el origen de la riqueza en el excedente físico de la agricultura. De ahí en adelante apenas hay alusiones a este aspecto que, no por ignorado, pasa sin dejar huellas ocultas, sobre todo en Ricardo y aun en Marx. En cuanto a la producción agrícola, mantuvo su gran peso en el grueso de la economía de la época de los clásicos, se exigió que el problema de la renta del suelo y el terrateniente no pudieran abandonarse en las teorizaciones; pero desde Smith, con la manufactura, es la producción con seres inertes la que impone su dominio en tales desarrollos teóricos. Así los neoclásicos ya no hablan ni siquiera de la renta del suelo y de las estructuras

que se configuran a partir de las interacciones entre los elementos socioeconómicos y los tecnoeconómicos, sino que mediante un asombroso giro conceptual se salta a un juego de conexiones entre relaciones tecnoeconómicas de producción y éticosociales de distribución. Es Walras (1987) quien reduce la riqueza social a un fenómeno natural y llama entonces a las relaciones entre personas y cosas —fenómenos de producción—, “economía y política aplicada” (p. 168), y a las relaciones entre personas —el fenómeno de la apropiación de la riqueza social— “economía social” (p. 171). Es claro entonces que la economía deja de ser una ciencia objetiva para tornarse una ciencia subjetiva.

Chaunu (1978) escribe que “no basta con que aparezca un pensamiento; es preciso también que un medio le haga eco” (p. 592). Una parte de las virtualidades de la producción con seres vivos estaba enunciada, o por lo menos esbozada, en la teoría fisiocrática que incluso llegó a denominarla “economía animal”, pero no tuvo eco en las teorizaciones posteriores de la economía que la desconocieron por completo, aunque utilizaron algunas de sus características sin que alcanzaran identidad propia. Sería entonces la historia natural y luego la biología las que madurarían este concepto.

En 1748 apareció el *Essai physique sur l'économie animale* del médico F. Quesnay, texto que en opinión de Oncken (1888), importante crítico y editor alemán de las obras completas, “incluye ya las bases del desarrollo ulterior de la filosofía práctica o, que es lo que identifica el pensamiento de Quesnay, de la filosofía económica” (p. 740). Y en efecto, como lo señala expresamente el mismo Oncken, “los trabajos económicos de Quesnay y de su escuela, que aparecerán más tarde, serán tratados siguiendo una forma orgánica similar” (p. 749).

El rumbo que a partir de Smith tomó la teoría económica acabaría por ignorar este importante aporte que solo la biología rescataría en su momento, cuando ya el industrialismo se había convertido en el hijo mayor de la economía capitalista. Un estudioso como G. Franco (1958), en su análisis preliminar de la obra monumental de Smith, apenas dice para referirse al texto de Quesnay

que “en él se hace mención del derecho, del orden y de libertad natural; pero sin ninguna referencia explícita a cuestiones económicas” (p. xv).

Quesnay (1888) es, sin embargo, de una extraordinaria claridad:

La materia, por ejemplo —escribe—, que es sucesivamente empleada para formar diferentes cuerpos, no sufre ningún desperdicio de su substancia en la generación ni en la destrucción de sus cuerpos; los diferentes cuerpos que ella compone caen solamente en disolución; pero la substancia que los compone existe siempre y vuelve a entrar en la composición de cuerpos que se reproducen sucesivamente (p. 759).

Y agrega poco después que una vez sucedida la muerte, ya sin ninguna sensación, “sin ninguna forma particular en este estado, ella (la materia) se incorpora a la masa común de la materia y es, conforme a ellos, empleada entonces indistintamente en la composición de los cuerpos que se reproducen” (p. 759). En esta forma, Quesnay no solo se anticipa en varios años a la concepción lavoisieriana de la economía natural, sino que esboza nitidamente una tal doctrina.

Dos elementos se desprenden de esa concepción de la economía animal: 1) La circularidad del proceso productivo de los seres vivos y 2) la autorreproducción. Ambas características no solo son propias de la producción con seres vivos y a diferencia de la producción con objetos inertes, sino que marcan la doctrina fisiocrática. Es innegable la circularidad —más que el zigzag gráfico— que exhibe el *Tableau Economique* de 1759; circularidad que no hacía más que representar gráficamente la concepción de la economía animal y que por ser opuesta al proceso lineal de la producción mecánica industrial, resultó ser incomprensible para Marx (1946), a pesar de que le dejó una buena impresión por la ingeniosidad que revela como modelo, y en el que, inclusive, se apoyó para ilustrar “el proceso de reproducción en su conjunto” (t. II, p. 469), según la carta a Engels de julio de 1863, a pesar de que en su crítica a los fisiócratas, en las *Teorías sobre la plus-*

valia (t. I, p. 285), se apresura a decir que no “expresa reproducción alguna”, y solo es un simple “reflujo de dinero”, “que expresa al mismo tiempo, la continua reproducción de la mercancía por parte del mismo productor” (t. I, p. 287). En esta misma línea de pensamiento Marx escribe al inicio de *El capital*, refiriéndose a las mercancías, que “en su producción, el hombre solo puede proceder como procede la misma naturaleza, es decir, *haciendo que la materia cambie de forma*” (t. I, p. 10), enunciando que se corresponde punto por punto a la definición de “reproducción” (de seres vivos) que Marx (1980) cita textualmente del Conde Verri:

La aglutinación y la disgregación son los únicos elementos con los que el espíritu humano se encuentra a cada paso cuando analiza la idea de la reproducción, y lo mismo ocurre con la reproducción del valor y de la riqueza, cuando la tierra, el aire y el agua de los campos se convierten en trigo o cuando, por mediación de la mano del hombre, la secreción de un insecto se convierte en seda o se combinan algunas partículas de metal para formar un reloj de repetición (p. 59).

Hasta el ejemplo del reloj, el arquetipo de la máquina, que ilustra la concepción mecanicista propia de la época, es tomado por Verri y citado por Marx. No podría decirse que la medicina del médico Quesnay no fuera mecanicista, pero sin lugar a duda la circularidad y la autorreproducción, elementos que los clásicos y Marx desechan respondiendo a la lógica de lo puramente mecánico e inerte, distinguen inequívocamente la producción con seres vivos de aquella con seres inertes. Queda así claramente entendido, por falta de acogida de la doctrina de Quesnay, que esa vía, la de la economía animal, estaba bloqueada, pues es de parte de los clásicos de donde vendrá una oposición cerrada y reiterada.

Mirada en sus cuatro grandes manifestaciones históricas, con sus respectivas elaboraciones teóricas, la economía mercantil, la economía agraria, la economía industrial y la economía financiera, la segunda —la agraria—, aparece, en perspectiva, como una anomalía

del proceso, puesto que las otras tres ramas son presentadas como manifestaciones del desarrollo; es decir, del avance del industrialismo.

La gran prestancia económica del industrialismo genera, en adelante, un fenómeno de dominio que termina conceptualmente en un esfuerzo por reducir la producción agraria —con seres vivos— a la producción mecánica —con seres inertes—, quedando como fenómeno residual el de la renta del suelo, que supone la relación socioeconómica capitalista-terrateniente, sin distinguir entre los resultantes tecnicoeconómicos, trabajo excedente, producto excedente.

Este fenómeno se había acentuado a partir del momento —siglo XVIII— en que surgió la ganadería independiente, con la cual los animales empiezan a compartir los vegetales con los humanos. El avance del industrialismo desarrolló, en el eslabonamiento agroalimentario, procesos de transformación conocidos como agroindustriales, tanto entre el vegetal y el animal como entre este y el hombre. Como resultado del trabajo incorporado a estos procesos, que en consecuencia genera nuevo trabajo excedente, se opaca marcadamente el producto excedente, dada la diferencia en el origen de ambos excedentes, trabajo y producto. Mientras el primero eclosiona a partir de procesos mecánicos por lo artificiales, movidos por el hombre; los segundos surgen a partir de procesos espontáneos por lo biológicos. De nuevo acá el industrialismo establece su dominio y reduce los segundos a los primeros, desapareciendo la economía natural como elemento que está en la base de las relaciones tecnicoeconómicas de las producciones agrarias. En este punto, la expresión más reveladora proviene de Marx (1946):

reconocer que el fenómeno de la renta, tratándose de capital invertido en la agricultura, nacía de las virtudes especiales de la propia esfera de inversión, de cualidades inherentes a la corteza misma de la tierra, equivalía a renunciar al concepto mismo de valor y, por lo tanto, a toda posibilidad de conocimiento científico en este terreno (t. III, p. 725).

En un conocido texto de Pirenne, *Historia económica y social de la Edad Media* (1939), escribe este historiador que “los economistas alemanes han inventado, para caracterizar los tiempos anteriores al invento de la moneda, la expresión *Naturalwirtschaft*, que se traduce sin gran acierto en español, por ‘economía natural o economía naturaleza’” (p. 80). Aunque la anotación básica del historiador hace relación a la vigencia de la moneda durante la Edad Media, no es difícil advertir su preocupación por la inconsistencia semántica del término frente al uso que se le otorga. Marx (1946), por su parte, en una anotación muy marginal, se refiere a la economía natural a partir del predominio o no del mercado, en sociedades fundamentalmente rurales en su producción; “en sentido estricto, donde ninguna parte o solo una parte insignificante del producto agrícola entra en el proceso de la circulación” (t. III, p. 729), es lo que para Marx configura una “economía natural”. Es interesante, sin embargo, una aclaración que a renglón seguido hace este autor: (pero donde) “el producto sobrante de las grandes fincas no se halla formado exclusivamente, ni mucho menos, por los productos del trabajo agrícola. Abarca también los productos del trabajo industrial” (s. p.). Como ya lo anotábamos, está claramente cerrado el paso a la concepción de economía animal dentro del pensamiento de la economía política clásica.

Pero el prestigio de este alcanzaría a impregnar con sus términos otros campos del conocimiento. Ya la medicina había hecho un notorio aporte a aquella. Términos como circulación, reproducción y articulación fueron introducidos por médicos como Petty y Quesnay, o reafirmados por ellos, y constituyen una clara demostración; sin embargo, en la época clásica la preocupación fundamental de la medicina era la salud, entendida como forma normal de vida, “la cual constituye el estudio, a partir del siglo XVII, de la fisiología en el sentido restringido del término” (Canguilhem, 1991, p. 5). Los naturalistas, por su parte, siguen otra tendencia, en cuanto no es la vida su preocupación básica, sino las relaciones entre los seres vivos entre sí y entre estos y el entorno; de ahí que a diferencia de los médicos se encuentren más cerca de la economía que de la fisiología.

En efecto, es este grupo de científicos quienes rescatan de las sombras la economía natural y acuden además al prestigio de la economía política para configurar su discurso.

El mismo Linneo, en su *Systema Naturae*, habla de que “las especies son miembros de una república natural y ejercen una *politia naturae*, de tal manera que se salvaguarde la proporción que hace la belleza”, según la transcripción de Limoges (s. f., p. 105). Aunque ya se recogen claramente expresiones propias de la economía política, en este texto de 1735 habría que pasar por Quesnay —1748— para que en 1788, doce años después de la aparición del texto de Smith, Cuvier (1788), empleando ya el término “economía”, hiciera un esbozo inteligible que muestra cómo reconocía claramente una problemática y tenía ya los conceptos para pensarla, aunque carecía de otros para resolverla. En una carta de noviembre de ese año le escribe a Pfaff:

Pienso que se debiera buscar cuidadosamente las relaciones de todos los seres existentes en el resto de la naturaleza y mostrar sobre todo su parte en la economía de este todo. Haciendo este trabajo, quisiera que se partiera de las cosas más simples, por ejemplo del agua y del aire y que después de haber hablado de su influencia en el conjunto se pasase, poco a poco, a los minerales compuestos; de estos a las plantas y así sucesivamente y que a cada paso se buscara exactamente el grado de la composición, o lo que es lo mismo, el número de las propiedades que este grado presenta en exceso sobre el precedente, los efectos necesarios de esta propiedad y su utilidad en la creación (Cuvier, citado por Limoges, s. f., p. 106).

A pesar de haber logrado así una buena formulación de la economía natural, esta no pasa de ser un proyecto que los intereses en la morfología y la anatomía comparada no permitirían realizar.

Pero más allá de haber configurado apenas un proyecto, sobre el que predominaron otros intereses académicos, el fijismo de Cuvier impedía avanzar hacia concepciones más dinámicas que rompieran el carácter cerrado

que por esencia distinguía al *systema naturae*, derivado de su fuerte anclaje en un zócalo metafísico. De ahí que solo la incorporación de la idea de la distribución geográfica, insistentemente estudiada por Humboldt, permitiría replantearse la problemática de las relaciones entre los seres en un terreno más amplio. Si para Quesnay la economía animal jugaba el papel de índice de su sistema, en cuanto le designaba el lugar de un problema mayor de la utilización de los recursos naturales disponibles, para Humboldt y los continuadores de los estudios biogeográficos se constituía la economía natural en el elemento central que explica la “sutil red de relaciones entre organismos”, para emplear la precisa y preciosa definición que Limoges parece haber tomado de Darwin (1953, p. 84). Es así como, a pesar de su fondo claramente fisiológico, que recoge en sus “fuerzas vitales” del genio rodiano, puede avanzar hasta repetir lo que Quesnay y Lavoisier habían enunciado, algunas décadas antes, desde perspectivas científicas distintas. “La descripción física del mundo debe hacer recordar que todos los materiales con que la armazón de los seres vivos está formada se vuelven a encontrar en la corteza inorgánica de la tierra” (Humboldt, 1961, p. 287), escribe Humboldt en una adición tardía al *Genio rodiano*.

Los conceptos económicos impregnaban cada vez más el discurso de los naturalistas, sobre todo en la medida en que estos iban abandonando la idea estática linneana que miraba el conjunto de las especies como miembros de una “república natural”, cuyo orden exige, por supuesto, una *politia naturae* que mantenga la proporción que “hace la belleza”.

En este orden de ideas, si Humboldt se había planteado el problema de los medios de nutrición con respecto a la distribución geográfica, Strickland impregna completamente el lenguaje naturalista con los términos económicos: “la provisión de seres orgánicos es exactamente proporcional a la demanda y la naturaleza ni crea seres sin que la necesidad de ellos se haga sentir; con el solo fin de producir una clasificación regular, ni cuando estos no pueden sobrevivir”, escribía en 1811 según Limoges (s. f., p. 103).

Sin embargo, a pesar del grado de claridad en la conceptualización de Humboldt y Strickland, el modelo de fijismo, del orden preestablecido que delimita toda la conceptualización de la Historia Natural, hacía de la economía natural así esbozada una típica economía de reproducción simple, ignorando que las plantas y los animales eran ya mercancías que el hombre reproducía en forma ampliada. Solo la biología darwiniana y wallaciana podrían superar esta visión.

Radl (1988) ha anotado con gran fuerza, para referirse a la obra de Darwin, que “está escrita, indudablemente, bajo la influencia de los economistas *laissez-faire*. No es casi más que una aplicación de sus razonamientos a los hechos naturales” (p. 113). Esta afirmación, evidenciable fácilmente cuando se lee con atención la densa exposición de Darwin (1858) ante la sociedad linneana, tal como lo enuncia Radl, también manifiesta en su carta a Asa Gray (Darwin, 1858, p. 75), logra su máxima expresión, en mi sentir, en el capítulo III de su obra acabada: *La lucha por la existencia*, donde, como en la exposición de Wallace (1858), se echa mano sin ningún temor del lenguaje y las teorías de la economía política:

Pero a menos que ella (la idea de selección natural) esté bien asimilada por nuestra mente —escribe Darwin en el *Origen*—, toda la economía de la naturaleza, con cada uno de sus hechos sobre la distribución, rareza, abundancia, extinción y variación será vista confusamente o del todo tergiversada (“Economía planeta”, 1980, p. 80).

Limoges se apresura a indicar que el concepto de selección natural que supone reordenamientos de las poblaciones de seres vivos, extinción de algunos y aumento en número de otros, es contrario a la economía natural entendida a partir de la idea de adaptación estricta en la que se apoya la Historia Natural. Sin embargo, la idea central en la que se funda la economía natural es la de la red de relaciones que se establecen entre los organismos vivos entre sí y con el entorno físico. Entendidas de esta manera, las diferencias entre el mundo del fijismo y el de la selección natural solo

constituyen marcos de referencia conceptuales que se reflejan necesariamente en la forma de abordar el análisis de la economía natural, y que en consecuencia modifican el alcance del concepto pero no el concepto mismo, que por supuesto va sufriendo refinamientos a medida que se pasa del *systema naturae* de Linneo a la biogeografía de Humboldt y al evolucionismo darwiniano y wallaciano.

Se entiende que estos desenvolvimientos del concepto de economía natural, mirados a partir de la perspectiva histórica, responden a rupturas epistemológicas en dos órdenes de saberes. Por un lado, quizás el más dramático por sus implicaciones en el pensamiento económico, corresponde a una transformación profunda en el sistema económico que empieza a privilegiar los procesos productivos mecánicos sobre los biológicos, y sobre los fenómenos de distribución de los productos, en tanto reconsidera el postulado de Petty formulado como la ecuación tierra y trabajo, al hacer entrar a este último campo fundamental del análisis económico, y soslaya la profundización que Quesnay venía haciendo en los procesos de la tierra. No podría, sin embargo, hablarse en rigor de una ruptura en el saber de la economía, sino de un anclaje del esfuerzo de los tanteos conceptuales de la juventud de su saber en un objeto que la ideología del sistema salarial había permitido entrar en el campo de lo explicable. Por consecuencia, este anclaje relega el valor interpretativo que para el discurso económico en formación podría tener la formulación de la economía animal fisiocrática, a un nivel del elemento residual en las configuraciones teóricas de la nueva economía industrial. El mecanicismo propio de la manufactura y la industria permeó todo el pensamiento económico y transformó en inaccesibles al análisis los procesos biológicos, salvo que fueran reducidos a lo mecánico.

La historia natural, por su lado, al pensar la tupida y manifiesta red de relaciones entre los seres vivos, impregnó su discurso con modelos económicos que posibilitaron el análisis y descripción en detalle del eslabonamiento de los seres vivos, abandonado por la economía política cuando apenas había sido enun-

ciado. Paralelamente a los avances de esta, la Historia Natural, y luego la Biología, denuncian una racionalidad económica vigente en los procesos vivientes que pueden, como en efecto sucede, producir mercancías.

La economía política, por su parte, dedicó todos sus esfuerzos a la elaboración teórica de las relaciones socioeconómicas y tecnicoeconómicas de la producción industrial, que se erigió como el hijo mayor del capitalismo triunfante y luego del fenómeno de la distribución del ingreso, acentuando cada vez más el carácter residual de la producción con seres vivos hasta el punto de que, recientemente, en la entrada “Economía natural” del *Diccionario enciclopédico*, los autores escriben, paladinamente, que el avance de la “revolución verde” condujo a una progresiva eliminación de los procesos renovables, puesto que “la agricultura no puede ya reponer, en términos físicos, los medios productivos en ella utilizados, lo que supone el fin de la economía natural” (“Economía planeta”, 1980, p. 80). Se está así, al final del siglo xx, anclados en el concepto fisiocrático del siglo xviii, e ignorando, *ipso facto*, que a la Historia Natural le sucedió la Biología, la que reconoció el carácter histórico de los procesos vivos y la condición de abierto de los sistemas biológicos, fenómenos estos de la mayor importancia que se vuelven inaccesibles al análisis desde el mecanicismo.

Las dos características centrales, ya mencionadas de la producción con seres vivos, son su circularidad y su espontaneidad, pero además es fundamental reconocer el carácter abierto para la energía que tienen todos los sistemas biológicos. En este orden de ideas, “el uso de materias primas, formas de energía y técnicas productivas, todas ellas ajenas al mundo agrario” (s. d.) no supone, de ninguna manera, el fin de la economía natural, como lo proclaman los redactores del artículo correspondiente a “Economía planeta” (1980).

El elemento tecnológico en producción con seres vivos, a diferencia de la producción con seres inertes, cumple un papel completamente diferente, derivado de la muy distinta racionalidad de ambos procesos. Los

seres vivos tienen una dinámica espontánea y constante que garantiza la necesaria renovación estructural y energética, y la constancia funcional que exige tanto la permanencia del individuo como la evolución de la población en su constante actividad bioecológica.

Siendo así, el hombre, al desarrollar y poner en acción la tecnología para la producción agraria, solo establece controles a una actividad espontánea, que en ningún caso es sustituible y de todas maneras sigue operando. Estos controles buscan interferir, en provecho del hombre, “la sutil red de relaciones entre organismos”, generando así elementos de subsistencia o mercancías según el sistema social de producción vigente. El nivel de interferencia puede, por supuesto, alterar irremediabilmente los ciclos naturales causando un daño ecológico irreparable; pero salvo que esto se dé, lo que realmente hace el hombre al desarrollar y poner en acción la tecnología es poner a su servicio, en forma consciente, la actividad normal, espontánea y permanente de la naturaleza viva. Esta capacidad es la que hace la diferencia entre el hombre salvaje y el que, superando este estado, llega al neolítico e inicia la lucha con la que busca hacerse dueño de su propio destino y consciente de los riesgos de la interferencia de las leyes bioecológicas.

Si esta descripción arroja suficiente claridad sobre tales procesos productivos, podremos entender, en primer lugar, por qué en la esfera industrial de los procesos mecánicos de producción, con objetos inertes, el trabajo del hombre transforma simplemente unos objetos en otros, de tal manera que al final de un proceso lineal obtiene la misma materia transformada en un producto que ha necesitado, para su realización, de la fuerza de trabajo como elemento externo indispensable. En el caso de la esfera de la producción agraria con seres vivos, el trabajo del hombre, simplemente, establece controles sobre procesos espontáneos, por lo biológicos, que necesariamente se dan sin necesidad de la intervención del hombre; de esta manera, en el final de los segmentos del proceso en el que se recolectan los productos hay incorporado tanto el trabajo del hombre

como “la fuerza vital”; así el producto como mercancía tendrá tanto plusstrabajo como plusproducto.

En segundo lugar, la tecnología, en el caso de los objetos inertes, tiene como papel el de hacer más eficiente, cuantitativa y cualitativamente, el proceso de transformación. De esta manera, cada nueva tecnología muestra su superioridad si sobrepasa a la anterior en su eficacia cualitativa y cuantitativa. Para el caso de los procesos con seres vivos, estas tecnologías, por ser solo controles a procesos espontáneos y permanentes, son viables solo en condiciones específicas de uso, de tal manera que no necesariamente una nueva sustituye a las anteriores, sino que aumenta el arsenal disponible, ya que su eficiencia en términos cuantitativos y cualitativos está a la sombra de los límites impuestos por lo bioecológico, en cuanto los seres vivos no son manipulables a voluntad, ni se puede prescindir del entorno como elemento determinado o determinante de las características biológicas de la población de seres vivos explotada.

Referencias

- Bandini, M. (1982). Economía agraria. En C. Napoleoni (Dir.), *Diccionario de economía política*. Valencia: Alfredo Ortells.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Canguilhem, G. (1991). Vida. *Revista Sociología*, (13).
- Chaunu, P. (1978). Conclusión. En P. León, *Historia económica y social del mundo*. Madrid: Encuentro.
- Cuvier, G. (s. f.). Lettres de G. Cuvier a C. M. Pfaff, 1788-1792. En C. Limoges. *La selección natural* [traducción de L. A. Palau, inédita].
- Darwin, C. (1858). *Abstract of a Letter to Prof. Asa Gray*. Boston: s. e.

Darwin, C. (1953). *El origen de las especies (por medio de la selección natural)*. México: Diana.

Dillard, D. (1991). La redefinición de los principios de la economía. *Coy. Agropec.*, 8(1), 121-129.

Dilthey, W. (1956). *Historia de la filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Economía planeta (1980). *Diccionario enciclopédico*. Barcelona: Planeta.

Foucault, M. (1976). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

Fourquín, D. (1978). ¿Una coyuntura dramática? En P. León, *Historia económica y social del mundo*. Madrid: Encuentro.

Franco, G. (1958). Estudio preliminar. (La vida de Adam Smith). En *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. A. Smith*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gilibert, G. (1980). *Quesnay*. Madrid: Pirámide.

Humboldt, A. (1961). *Cuadros de la naturaleza*. Barcelona: Iberia.

Keynes, J. M. (1986). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México: Fondo de Cultura Económica.

Limoges, C. (s. f.). *La selección natural* [traducción de L. A. Palau, inédita].

Marx, C. (1946). *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, C. (1980). *Teorías sobre la plusvalía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Oncken, A. (1888). *Oeuvres Economiques et Philosophiques. F. Quesnay. Fondateur de Systeme Physiocratique*. Fráncfort: J. Baer & Cie. Libraires.

Pirenne, H. (1939). *Historia económica y social de la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica.

Quesnay, F. (1888). *Oeuvres Economiques et Philosophiques*. París: Jules Peelman & Cie.

Radl, E. M. (1988). *Historia de las teorías biológicas. 2. Desde Lamarck y Cuvier*. Madrid: Alianza Editorial.

Say, J. B. (1836). *Tratado de economía política*. París: Lecointe.

Smith, A. (1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wallace, A. R. (1858). On the Tendency of Varieties to depart Indefinitely from the Original Type. *Journal of the Linnean Society*, (3), 53-62.

Walras, L. (1987). *Elementos de economía política pura (o teoría de la riqueza social)*. Madrid: Alianza Editorial.

Cuanto más aprendemos sobre el funcionamiento del cuerpo, más descubrimos cuán vasta es la inteligencia que funciona en él y qué poco conocemos

El ser es la única Vida, eterna, siempre presente, más allá de las miles de formas de la vida que están sujetas al nacimiento y a la muerte

El viento lo dijo

Publicado originalmente en la revista número 32-33 de diciembre de 1994

Manuel Mejía Vallejo

(Colombia, 1923-1998)

Escritor y periodista. Estudios de pintura y escultura en la Fundación de Bellas Artes de Medellín. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Director de la Imprenta Departamental de Antioquia. Desde 1978 dirigió el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Distinguido con varios premios y reconocimientos. Autor de numerosos cuentos, ensayos y novelas.



Resumen

Transcripción de algunas de las más significativas creaciones del trabajo “El viento lo dijo”, que conduce por las honduras del sentido y los sentimientos humanos como los sueños, la memoria, el olvido, el amor, la desilusión, la alegría, el dolor, la soledad, el silencio, la vida y la muerte.

Palabras clave

Poesía, sueños, amor, mujer, trashumancia.

I

El mundo no ha terminado
aunque me vuelva la cara.
Pero si se terminara,
¿quién me quita lo bailado?
Haber sufrido y gozado
es la llama y es la mecha.
Si la cosa ya está hecha
y me colocan el marco,
preguntaría si el arco
no es más veloz que la flecha.

Asoman por los espejos
fantasmas desvanecidos
de rostros y tiempos idos
que andan cerca y andan lejos.
Con sus trampas y manejos
los años van acabando
todo lo que están tocando
en su paso irremediable,
hasta el rostro innumerable
de quienes van regresando.

Tal vez caímos de un sueño
mal soñado y peor vivido,
y solamente el olvido
se acordará de su dueño.
Tal vez vivir es pequeño
encuentro de otro dolor
con sombras en derredor
donde nadie entra ni sale,
porque la vida equivale
a un sueño sin soñador.

Viajaré ya sin pensar
si hay salida o hay llegada,
porque la suerte está echada
para salir o llegar.
Solo habrá con qué cantar
el barro que me elimina
cuando el ánimo se empina
para ver la oscuridad:
estará la eternidad
al cruzar la última esquina.

Aún recuerda mi guitarra
las canciones de otros días,
cuando tras las melodías
iba el corazón de farra.
Si hoy por hoy no se desgarran
cuando la noche la llena,
no es que aparezca serena
sino que al fin aprendió
a esconder, como hago yo,
bajo el silencio la pena.

Tendré una canción tardía
para este amor de retardo,
y el pensamiento que guardo
de otro amor en contravía.
Ni la confianza confía
ni la fe cree en la fe,
pero este amor, ya lo sé,
encontrará su manera
de ser amor en la espera
o esperar lo que ya fue.

Oyendo viejas canciones
entretengo mi letargo.
El viaje fue ruin y amargo
y tiene un fin sin razones.
Morirán todos los sonos
para buscar en la esfera
la canción que nadie oyera
de la pasión abolida:
al fin y al cabo la vida
es una sala de espera.

Llovían cielos nubados
por las selvas de Chocó;
llovía tanto, que yo
tuve los ojos mojados.
En esos tiempos llorados
nunca de llanto se hablaba
aunque la pena sobraba
con tan húmedo rigor,
que no sabía el amor
si llovía o si lloraba.

Gracias, mujer, por quererme
y por dejar que te quiera;
gracias por la primavera
que tu amor vino a traerme.
Cuando el corazón enferme
de nuevo amor distraído,
comprobará mi latido
que fuiste sola el amor,
y que todo mi dolor
renacerá con tu olvido.

Vendrás un día a mi casa
de vino y pan en la mesa,
y otra forma de tristeza
que ni el olvido acompasa.
El tiempo que todo arrasa
dice la sola palabra
que contra el tiempo me labra
este afán de no andar muerto.
Si mañana estoy despierto
diré a mi puerta que te abra.

Hasta el cielo estaba triste
la tarde de tu partida;
hasta en el agua llovida
comprobé cuánto te fuiste.
Si algún día me trajiste
la ternura y la canción,
en esta nueva evasión
hay algo que no resisto:
si los ojos no lo han visto
se lo sabe el corazón.

II

Arbolito pasajero,
tu sombra hermana me diste
en lo alegre y en lo triste,
arbolito compañero.
Nunca quise ser primero
en contemplar la congoja
que cada invierno despoja
tu flor y tu claridad,
pero toda tu verdad
la he llorado hoja tras hoja.

Tengo el poema cansado
de soportar las esperas;
tengo oscuras las ojeras
de soñar lo inesperado.
Tengo el corazón hastiado

de sondear sangre amarga;
tengo la pena tan larga
que si la tiendo en el mar,
no podrían soportar
los peces tan dura carga.

Llueve el olvido en mi casa
con su llovizna de invierno;
llueven su fantasma eterno
tiempos que el amor arrasa.
Ya el corazón no me abrasa
por más que el dolor atiza.
Llueve su soplo la brisa
que tristes un nombre ausente.
Llueve el olvido inclemente
sobre mi nombre en ceniza.

III

Luna amarilla, partida
en tu mitad desolada,
¡cómo vuelve la mirada
cansada en tu luz herida!
Fatiga inútil de vida
que compartimos los dos
en este silencio atroz
sin Dios que ayude a buscarte:
no encontré en ninguna parte
ser más cansado que Dios.

Estrella de luces juntas
sobre el viento de verano,
me estás hiriendo en tu vano
resplandor de siete puntas.
Estrella que así conjuntas
oro y trigo de otras horas;
estrella fiel que laboras
pacientemente el olvido
para el recuerdo aterido
del amor que en tu luz lloras.

El alma tiene colmillos
de lobos ensangrentados,
tiene heridos los costados
por siete negros cuchillos.
Entre rojos y amarillos
se debaten sus congojas
en la pena que me arrojas;
y aunque parten su canción,
duele más al corazón
la caída de las hojas.

Ya me voy, luna menguante,
más cansado que alma en pena;
si hasta la sombra se llena
de mi olvido trashumante.
Ya me voy, camino errante,
sobre mis pasos cansados
buscando rostros dejados
por el amor y el olvido,
sin entender que se han ido
hasta los rastros marcados.

Todos me dicen que viva
de esta o de otra manera,
todos me dicen que muera
hacia abajo o hacia arriba.
Todos dicen en qué estriba
la brega que yo asumí
desde el día en que nací
para jugarme del todo.
Dejen que viva a mi modo,
nadie morirá por mí.

Mañana andará mi ausencia
por los patios, sin palabra,
buscando la puerta que abra
los aires de mi querencia.
No habrá temor ni presencia
ni rumores escondidos
tras unos rastros huidos,
sino una vasta mirada
todavía enamorada
sobre los pasos perdidos.

El amor se hace recuerdo
de lo que amé sin sentido;
mi vida es ya lo vivido,
mi ganancia lo que pierdo.
Sin embargo, estoy de acuerdo
con la muerte en su reclamo:
si el amor que siempre llamo
trae son de despedida,
está la canción vertida
sobre lo que amé y lo que amo.

Vistas desde una perspectiva más alta, las condiciones son siempre positivas. Para ser más preciso: no son positivas ni negativas. Son como son

Ser libre del tiempo es ser libre de la necesidad psicológica del pasado para su identidad y del futuro para su realización

La educación en Medellín a finales del siglo XIX

según El señor doctor de Alfonso Castro

Publicado originalmente en la revista número 34-35 de diciembre de 1995

Estella María Córdoba Giraldo

(Colombia, 1960-v.)
Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia. Biógrafa
de expresidentes colombianos, investigadora y autora de
algunos artículos.



Resumen

La historiadora Estella María Córdoba Giraldo ofrece un cuidadoso retrato de la educación en Medellín a finales del siglo XIX. A la luz de nuestras actuales prácticas pedagógicas e imaginarios sociales, relacionados con la formación profesional, el texto nos recuerda, de manera creativa, cuáles eran las técnicas socialmente aceptadas para convertirse en médico: castigos, reglamentación de las conductas, seguimiento de rutinas convertidas en hábitos, sumisión estratégica de los estudiantes al sistema de títulos como mecanismo para ratificarse en una clase social o para ascender los peldaños de la estratificación social de prestigio. La estrategia narrativa empleada por la autora representa un valioso aporte en la medida que descubre en la novela *El señor doctor*, de Alfonso Castro (1878-1943), publicada en 1927, un registro literario de la educación en la época y espacio que agudamente analiza. No debe olvidarse que el análisis de dicha novela fue realizado por la historiadora Córdoba en el año 1995.

Palabras clave

Educación, profesión médica, discursos, técnicas de castigo, sumisión, ascenso social y estratificación.

El sistema educativo en Antioquia adquiere fuerza a mediados del siglo XIX, cuando se fundan varios establecimientos públicos y privados, y posibilita que sectores distintos a la élite mejoren su estatus social. El empleo de castigos severos no es exclusivo de esta época, antes y después es un elemento recurrente

de la práctica educativa; pero a finales del siglo XIX se logra que la severidad de los castigos se cuestione y que algunos sean suprimidos, por causar daños físicos y psicológicos en los alumnos. La educación se basaba en el terror y el castigo y no en el amor por formar hombres que, gracias a su cultura y conocimientos, trabajaran para mejorar económica y moralmente la sociedad.

Muchas veces, desde el hogar, la disciplina del estudio la adquiría el niño a través de fuertes y continuas reprimendas, mucho más severas si el padre deseaba que su hijo estudiara y se hiciera doctor para ascender socialmente y dejar atrás tanta pobreza. La educación se convertía en un medio y no en un fin.

En escuelas y colegios los profesores ejercían su autoridad a base de fuerza, fieles al lema “la letra con sangre entra”, sin importar que dicha concepción implicara el deterioro moral del sistema educativo, de los educandos y de la sociedad. El sistema educativo era sinónimo de castigo, persecución y represión. Los profesores, para conservar sus puestos (conseguidos muchas veces como pago por favores políticos), mantenían el “orden” gracias a la solícita colaboración de estudiantes “juiciosos, sumisos y pone quejas”, resultado de una serie de intimidaciones físicas y psicológicas que lograban echar hondos raíces en algunos alumnos, y que dejaban marcajes más o menos profundos en todos.

La novela *El señor doctor* es de carácter autobiográfico. En ella el autor consignó varios episodios de la historia de la educación y la sociedad medellinense de finales del siglo XIX y principios del XX. Describe la educación secundaria y universitaria, la transformación del alumno en médico y los estragos ocasionados por una educación represiva en la personalidad de un “ser pobre”, que aceptó la alternativa ofrecida por la sociedad para escalar posiciones a través del estudio.

En la primera parte Alfonso Castro narra con detalle aspectos de la educación medellinense de finales del siglo XIX, por la que tenía que atravesar un estudiante

con aspiraciones a optar al título de médico cirujano. El alumno, que asistía al Colegio Santander, institución privada, a pesar de los privilegios de su clase no estaba exento del régimen de terror educativo; los castigos, muchas veces, eran superiores a la falta cometida o incluso no era preciso infringir la norma para merecer ser castigado.

Aguirre, como la mayor parte de los profesores del Colegio Santander y los maestros de ese entonces, era excesivamente rígido y altivo con sus educandos, y llevaba, como especialidad de su invención, en dos o tres cuadernos, una contabilidad muy complicada sobre las mínimas faltas que aquellos cometieran. Tradúzcase en privaciones de recreo; arrestos por la tarde y días de fiesta; paradas en los corredores a pie firme, con los brazos en cruz, soportando el rigor del sol; en los clásicos encierros tras de las puertas; en alzamientos, como animadas estatuas, por horas y horas, sobre los pupitres; en interminables arrodilladas, sopapos, tirones de orejas, estrujones y hasta varazos de vez en cuando. Un régimen de terror y venganza contra la juventud, organizado sistemáticamente y propio para deprimir el carácter y formar hombres hipócritas, cobardes y revoltosos, y que, en todo caso, tornaba la escuela en lugar de persecución y castigo, esencialmente odioso (pp. 22-23).¹

Solo quienes demostraban obediencia y sumisión, quienes eran lambones y acusetas, se veían libres de ser castigados y recibían el dudoso privilegio de convertirse en bedeles durante la hora de paso. Para un estudiante de clase pobre la situación era más difícil, pues además de contar con el rechazo y burla de sus compañeros ricos debía congratularse con sus superiores. Pero contar con el favor de los superiores permitía conseguir el prestigio de que carecía, y nada más fácil que delatar las faltas de sus compañeros para ser “respetado” por alumnos y profesores.

El régimen de castigos generaba, en quienes veían la educación como un medio para adquirir estatus social, la necesidad de vigilar y delatar. Ser un alumno delator,

¹ Todas las citas fueron tomadas de A. Castro (1927). *El señor doctor*. Medellín: Tipografía Industrial. Se respeta la ortografía del original.

ascender por medio de los errores de los demás, no era un comportamiento mal visto por los educandos, que no reflexionaban acerca de los peligros que esta práctica producía en el individuo y en la sociedad. El alumno acostumbrado a sobresalir a expensas de las debilidades ajenas lo continuaba haciendo siempre que viera la oportunidad.

Algunos estudiantes, con el ánimo de conseguir prestigio frente a los profesores, se hacían el firme propósito de no incurrir en faltas, de ser muy “formales”, a sabiendas de que la docilidad y el acato a todo el régimen imperante era más valioso que las mismas capacidades intelectuales y morales, logrando ser incluidos en la lista de bedeles o “lambones” que vigilaban y acusaban a sus compañeros cuando faltaba el pasante. El bedel era el alumno o subalterno que en las instituciones educativas estaba encargado de cuidar el orden durante las horas de clase y demás actividades realizadas en el plantel. En la hora de paso, los estudiantes podían preparar las lecciones para las próximas clases bajo la vigilancia del pasante o en su reemplazo por el bedel.

Para la cuarta (los de cuarto de primaria) era hora de paso. Aguirre tenía que ausentarse a otra división y era costumbre en tales casos nombrar un bedel para que vigilase el orden y anotase escrupulosamente las faltas de los revoltosos. El bedel asumía entonces actitudes de mandón, convirtiéndose en temible y exigente, y después, con una hoja de papel y un lápiz en la mano lanzaba miradas escrutadoras por todas partes. El más insignificante movimiento, una leve sonrisa o conversación, eran anotados y al llegar el maestro, aquello significaba un tirón de orejas, encierro tras de la puerta, una arrodillada mayúscula o cualquiera otra barbaridad por el estilo. Por supuesto que los mentados bedeles no siempre se andaban con el fiel de la balanza justiciera. A los de puños recios un tanto quisquillosos nunca apuntaban, ni tampoco a los que, temerosos, sabían desprenderse de los níckeles que en las casas daban para golosinas (p. 30).

Un sistema educativo basado en el castigo y el terror produce una serie de individuos “acusetas”, vigilantes-delatores, para garantizar el régimen imperante y que

más tarde harán parte de la sociedad y del mismo sistema educativo. Vigilantes-delatores que consiguen posición y “respetabilidad” por medio de las desgracias y defectos de los demás, y que (así no las produzcan directamente) se alimentan y “engrandecen” a partir de las debilidades ajenas.

Estos individuos, admirados por los superiores, por su docilidad y consagración, facilitan el cumplimiento del “deber” y el “respeto” de la norma; ellos surgen de todas las clases sociales y son susceptibles de producirse independientemente de la cuna en que nazcan. Es importante resaltar que no importa la clase social a la que se pertenezca, pues es el mismo sistema el que elige a las personas que han de vivir a costa de aplastar a sus semejantes. En *El señor doctor* Alfonso Castro muestra cómo ello se debe al régimen educativo impuesto a los jóvenes en una sociedad clasista, que prefiere el “estatus social” a la formación de personas “transparentes”, educadas en la alegría de aprender.

En la novela, un joven pobre, pensando en las ventajas inmediatas que consigue por medio de señalar los errores de sus compañeros, se convierte en un vigilante-delator en la época de estudiante y luego, después de haberse preparado bien para ello, sale de la universidad convertido en un ser hipócrita que desprecia y maltrata a las personas que considera inferiores y es zalamero con quienes pueden mejorar su posición social. Sus compañeros ricos tienen una ventaja respecto al alumno pobre, no tienen la necesidad apremiante de conseguir los favores de condiscípulos y profesores, no tienen que delatar a los demás; al contrario, pueden protestar con cierta tranquilidad ante los castigos impuestos, no tienen que convertirse necesariamente en hipócritas y cobardes si desean ser triunfadores como algunos profesionales. En la novela, el castigo opera distinto en el alumno pobre que en el alumno rico; mientras el pobre adquiere un carácter hipócrita y cobarde el rico se torna revoltoso.

Julio Ríos o Julio del Río (como más tarde se llamará para ocultar un origen que lo avergüenza) envidia las

comodidades y el lujo de los ricos, de quienes si alguna vez recibió humillación y burla casi siempre obtuvo ayuda. Y es precisamente uno de sus colegas, rico por tradición, quien tiende la mano a Julio del Río cuando este, pese a haber conseguido riqueza y estatus social, solo añora la muerte y se suicida.

En *El señor doctor* Alfonso Castro, al tratar el caso Julio Ríos, analiza tres factores: la educación vista como un medio para alcanzar una mejor posición social; el castigo empleado irracionalmente como el medio más fácil para mantener el régimen imperante y la actitud del vigilante-delator que vive a expensas de las debilidades humanas. La combinación de estos tres elementos, en el sistema educativo, produce como resultado la formación de seres débiles, hipócritas y arribistas. En el caso concreto de Julio Ríos, dicha formación, a pesar de haberle permitido mejorar su posición social y conseguir riquezas económicas, lo lleva a la autodestrucción.

Veamos cómo se opera la transformación de un niño alegre y travieso en un hombre débil e hipócrita, que con su comportamiento solapado busca notoriedad y reconocimiento entre aquellas personas de las que espera recibir beneficios y que se muestra abiertamente desconsiderado y casi brutal con quienes considera inferiores.

Un día que andaba desesperado por la falta de empleo, Juan Ríos, albañil de profesión, llegó hasta la Plazuela de San Francisco, donde se celebraban los grados de los universitarios. Lleno de rencor y envidia contra los señores de mejor posición social, decide que su hijo no será como él, un infeliz explotado por todos; decide que su hijo será un mandón, que su hijo será un doctor. Para conseguir su propósito al maestro Juan le tocó sufrir humillaciones y miserias, luchar contra su mujer e hijos que no comprendían bien sus intenciones.

Púsolo al principio en la escuela pública, donde entre palmetazos y arrestos, escapatorias al río y a los prados vecinos, reprimendas constantes de los maestros, y más de una descalabradura en guerras de piedra con

los compañeros, el muchacho coronó la educación primaria. Por supuesto que sin entusiasmos de ninguna clase, y únicamente por obligación, pues la férrea voluntad del padre no se paraba en pelillos para eso de zurrarle la badana cuando era necesario (p. 8).

El amor por el título doctoral lo fue inculcando el maestro Juan a su hijo por medio de castigos severos. Una vez que el chico pasó a la enseñanza secundaria empezó a cambiar su carácter; con tropiezos y rebeldías aprendió, poco a poco, a dejar las travesuras y el desaseo, a comportarse como le indicaban su padre y sus maestros. Fiel a su propósito de convertir a su hijo en doctor, el maestro Juan logró que Julio fuera admitido sin paga en el Colegio Santander “fundado para jóvenes de familias decentes y adineradas” (p. 9), con la condición de que su conducta fuera irreprochable, se mantuviera lo mejor vestido posible y ayudara en el aseo del edificio y en los mandados. Julio aceptó satisfecho la noticia de estudiar en el Colegio Santander, porque implicaba un cambio de posición: no tendría que volver a la escuela pública y sus antiguos compañeros se llenarían de envidia al verlo “alternando con muchachos bien vestidos, hijos de señores de verdad, que tienen coche y son dueños de grandes almacenes...” (p. 14).

Al principio la cosa no fue fácil para Julio, que fue admitido con los de cuarta; sus compañeros de clase a la hora del recreo se burlaban de él, de su pobre indumentaria, del corte de pelo y de las huellas que las niguas habían dejado en sus pies (lo cual le mereció el apodo de Castero Ríos, con el que se le conoció durante su estadía en el Colegio Santander). Julio, que antes fuera un chico despierto, sin miedo a nada, ahora se sentía pusilánime y con ganas de llorar al experimentar, por primera vez, lo que implicaba pertenecer a una clase social baja; y admiraba a sus compañeros por ser libres y dominadores.

Reañó en su alma, por primera vez, un vago sentimiento de inquietud, incapaz de comprender y analizar, y sintió algo acre, agresivo, hasta entonces no sentido: la angustia del bien ajeno (p. 27).

Confusamente, impulsado por el miedo y el instinto primordial de la propia conservación, formuló para su sayo el propósito de ser muy formal, de no incurrir en ningún castigo y de... quizá... más tarde... adueñarse con su buen comportamiento hasta de la voluntad de los maestros, y de ser de los preferidos...

Surgía en su ánimo, sin darse cuenta, una propiedad defensiva muy femenina: la de encontrar fuerzas en la propia pequeñez y debilidad (p. 32).

Poco a poco, ejercitando la gran virtud del quietismo, de admirables resultados en sociedad; empequeñeciéndose como humilde sér digno de apoyo; presentando siempre los flancos, nunca el pecho, para no estorbarles el paso a los otros; sonriendo con melancolía ante las burlas frecuentes o bajando los ojos doloridos cuando las palabras duras lo herían; obedeciendo sin réplica y con gesto de manso can agradecido a las órdenes de sus superiores; atendiendo sin pestañear a lo que los maestros decían en clase y levantando oportunamente el índice para significar competencia a toda pregunta no contestada, logró Julio renombre en el Colegio Santander (p. 33).

Con frecuencia, era usado como ejemplo por sus maestros y por el señor director, porque pese a sus escasos recursos sobresalía en los estudios. Para muchos de sus compañeros no era sino otro más de los lambones y acusetas que reinaban en el colegio.

Julio se sentía especialmente intranquilo ante la presencia de los más aristócratas y exhibía una sonrisa sumisa y servicial; la mayoría de las veces que trató de acercarse a los más ricos fue rechazado, y se le recordaba su condición de Castero, lo que aumentaba su rabia y su odio por estos injustos rechazos. Pero, por otro lado, se convencía de la necesidad de mantener un comportamiento apocado y amistoso para despertar la compasión en algunos de ellos: así sucedió con Roberto Cortés, que salió en su defensa en alguna oportunidad en que trataban mal a Julio de Castero; se burlaban de él porque olía maluco, a cebolla o al petróleo con el que le untaban los pies para ahuyentar las niguas. Desde ese día Roberto y Julio fueron amigos, el uno como

protector y el otro ofreciendo admiración y sumisión incondicional. Además, dada la condición aristócrata de Roberto fue la oportunidad para Julio de entrar a un mundo soñado y totalmente desconocido. Julio conoció la casa y la familia de Roberto; fue tal su deslumbramiento que se sintió mal por ser hijo de albañil. Conocer el modo de vida de los ricos despertó en él un sentimiento de molestia en todos los sentidos.

La inconformidad y las garras de mortificantes comparaciones empezaron a destilarle gota a gota su veneno.

Al entrar a su casa todo lo vió gris, feo y sucio. El suelo polvoriento, de pura tierra pisada, sin baldosas; las paredes llenas de desgarrones y cruzadas de rayas y chilguetes, y por único adorno las telarañas en los rincones colgando en flecos imposibles; [...] por ninguna parte nada que indicara gusto o comodidad, ni siquiera un mísero ramito de flores. Todo triste y repugnante como las otras viviendas de las vecindades, que respiraban solo miseria.

Su madre le pareció como más envejecida y melancólica, más maltrajeada e infeliz que siempre [...].

La misma calle se le hizo odiosa: una calle sin empedrar y por donde no podían pasar los coches, llena de huecos y baches y con casuchas inmundas a lado y lado, iguales a la suya, de donde constantemente, como de cuevas, salían muchachos pringosos, con las barrigas de batracio, de ombligos deformes expuestos al aire, que berreaban y gritaban sin descanso, y no tenían el menor inconveniente, ni nadie se los impedía, de cumplir sus necesidades en público, como perros sin amos...

Nó. Tal vida no era para él. Quería la suya como la de sus discípulos, llena de comodidades, [...]. El trabajaría y sudaría sin tregua, aun cuando se reventase, si era preciso, para no sufrir tantas privaciones y parecerse algún día a Roberto Cortés, a Juanito Urdinola, a cualquiera de los amigos suyos, que hasta buenos mozos eran de puro lo sabroso que vivían... (pp. 50-51).

En el Colegio Santander se realizaban calificaciones semanales y a fin de año la llamada Fiesta de la Civilización o Acto Público, donde no tenía cabida la gente pobre porque los policías lo impedían. Deslumbraba por la belleza de las señoras y la elegancia de los cachacos. En Medellín había pocos espectáculos; estaban las fiestas religiosas, las de agosto y una que otra función de teatro; la Fiesta de la Civilización permitía a los medellinenses, ávidos de espectáculos, no tanto admirar los conocimientos de los alumnos como si los bellos trajes y adornos de los concurrentes, separados por sexos en claustros diferentes, soportando la incomodidad de trajes y zapatos, mientras en el patio los examinadores llamaban a los alumnos que esperaban su turno en bancas duras.

Rápidamente ascendió Julio en el colegio debido a las simpatías que le prodigaban los profesores, pues acomodó su carácter a las normas de la institución. Siempre sumiso aceptaba las órdenes con una sonrisa en los labios y se empequeñecía para no estorbar a nadie; hacía pequeñas delaciones contra sus condiscípulos, como sugerencias y sin comprometerse. Julio se convirtió en el bedel obligado para las horas de paso. Al terminar el año escolar, para los de cuarta se realiza el Acto Público al que asisten el maestro Juan y Froilana, quienes llenos de júbilo escuchan cómo su hijo es puesto por el director como ejemplo de alumno modelo, especialmente por haber sabido luchar contra las dificultades de la pobreza. Entre los padres asistentes al Acto Público se va forjando la leyenda de los grandes hombres que surgen a pesar de la pobreza en que nacieron. Froilana no comprende bien, pues ella es testigo de que muchas de las cosas dichas por el director no son ciertas, Julio no es tan buen hijo: “¡Cuando es más descomedido y rascapulgas! Será todo lo bueno que quieran en el Colegio; habrá aprendido hasta muchas cosas en los libros, pero formal en la casa si no es... Más malentraña y preponderante!” (p. 68).

El maestro Juan, cegado por las cosas tan bonitas que dicen de su hijo, no comparte la opinión de la madre, cree que Froilana, como siempre, está en contra

del muchacho, al igual que cuando lo regaña por descomedido y desinteresado por las cosas del hogar. Para el maestro Juan solo importa que Julio vaya por el camino que lo hará doctor.

La familia de Julio se traslada a una casa mejor en el barrio La Asomadera. La consecución de la máquina de coser opera una serie de cambios en el hogar, el prestigio que da la “doméstica” en el mismo vecindario hace que en la casa del maestro Juan se esmeren más por el arreglo personal y del hogar y que, a su vez, mejoren los ingresos familiares. Progresos que nada significan para Julio, quien paralelamente iba adquiriendo prestigio en el colegio; por el contrario, aumentaban su desprecio por los de su familia y los de su clase.

Sugestionado por los elogios de los maestros y el doctoral papel que de fijo desempeñaría en un futuro no lejano, entre los suyos y en la sociedad, trataba a aquellos como señor a la chusma, convencido de que por textura moral e intelectual estaba muy por encima de los troncos que le dieran savia (pp. 79-80).

Después de las asignaturas en el Colegio Santander había que cursar en la Universidad de Antioquia un año de literatura, antes de obtener el título de bachiller.

Julio, queriendo borrar todo lazo que lo relacionara con la familia del maestro Juan, el albañil, cuando inicia estudios en la Universidad de Antioquia ve la oportunidad precisa para dejar de ser Julio Ríos y matricularse como Julio del Río. “Esto sonaba bien y traía a la mente cierta distinción con remembranzas cortesanas. Doctor del Río, si más largo que doctor Ríos, era de mayor sugestión y con visos de ciencia y respetabilidad más sólidas” (p. 94).

Ya en la universidad añade a su comportamiento de lambón y acusetas una nota de seriedad y retraining que lo hace pasar por interesante. A los de cursos inferiores los miraba con desprecio; nunca hablaba en pro o en contra de las capacidades intelectuales de sus compañeros, lo que hacía pensar que Julio respetaba las capacidades ajenas; ni se metía en discusiones acaloradas propias de los intelectuales.

Esto, que a unos disgustaba o era causa de un gesto desdeñoso, en otros producía asombro y daba margen para que al menos se propagara la duda de que quizá del Río, aislado continuamente, parco en palabras y cortés con los superiores, era un mozo excepcional, no bien comprendido, que si a cada paso no aplastaba con su ciencia y talento, se debía a pura modestia o al manso desdén de hombre superior.

Su vida austera daba pie, por lo demás para juzgarlo como un gran trabajador y un consagrado al estudio, con tanta más razón cuanto que él, como quien no quiere la cosa, y muy de tarde en tarde, impresionaba a sus adictos con la narración de sus largas vigiliadas pasadas en especiales estudios de historia, lenguas extranjeras como árabe o griego, astronomía o ciencias ocultas. Labraba así poco a poco, fama de “raro” y de un tanto chiflado, lo cual nimbaba a las personas de un halo misterioso comparable al que idealiza las cabezas de los santos (p. 97).

Los castigos en la Universidad de Antioquia eran tan brutales que no eran adecuados ni para un régimen penitenciario. Los jóvenes alumnos, por el más leve desacato a la norma, recibían castigos tan severos como el de ser amarrados con grilletes de pies y manos o ir a los calabozos. No tenían derecho a pedir que les fuera conmutada la pena, como si podían hacerlo los presidiarios.

La Universidad de aquellos tiempos inflamados por los vientos de derrota de la guerra del 85, que puso fin a la dominación del Liberalismo en Colombia, estaba animada por una atmósfera de pasiones y política sectarias, muy distante de la calma, austera y grata, de los centros de estudio. Los vencedores aún conservaban para los vencidos el gesto altivo de la victoria. Ningún profesor, bedel, o sirviente podía ostentar ideas diferentes a las consagradas por el triunfo de las armas. A los universitarios de familias liberales, o que se atrevían a exponer opiniones contrarias a las imperantes, se les miraba con ojeriza, considerándolos como a seres nocivos, sin derechos de ninguna clase y que si gozaban de los beneficios de la educación, era por la piadosa magnanimidad de los dominadores. Cualesquiera de sus actos, palabras u opiniones, eran

juzgados como atentados contra el gobierno, o brotes revolucionarios peligrosos que debían extirparse prontamente, y venían entonces los castigos severos bajo la forma de arrestos, rebajas en las calificaciones de conducta, encierros en los fatídicos calabozos, o aprisionamiento en los cepos.

Porque en esas épocas, y no solo por cuestiones políticas, sino por sistema pedagógico, hijo de morbosas herencias españolas y horrenda incompreensión colectiva de la juventud y de la vida, en la Universidad de Antioquia había cepos y calabozos, como si se tratara de un presidio para empedernidos criminales.

Lugares eran aquellos infectos, de muros de cal y canto y forradas puertas, sin baldosas, y ayunos de la alegría cabrilleante de un rayo de luz, que no penetraba por parte alguna. De suerte que allí reinaban la oscuridad y el silencio más absolutos, al propio tiempo que el olor más repugnante saturaba la atmósfera, pues la humedad y los desechos humanos allí se amontonaban, sin las modificaciones benéficas que sufren en campo abierto, bajo la acción del sol, del viento y de los microbios nitrificadores. El panóptico de Bogotá, la Ciega de Honda, la Penitenciaría de Tunja, los portales de Cartago, las bóvedas de Bochica, todas esas prisiones pavorosas, fiel reflejo del alma sombría y cruel que España dejó en tierras de Colombia, son apenas comparables a los sitios de castigo de la segunda aula máxima de la República.

Había cepos para los pies y las manos. Peor el de los pies, porque obligaba al prisionero a permanecer sentado en repugnante estercolero, con las extremidades inferiores metidas en las escotaduras de dos gruesos tablones horizontales, que se cerraban en uno de los extremos por un fuerte candado, lo mismo que el cepo de las manos o muñequero.

[...]
Aplicábase la pena de calabozo, como todas las otras, en infinidad de ocasiones, por faltas nimias que hoy día ni se tienen en cuenta.

[...]

Aquello no admitía reclamo, y cualquier movimiento de repulsa o palabra de protesta, agravaba la suerte

del penado. Y si quien tál intentaba pertenecía al grupo de los mayores, se llamaban tres o cuatro agentes de policía, y ante el desborde de la fuerza bruta y la punta trágica de las bayonetas, no quedaba otro recurso que someterse.

[...]

Era un régimen férreo, en que la Colonia, no obstante las bélicas dianas de Boyacá, proyectaba sus sombras sobre todas las fases de la vida, especialmente sobre las alegrías y bullicios de la juventud. Y el hecho era tanto más explicable si se tiene en cuenta que la mayoría de bedeles y pasantes de mentalidad primitiva, carecían de preparación pedagógica, de nociones claras sobre los recursos y desenvolvimiento de la mente, y que si ocupaban los puestos de guías de los jóvenes, se debía a complacencias oficiales, a intrigas y a la necesidad de los altos poderes de premiar a antiguos servidores de la Causa, con mayúscula, incapaces de habérselas con la existencia fuera del arrimo del Gobierno.

Las víctimas para los calabozos se reclutaban principalmente entre los estudiantes que acudían al salón a las horas de paso, y de preferencia entre los maculados por sus opiniones políticas como descendientes de familias desafectadas al régimen imperante.

[...]

En ocasiones, por cualquier insignificancia, sobrevenía el alevoso cucarrón, terror de pasantes y alegre desquite de los enclaustrados. Practicábase frotando el entablado con los pies o produciendo, con la boca cerrada, un mugido especial semejante a la nota sostenida y monocorde de aquel coleóptero en su vuelo torpe y pertinaz. Poblábanse entonces los calabozos. El pasante airado, agitaba la campanilla, miraba a uno y otro lado, golpeaba la mesa con las llaves, descendía de la cátedra, se movía en todas direcciones, y entre gritos coléricos, iba designando las víctimas, escogidas siempre, como está dicho, entre los de mala fama o de opiniones sospechosas, que valía lo mismo.

Don Pachito era espejo de pasantes y hazmerreír de colegiales. Un viejecito encorvado, de barba entrecana,

de ojos azules y bonísima persona, con la bondad doliente de los seres pasivos.

[...]

Si al designar la víctima don Pachito advertía que era de los liberalones, hijo de los que en el 79 les pusieron chaqueta a los curas, entonces su energía se afianzaba, tornándose inmovible (pp. 99-106).

En una de las horas de paso se armó el atormentador cucarrón de los pasantes y se escogió para pagar calabozo a uno de los estudiantes, más por su fama que por su participación en el desorden. Con la sorpresa para el vigilante de que el estudiante no aceptó el castigo por considerarlo injusto. Se rebeló y consiguió el apoyo de los demás estudiantes, quienes armaron un motín de tal magnitud que ni la policía se sentía capacitada para someterlos sin derramamiento de sangre. Los estudiantes cada vez se exaltaban más y más ante las consignas:

—¡Abajo la fuerza! ¡Abajo los galones!
—¡Cobardes, no asesinen a la juventud!

[...]

—¡Abajo el Rector! ¡Abajo la tiranía! gritan los más próximos.
—Proceda sin escrúpulos, coronel Guevara, —dice el Rector, demacrado y cenizo de la rabia.
—Con mucho gusto, —responde el militar— pero déme la orden por escrito firmada por usted y por los superiores del establecimiento... No puedo hacerme responsable por la sangre que aquí se derrame... Yo, si usted lo exige, le someto estos jóvenes, pero piense en que tengo que apelar a las armas y... por lo demás, le advierto que creo más oportuno apelar a las vías pacíficas y que no puedo tolerar indefinidamente que se insulte a mis soldados.
Resuelva... (pp. 120-121).

El entonces rector de la Universidad de Antioquia no encontró apoyo en ninguno de los profesores, todos se escondieron, y sin más remedio tuvo que dar la orden de dejar salir del establecimiento al estudiante en

cuestión, a quién más tarde se le aplicó la pena máxima de la expulsión.

Se le decretó la pena de expulsión con la solemnidad que el caso requería. Reunióse toda la comunidad en los claustros, presidida por el personal docente, y a las vibraciones de cuarenta campanazos reglamentarios, un pasante, con voz entrecortada por la emoción, leyó el decreto en que se juzgaba a Cuéllar por rebelde y pernicioso, indigno de pertenecer a la Universidad. Aquel estaba firmado por el Supremo Consejo Directivo, compuesto por el rector, el Director de la Instrucción Pública, un fúnebre bufón de literatura de costurero, y tres profesores atacados de una ingenua e inmodificable aplasia intelectual, digna del mayor acatamiento y respeto...

[...]

Quedó así vengada la disciplina y se dió un ejemplo de magna energía para el futuro. El orden y las instituciones convertíanse de nuevo en bloque inmovible, y el espíritu juvenil tornaba a su vuelo en la semioscuridad por rendijas y rincones, como las cucarachas (pp. 124-125).

Tal era la solemnidad del rito de expulsión, y tan doloroso e imborrable marcaje dejaba en quienes lo padecían, que más tarde uno de los estudiantes, al cometer una infracción que a los ojos de todos ameritaba justa expulsión, solicitó al rector de ese entonces que por favor le evitara el suplicio del rito de expulsión: “—Recuérdese, doctor —terció Restrepo—, de lo que dice El Quijote: ‘Al que has de castigar con obras no le ofendas con palabras, que le basta al desdichado la pena de su suplicio...’” (p. 218).

El régimen de terror y sometimiento educativo en la Universidad de Antioquia empezó a cambiar en 1897 con la presencia de un nuevo rector.

Un nuevo rector, joven y de cerebro amplio, con ideas benévolas sobre los hombres y la existencia, entró a espantar las coloniales que, como murciélagos, rondaban por las salas y claustros del vetusto edificio. Hízose obra de higiene en lo moral y en lo material.

Los calabozos fueron cerrados para siempre. Respetóse la conciencia hasta donde lo permitían las circunstancias, y por donde quiera se sintió el influjo de una racha primaveral. La risa, la alegría y la franqueza dejaron de ser miradas como cosas pecaminosas y el estudio ya no se consideró como el castigo impuesto por los viejos a los jóvenes, convirtiéndose en lo que debe ser; en la más excelsa disciplina del espíritu (p. 139).²

Se suprimieron los calabozos en la Universidad de Antioquia, pero no todas las formas de castigo moral y físico: el vigilante-delator seguía siendo una figura importante para mantener el orden y la norma.

El estudio de medicina no agradaba en lo más mínimo a Julio del Río, pero era el medio que le permitiría alcanzar posición social y respetabilidad. Julio amoldaba su personalidad paso a paso, acorde con los requerimientos de su nueva posición; a la actitud de hombre raro e interesante, que asumió cuando entró a la Universidad de Antioquia para obtener el título de bachiller, agregó otra acorde con su condición de estudiante de medicina; a los estudiantes de cursos inferiores, por su escaso valor, los trataba con cierta benevolencia; con altivez condescendiente de hombre que se cree superior. En las prácticas en el hospital nunca encontraba bien al enfermo: Julio consideraba que mantener al enfermo en incertidumbre era el principio del triunfo del médico; además, estaba convencido de que:

Los hombres gustan de que se les maltrate y engañe. La sencillez, es decir, la honradez, está excluida de sus almas. Quien los abrumba con toda clase de dificultades y los intranquiliza y zarandea como a tristes “peleles”, es el competente y respetable... (p. 234).

La familia preparó el grado de Julio con gran alegría, a pesar de que Julio ya casi ni aparecía por la casa; pero él, en un instante, en medio del aturdimiento de todos, desbarató los planes e ilusiones que tenían en torno a la

² En 1897 la Universidad de Antioquia cambia de nombre por Colegio de Zea y nombran como rector a Eduardo Zuleta, que sucedió en el puesto a Luciano Carvalho.

asistencia al grado de doctor y a la fiesta familiar con la que pretendían celebrar tantos años de sacrificio.

Desde la época de estudiante de medicina se acostumbró a tratar a los pacientes sin ninguna consideración, para hacerlos sentir débiles y humillados; a hacer interrogatorios ofensivos y a auscultar, especialmente a las mujeres, con el mayor detenimiento, no con ánimos morbosos, sino porque esto las rebajaba al máximo, especialmente si eran ricas. Daba tantas instrucciones para el cuidado del enfermo que a nadie en la casa le quedaba un instante de reposo, siempre pendientes de lo dicho por el médico; aumentaba los gastos del enfermo por medio de una consulta cara y la compra desmedida de drogas; de esta forma lograba el desgaste moral, físico y económico de sus pacientes. Como Julio del Río no era un buen médico recurría con frecuencia a las inyecciones de morfina, con lo que el paciente rápidamente decía sentirse muy bien, y los casos clínicos, por simples que fueran, siempre los hacía aparecer como dignos del mayor cuidado, así los pacientes terminaban muy agradecidos.

De manera sistemática Julio del Río supo ir borrando en las mentes de sus compañeros el apelativo de Castero, y que lo relacionaran con el hijo del maestro Juan, el albañil. Rápidamente, el doctor Julio del Río ingresó como médico de familias adineradas. Su largo aprendizaje como lambón y acusetas, como vigilante-delator, empezó a dar los frutos esperados. Ahora sus superiores no son los maestros a los que tiene que agradar, sino que son los ricos; a ellos debe hacer notar en forma solapada las faltas y debilidades de sus colegas o hacer aparecer como descuido médico lo que simplemente era la evolución normal de una enfermedad; y poco a poco va quitando su clientela y credibilidad a sus colegas rivales.

En la sociedad, edificada sobre mentiras y falsas conveniencias, llena de incomprensiones y prejuicios, carente de idealismos y altos respetos, adicta al verbalismo y vanas fórmulas, ciega y sorda para la realidad pujante de los hechos, ignorante en absoluto de las grandiosas y arrolladoras fuerzas que rigen la vida, no

valían los hombres sinceros y nobles. Por sobre ellos, para aplastarlos, estaban los audaces, mistificadores y cazurros. ¡A triunfar, pues, alma elástica y plegadiza! (p. 248).

Una persona encerrada en sí misma, que considera que los sentimientos nobles son debilidad, que no sabe disfrutar ni siquiera de las comodidades adquiridas con la riqueza, nunca piensa que llegue a necesitar un poco de afecto sincero para vivir. Pero ese día le llegó al doctor Julio del Río. Hizo un matrimonio por conveniencia con Alicia Zabala, persona autoritaria, dura y celosa, quien amaba el dinero con vehemencia.

Se casó con ella después de que con sus métodos acostumbrados se apropiara del caso de apendicitis crónica que padecía una joven de la alta sociedad. El doctor Julio del Río, que contaba ya con cierto reconocimiento como médico, contradujo a su colega que diagnosticó operación inmediata para tratar, solo tratar de salvar a la joven paciente. Del Río opinó que era mejor agotar todos los recursos antes de tomar una decisión tan drástica como la cirugía, movido solo por el deseo de aumentar su prestigio y, finalmente, le dieron el caso. Los primeros días la paciente mostró mejoría, pero como el tratamiento no era el adecuado, después de “un copioso vómito negro” murió.

Este fracaso indujo al doctor del Río a casarse. Al poco tiempo vivía en un infierno y “optó por el silencio y el sometimiento absolutos” (p. 421). Poco a poco perdió interés en el trabajo, en el dinero y en la vida. Se entregó a la bebida.

Una personalidad nueva, franca, comunicativa, surgía en él. Los tormentos de su existencia salían al exterior, ingenuamente, sin velos de ninguna clase, como consecuencia natural de un temperamento en exceso ególatra, que todos sus actos y pareceres los juzga importantísimos para el resto de los humanos. Como otras veces había querido infundir siempre respeto y demostrar excepcionales capacidades científicas, ansiaba ahora, ante su vencimiento definitivo, hipertrofiado por los lentes del alcohol, contagiar a sus oyentes de toda la amargura de que estaba pene-

trado, y atraer sobre su cabeza la mayor compasión posible (p. 435).

Inicialmente, le gustaba emborracharse con los amigos para que escucharan su amargura; luego empezó a maldecir la existencia, a sentirse desligado de todos y de todo. Vivía en un completo estado de tortura y fastidio; los días y las noches eran eternas pesadillas, pero lo peor era sentir los efectos del guayabo, por eso, cuando no dormía bebía copa tras copa esperando y convidando a la muerte. En la finca La Esperanza —que le prestara un amigo para su convalecencia— el negro Pachereque respetó su última voluntad de no volverle a hablar ni a transmitir noticias de nadie, pues Julio del Río solo deseaba que mientras moría, echado en la hamaca, nunca le faltara el brandi. Triste final pero muy lógico, pues la vida de este hombre, de principio a fin, fue una deriva sin afecto y sin identidad.

Coda

Alfonso Castro (1878-1943) médico, político y escritor medellinense, de familia liberal y rica. En 1901, a los 23 años, siendo aún estudiante de medicina, publica el libro de cuentos *Notas humanas*.³

En su quinta novela, *El señor doctor*, publicada en 1927, describe la vida y las costumbres paisas. Critica la sociedad y penetra en la psicología de sus personajes; muestra cómo la necesidad de crear héroes, que ascienden poco a poco desde su mísera cuna, hace que el hombre se pierda en una maraña de mentiras y leyendas, y que solo queden héroes con pies de barro.

El caso Julio Ríos, expuesto aquí, es uno de los temas tratados por el autor en *El señor doctor*, donde más que señalar como moraleja que el vigilante-delator cons-

truye poco a poco su propia autodestrucción, muestra una sociedad “adicta a las vanas fórmulas”, que gira en torno al engaño y es ignorante y despreocupada por conocer las fuerzas que formen hombres sinceros y nobles, porque la nobleza de corazón se considera como debilidad.

Al tratar el caso Julio Ríos, dentro de esta clase de sociedad, Alfonso Castro analiza tres factores: el castigo empleado irracionalmente como el medio más fácil para mantener el régimen imperante; la actitud del vigilante-delator que vive a expensas de las debilidades humanas; y una educación que tiene por fin que el alumno estime como fundamental la obtención del título doctoral para conseguir prestigio social y no que se eduque en la alegría de aprender.

³ Sus obras hasta 1927 son *Notas humanas* (cuentos de 1901), *Vibraciones* (cuentos y una novela de 1903), *Hija espiritual* (novela de 1905), diversos estudios e informes publicados en los Anales de las Academias de Medicina de Medellín, Cauca y Manizales, *Los humildes* (novela de 1910), *Ideales* (ensayo de 1919), *Juventud enferma* (estudios de 1919), *Abismos sociales* (novela de 1922), *Juegos malabares* (crónicas y ensayos de 1926) y *El señor doctor* (novela de 1927).

El intelecto, como el instinto, es simplemente un punto a lo largo del camino

El tiempo y lo manifestado están ligados tan inextricablemente como lo están el Ahora sin tiempo y lo No Manifestado

Medellín 1880-1930:

los tres hilos de la modernización

Publicado originalmente en la revista número 37 de septiembre de 1997

Jorge Orlando Melo

(Colombia, 1942 - v.)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia. Master of Arts, Latin American History de la Universidad de Carolina del Norte y estudios de Historia Latinoamericana en la Universidad de Oxford. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad del Valle, la Universidad de los Andes, la Universidad Duke y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Quito. Ex Consejero Presidencial para los Derechos Humanos y ex Consejero Presidencial para Medellín. Fue director de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Miembro de varios consejos de redacción, directivo de varias fundaciones culturales y científicas. Acreedor de varios premios y condecoraciones. Conferencista, ensayista, autor de varios libros, prólogos, columnas de prensa y artículos.



Resumen

El filósofo e historiador Jorge Orlando Melo narra, describe y analiza la constelación de factores que conformaron el llamado proceso de modernización imitativa de las ciudades colombianas; destaca, en dicho marco de análisis, la experiencia singular de la transformación de Medellín en el medio siglo que refiere el título. La riqueza de contenidos sociológicos se alterna con los discursos y narrativas provenientes de la literatura. El centro de atención es el análisis del proceso de educación para la vida urbana, la identificación de los medios y contenidos simbólicos de dicha educación y, de manera singular, el papel cultural que cumplió la literatura en la caracterización, descripción y la formación del gusto, los hábitos, las costumbres y los lenguajes de una selecta clase social, en contraste con las estrategias discursivas de educación de las masas a través de medios institucionalizados como la escuela y la religión. La vigencia histórica de esta perspicaz mirada sobre Medellín es la que ha motivado la inclusión del artículo en el presente número de la *Revista de Extensión Cultural*.

Palabras clave

Vida urbana, literatura, discursos modernizadores, educación de masas.

Urbanidad y procesos “civilizatorios”

Este trabajo, a pesar de su título, y es la primera advertencia que debo hacer, se centra en la experiencia de Medellín entre 1880 y 1930, cuando la ciudad pasó

aceleradamente de ser un pequeño centro comercial y administrativo a verse a sí misma como una ciudad moderna, industrial y progresista. Su proceso fue paralelo al de otras ciudades colombianas, como Bogotá, Cali, Barranquilla o Manizales, que se transformaron también durante estos años, con ritmos a veces muy diferentes y con un aparato de representaciones y formas de sensibilidad también distintos. Las comparaciones entre estas experiencias deben hacerse para evitar subrayar rasgos excepcionales inexistentes, pero también para evitar encontrar cambios similares en ciertos elementos, en especial los que tienen que ver con las estructuras físicas. Las culturas urbanas fueron, en mi opinión, más diferentes que los procesos de desarrollo de los servicios públicos o que las transformaciones de indicadores sociales mensurables, como el crecimiento de la población o el cubrimiento del sistema escolar. Esas diferencias en las culturas urbanas se prolongan en muchos casos hasta hoy, y algo tienen que ver con las dificultades concretas con las que nuestras ciudades asumieron esa modernización imitativa de los primeros cincuenta años de este siglo, y al enfrentamiento a la crisis del optimismo progresista en los últimos veinte años. Y lo que lamento de no ampliar las comparaciones entre las ciudades colombianas es aún más pertinente con respecto a la necesaria comparación con los procesos de la modernización y la civilización de las ciudades latinoamericanas.

Entre 1880 y 1930 Medellín vivió un periodo de cambio que percibimos hoy como inusitadamente concentrado y rápido. Don Luis Ospina Vásquez fue quizá quien primero llamó la atención, en su libro de 1954, sobre esa década un poco delirante y llena de quimeras literarias y progresistas de 1890, retomadas ahora por Jorge Alberto Naranjo, en el campo de la historia literaria, como los años en que el relato antioqueño alcanzó su madurez inicial. Lo escrito sobre esos años de la ciudad, entre tanto, se ha vuelto inmenso y la historia de Medellín, en todas sus facetas, es uno de los deportes locales de más frecuente práctica. En el breve texto no trataré de responder a los interrogantes que hoy se plantean los historiadores acerca de las

causas del rápido desarrollo económico de la región, ni evaluar y poner en su justo término las descripciones sobre su progreso o su tradicionalismo, su democracia o su exclusivismo. Me limitaré a seguir tres hilos, con la idea de que de alguna manera se entrelazan en forma que hasta ahora no se ha destacado. Los tres hilos son el desarrollo de una imagen de ciudad moderna y los esfuerzos para poner en práctica, en forma planeada, unos ideales de vida urbana; el proceso por el cual se intentó educar a la población para esa vida urbana (y el “se” apunta a un sujeto probablemente inexistente, o al menos múltiple) y a la forma como la literatura trató de encontrar su punto de inserción en esa ciudad en proceso de modernización y civilización: cómo trató, por una parte, de encontrar, cada día en forma más difícil, su puesto en una ciudad que en la medida en que progresaba empezaba a romper con su inicial fascinación con la letra, y la forma como vio ese proceso de modernización y civilización.¹ Son tres discursos que encontraron su expresión en algunas obras paradigmáticas. Ricardo Olano, empresario en finca raíz, industrial y promotor del desarrollo urbano de la ciudad, nos ha dejado, fuera de algunos cuentos, varios volúmenes de diarios en los que consigna la visión progresista y utilitaria que se encarnó en la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) y en la revista *Progreso*, que dirigió durante muchos años. Tomás Carrasquilla, de *Frutos de mi tierra* a *Grandeza y Ligia Cruz*, dejó en sus novelas urbanas el texto de un irónico entusiasmo por el progreso y una sátira a la simulación que parecía venir inevitablemente con el crecimiento de la ciudad. Tulio Ospina Vásquez escribió, en 1910, el *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen gusto*,

¹ Estos discursos se encuentran en la base de trabajos especializados de diversos autores. Catalina Reyes, en *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930* (Bogotá, 1966), y Patricia Londoño, han destacado y analizado los textos de los manuales de urbanidad; Fernando Botero y Verónica Perfetti han trabajado exhaustivamente los programas de desarrollo urbano, Jorge Alberto Naranjo ha empezado a desenterrar la inmensa producción literaria del siglo pasado y comienzos del presente y Alberto Mayor, en su libro ya clásico sobre la *Escuela de Minas. Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá, 1989), desarrolla en detalle y en clave weberiana el proceso de disciplinamiento de los sectores obreros. Fabio Botero Gómez, en *Un siglo de historia de Medellín* (Medellín, 1995), ofrece una visión sorprendentemente amplia y rica de los procesos culturales y urbanísticos de Medellín, aunque elaborada y organizada en forma muy incompleta.

uno de los varios tratados de urbanidad publicados en la ciudad en estos años, pero el que vieron sus contemporáneos como paradigmático.² No se agotan los discursos modernizadores en estos autores: un cuadro más completo debería incluir una cuarta vertiente, la de los políticos del consenso modernizador, encabezados por Carlos E. Restrepo, quien llegó a la presidencia de la república proponiendo un movimiento que sirviera de algodón entre los dos vidrios de liberales y conservadores. Y segunda advertencia casi innecesaria: el texto, más que tratar de pintar el panorama en toda su complejidad y riqueza, esbozará solamente algunas líneas de fuerza muy simples.

Los tres discursos se traban esencialmente en la medida en que son tres líneas de desarrollo de una nueva sensibilidad social, que conduce al control de los hábitos y costumbres campesinos y su reemplazo por lo que se define como urbano. La conversión del montañero en hombre civilizado y urbano es, de un modo u otro, el objetivo de quienes estimularon estos procesos. La ciudad requiere, para su funcionamiento, una actitud de cooperación y una disciplina social que se fundamenta en la creación del espíritu cívico y se apoya en el progreso de la ciudad: la imagen de una ciudad excepcional, por sus cualidades y virtudes, tanto naturales como creadas, hace parte de esta construcción conceptual y retórica.³ En muchos sentidos, los brillantes trabajos de Norbert Elias sobre el proceso civilizatorio, que toman en cuenta ante todo el papel de las cortes y las forman aristocráticas de conducta, pueden aplicarse con mayor fuerza a la vida de las ciudades. En estas las necesidades de la sociabilidad requieren con mayor fuerza la coordinación mutua, el establecimiento de códigos comunes de conducta y la

² Además del libro de Tulio Ospina Vásquez, en 1935 Argemira Sánchez de Mejía publicó el *Libro del ciudadano*, que resultó ganador en el concurso que hizo la Sociedad de Mejoras Públicas para la elaboración de un texto escolar de cívica y urbanidad.

³ La retórica de exaltación de las cualidades y virtudes de Medellín es bastante amplia: la ciudad de la eterna primavera, la taza de plata y otras denominaciones aludieron a la imagen natural de la ciudad, a la que se atribuía belleza incomparable, a su clima y algunas virtudes de sus gentes, como la limpieza, la cordialidad, la autenticidad, su talento y su capacidad y disciplina de trabajo.

previsibilidad de la respuesta del otro. La invención misma de las formas de conducta analizadas por Elias se da ante todo en las cortes, y aunque la familia, la iglesia y la escuela son usualmente las instituciones que promueven su generalización, es la ciudad la que crea un ámbito social en el que la interacción humana se hace continua y obligada, y en el que es preciso controlar con cuidado las formas en que las propias acciones afectan la vida de los demás y prever cómo las acciones de los demás influyen sobre mi vida. La adopción de horarios y medidas para el tiempo de trabajo, el estudio o el ocio, el control de las basuras y desechos, el acceso al agua y más recientemente a otros servicios, la construcción de las viviendas teniendo en cuenta la orientación y localización de las de los demás, la definición de áreas aceptables para el desarrollo de ciertas actividades productivas, comerciales o recreativas, son situaciones en las cuales la ciudad impone una coordinación que en la vida rural era innecesaria, y que aunque pudo ser inicialmente el resultado de una coacción puramente externa, se ha convertido, en casi todas las naciones de occidente, en algo asumido interiormente por los individuos, en forma muchas veces totalmente inconsciente o inadvertida. Las mismas instituciones señaladas antes —iglesia y escuela— encuentran en la ciudad el campo adecuado para el ejercicio de sus funciones, en la medida en que la mayor densidad humana facilita la extensión de su impacto a masas cada vez mayores de personas y permite incrementar el tiempo que los niños, sobre todo, pasan en las instituciones educativas y sociales centradas en la creación de formas de conducta que ya no se basan, como las de la familia, en fuertes lazos de afecto o sentimiento o en complejas y a veces aterrorizadas interiorizaciones de la autoridad paterna, sino en la previsibilidad racional del efecto del cumplimiento de unas normas y patrones generales de conducta. El auge de los manuales impresos de cívica, cortesía, urbanidad, etiqueta, buenas maneras, buena conducta o buen tono, desde su aparición en el Renacimiento europeo, hasta los *best seller* de nuestros días, es una señal de la necesidad creciente, a medida que aumenta la vida urbana y con ello el contacto entre

grupos de personas más amplios, de generalizar unas normas ritualizadas y previsibles de conducta en toda la sociedad.⁴

Los términos mismos, adoptados en la mayoría de los idiomas occidentales para designar un comportamiento adecuado, recogen las señales de su relación con la ciudad: la palabra “urbanidad” proviene, como es sabido, del término latino para ciudad, la *urbs*: es la conducta apropiada de los habitantes de la ciudad.⁵ Aunque la palabra *cives* —de la que provienen civilización y cívico— designa originalmente a un súbdito del estado romano, su sentido incluye rápidamente el de “ciudadano”, en el que la membresía en el estado parece provenir del hecho de pertenecer a una “ciudad”: hoy, al hablar de civismo o del espíritu cívico, entendemos que nos referimos a valores que tienen que ver con el comportamiento en la ciudad. De este modo, “civilización” y “ciudadanía” se vuelven parte del mismo ámbito semántico, en el cual también se sitúan palabras derivadas de la palabra griega *polis*, que también quiere decir ciudad. De allí proviene la política, por una parte, como ciencia o actividad de gobierno del estado, pero también “policía”, término que durante la época colonial se refería al conjunto de normas del orden de la ciudad y luego se restringe al organismo encargado de mantener el orden. En inglés, los tres grupos de conceptos afines mantienen una similitud muy estrecha: *polity*, buenas maneras, *policy* y *politics*, política y *police*.⁶

⁴ Existe una extensísima bibliografía sobre los manuales de urbanidad en Europa. En Colombia, apenas comienzan a estudiarse. Véase para Colombia el artículo de Patricia Londoño (1997). “Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono”. *Credencial Historia*, 95, 10-13.

⁵ Que en el caso de Antioquia se contraponen muy claramente a la idea de las formas de conducta de origen rural: “montañero” es el que carece de los refinamientos de la ciudad. Aunque este es el sentido dominante de la expresión a comienzos del siglo xx se matiza su utilización, en la medida en que en una incipiente crítica de la vida urbana construye la imagen del montañero auténtico, veraz, sano y religioso frente a la capacidad simuladora, a la degeneración o a la inmoralidad del habitante urbano.

⁶ Sobre el desarrollo de estos conceptos, además de los viejos diccionarios, pueden verse: el libro de Alain Montandon (1995). *Dictionnaire raisonné de la politesse et du savoir-vivre*. París: Seuil y el artículo de Lucien Febvre (1966). “Civilisation. Evolution d’un mot d’un group d’idées”. En *Civilisation. La mot et l’idée*, París: Centre International de Synthèse, actualizado por Emile Benveniste (1966). “Civilisation: Contribution à l’histoire du mot”. En *Problèmes de linguistique générale*. París: Gallimard. Es interesante señalar que la “cultura”, a veces contrapuesta y a veces

Los rasgos básicos del proceso de urbanización

Para percibir el contexto en el que se producen los esfuerzos de civilización aludidos, vale la pena recordar algunos datos externos que permiten evocar las magnitudes del cambio. Medellín es, en 1871, una aldea de 20.000 habitantes, que alcanza unos 65.000 habitantes en 1912 y 145.000 en 1938. Entre 1880 y 1910, mientras la ciudad pasa de unos 40.000 a 60.000 habitantes, el desarrollo físico urbano está marcado por las inversiones físicas esenciales de desarrollo urbano: instalación de energía eléctrica, teléfonos, acueducto cubierto, tranvías, taxis y automóviles,⁷ un primer parque de recreación masiva, dos grandes teatros, con capacidad total de 8.000 espectadores, la llegada próxima del tren. Inversiones sociales: barrios para obreros cuidadosamente diseñados, apertura de los grandes colegios de educación secundaria, controlados en su mayoría por órdenes religiosas recién importadas de Europa, sistema escolar que lleva a la alfabetización casi total de la población, manicomio, matadero y plaza de ferias, hospital San Vicente de Paúl, y de Bellas Artes y de Agricultura. Cambios en usos y costumbres: las mujeres salen a las calles, las escuelas de comercio enseñan a futuras empleadas y dependientes y en las fábricas las mujeres constituyen la mayoría de la mano de obra. Se refinan los mecanismos de control, organización y pensamiento urbanos: el concejo municipal ve reforzados sus trabajos y esfuerzos con la actividad de la SMP y, finalmente, en 1913 y después de veinte años de vacilaciones, con la adopción de un Plano de la Ciudad Futura con funciones reguladoras. Son los años de fundación de las principales industrias: textiles, cervezas, gaseosas, chocolates, galletas, fundiciones metálicas, empaques. Surgen periódicos diarios y en el terreno literario la situación es casi delirante: revistas, imprentas, miles de cuentos y centenares de novelas

identificada con la “civilización”, y a cuyo ámbito semántico pertenece la idea de la persona que se comporta bien o “cultura”, alude a la actividad agrícola: la cultura es lo que produce el cultivo de la naturaleza, incluyendo la propia naturaleza humana. Cortesía proviene, como es evidente, de la “corte” real o nobiliaria del siglo xvii y xviii (véase *Diccionario de autoridades* y *Diccionario etimológico* de Corominas).

⁷ Carrasquilla se refiere en 1913 a “esta automovilística aguda que nos acomete actualmente a los medellinitas” (1991, p. 195).

dejan una imagen de lo que está ocurriendo, pues, contra la idea usual, la gran mayoría de los literatos hacen literatura y en especial novela urbana.

Hacia la ciudad moderna

La idea de que Medellín puede, a pesar de su carácter secundario y periférico, volverse una ciudad moderna parece surgir hacia 1880 y afianzarse rápidamente, en medio de reiteradas llamadas al “progreso” y la “civilización”. La modernización requiere el esfuerzo colectivo, que en la etapa inicial puede verse como político. En efecto, los principales impulsores del progreso urbano, como los que en 1899 fundaron la SMP, eran personajes como Carlos E. Restrepo, Pedro Nel Ospina y otros que no desdeñaban el ejercicio de la política ni los altos cargos. Pero pronto se fue imponiendo la idea de que el progreso urbano dependía ante todo del apoyo de ciudadanos notables, de un patriciado que era más confiable mientras menos tuviera que ver con la política: “El concejo debe estar compuesto de ingenieros, médicos, hombres de negocios, abogados, arquitectos, industriales. No se ve qué papel pueda hacer un político en un concejo municipal” dictamina en 1930 Ricardo Olano (Botero, 1996). En 1917 había visto esto como un trabajo mancomunado del Concejo y la SMP, que ya había avanzado mucho y que podía, si continuaba, hacer que en diez años Medellín llegara “a tener la hermosura y las comodidades de una ciudad moderna”. Central en este proceso es la educación de la población. En 1924 el presidente de la Sociedad de Mejoras y expresidente de Colombia, Restrepo, asegura que la SMP ha logrado crear “esas virtudes de civismo, cooperación y solidaridad, que vivieron tan lejos de nuestro lenguaje y de nuestras obras. Nos ha enseñado a servir, que es aplicar a las relaciones civiles esta virtud evangélica que las encierra todas: caridad” (Botero, 1996, p. 42). Para 1938 la sociedad se sentía muy satisfecha en este campo y creía haber logrado:

la difusión del espíritu público [...] la conciencia de la ciudad, el afán de embellecerla y hacerla amable y grata para la vida se va extendiendo por todas las

capas sociales. La palabra civismo en la boca y en la mente de un obrero tiene un valor extraordinario (Botero, 1996, s. p.).

Dos elementos vale la pena destacar en el contexto de este argumento: uno de ellos es que el ideal de ciudad promovido incluyó siempre, como un elemento central, el impulso cultural y educativo. Aunque las inversiones globales principales se hicieron en infraestructura vial y productiva, la proporción del gasto asignado a obras como el Bosque de la Independencia, el Instituto de Bellas Artes, donde el pueblo aprendería música clásica y pintura, y el Teatro Municipal, fueron más elevados que en prácticamente ningún otro periodo: la ciudad, creían, debía ser “un centro de cultura social y escuela de buen gusto”.

El segundo punto fue el establecimiento del Plano de Medellín Futuro, con el cual la municipalidad pretendió, desde 1913, y después de más de dos décadas de debates, regular el crecimiento físico de la ciudad. A pesar del cumplimiento muy parcial de sus normas y de la frecuente modificación, para compensar su rápida desactualización y también ceder a presiones de sectores privados, estuvo en la base de un desarrollo relativamente ordenado de la ciudad hasta 1930.

Educando las masas

La educación para la vida urbana incluye varias orientaciones y sectores. Menciono, sin detenerme en ello, la gran importancia que tuvo en la ciudad la conformación de un sector de ingenieros y administradores, educados en buena parte en la Escuela Nacional de Minas, y que tuvieron gran influencia en la cultura de instituciones como las Empresas de Servicios Públicos y algunos sectores industriales y políticos. Menciono también el fuerte impulso a la educación artesanal, empujado tanto por entidades externas como por los gremios mismos de artesanos. Ambos procesos han sido analizados con bastante detención por Alberto Mayor. Quiero, simplemente, tomar como un ejemplo de este esfuerzo educativo el impulso a la urbanidad misma, a la educación expresamente orientada a la vida en comunidad.

Como lo recuerda Patricia Londoño, desde mediados del siglo XIX las clases altas colombianas, cada día más ricas y con mayores vínculos comerciales con Europa, mostraron preocupación por mejorar sus modales, lo que se tradujo en la popularidad de los manuales de urbanidad. Aunque desde 1836 había aparecido el primer manual escrito en Colombia, el auge de estos textos se produce en la década de 1850. En 1854 el venezolano Manuel Antonio Carreño publicó el suyo, que sería el más exitoso de todos y se sigue editando, con actualizaciones hasta la fecha; y en 1858 Florentino González, procurador general de la nación, traduce y adapta —aunque muy levemente— el *Manual du savoir-vivre*, de Alfred Meilheurat. Con estos manuales, y otros disponibles, intentaron los dirigentes antioqueños iniciar la educación de unas gentes que se destacaban por “duros e incultos”.⁸ En Medellín, el exgobernador Pedro Justo Berrío, quien epitomiza el esfuerzo por someter a los antioqueños a las reglas de la religión, la decencia y el conservatismo, da él mismo, como rector de la Universidad de Antioquia, las clases de Urbanidad, asignatura que se difunde aceleradamente en escuelas y colegios durante el resto del siglo.

Este afán de educación se inscribe dentro de un proceso del cual es posible identificar dos elementos. Uno, el más obvio, es el de la preocupación de los grupos dirigentes por civilizar una población arisca y penderciera. Otro, entabado en formas más complejas, tiene que ver con el desarrollo de una conciencia muy precisa de la ubicación social propia y ajena. Los nuevos discursos de diferenciación social se apoyan, sin duda, en la continuidad de clasificaciones y percepciones ya vigentes de la época colonial; pero es la ciudad la que obliga a redefinir la propia localización en una jerarquía social compleja. Así como a finales del siglo XVIII la mayor movilidad de los mestizos llevó a una conciencia mayor de las diferencias étnicas, y a una proliferación de las medidas discriminatorias y de pleitos para hacer valer el respeto debido, la amplia movilidad

⁸ La expresión, citada por Patricia Londoño en “Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono”, es de Manuel Uribe Ángel.

de finales de siglo está detrás de las sutilezas de posición que se expresan con tanta abundancia en la obra de Carrasquilla y los demás novelistas. Los términos coloniales siguen vigentes, y una de las líneas de diferenciación, de mayor fuerza, es la que distingue a los negros y zambos de la población blanca. “Zambiar” es la forma mayor de ofensa social, consistente en tratar a otro como de un grupo social inferior: Ligia Cruz, que viene de Remedios y se siente, como ahijada de los ricos de Medellín, igual a ellos, debe sufrir todos los esfuerzos de su madrina por zambiarla y mostrar que no puede alternar con sus elegantes hijas. El término no dura más allá de los años treinta, cuando recupera su sentido más denotativo y neutral: es el término de negro el que a partir de estos años adquiere el carácter de base discriminatoria; a uno ahora lo negrean. En este mapa, los mestizos, que todavía en el censo de 1912 forman la mayoría de la población de la ciudad, parecen desaparecer. Lo que ocurre es que el mestizo, a medida que la fortuna o la educación lo llevan al éxito, entra al grupo social blanco. Existe para las estadísticas, pero para la conciencia racial existen solo negros y zambos, por un lado, y blancos por el otro. Sin embargo, no es este el único tema de división: a él se sobreponen las diferencias no definidas como étnicas (aunque se traslapen con estas): el pueblo y la gente bien, los artesanos y los cachacos. Artesanos y pueblo son probablemente zambos y negros, pero esta relación es más probabilística que apodíctica. El ascenso del artesano blanco no tropieza con barreras importantes y se hace ante todo mediante la educación.⁹ Y el tema alrededor del cual se desarrolla buena parte del discurso civilizador es el de la separación entre el hombre del campo y el de la ciudad, entre el montañero y la gente cultivada.

No es exagerado decir que la obra urbana de Carrasquilla es esencialmente un análisis de las diferencia-

⁹ El ascenso de las Adarves lo narra Carrasquilla con todo y moraleja: “Ai tengo las dos nietas de colegialas, de media y zapato y rompiendo lujo; y pienso mandalas al mejor colegio de la Villa, pa que aprendan la parte educativa y vengan a enseñales orgullo a las ricachonas de aquí”... Años después, en Medellín nuevo, “una casa hermosa y confortable. Es el nido de los Adarves; de los Adarves, que están muy bien recibidos y mejor emparentados; que aquí, como en todas partes, es el trabajo honrado la más esclarecida ejecutoria” (Carrasquilla, 1958, pp. 620-622).

ciones sociales, de la separación entre campesinos y ciudadanos, entre zambos y blancos, entre quienes dominan las formas del comportamiento urbano y quienes actúan con vulgaridad o cursilería. En unas cuantas páginas, y tomo los ejemplos exclusivamente de Ligia Cruz (Carrasquilla, 1926), se encuentra la más amplia gama de expresiones: en un párrafo que describe una fiesta, la serie adjetiva nos habla de “sonrisas de buen tono... genuflexiones elegantes... tiesura cortesana... estiramientos imprevistos... foco de grandeza... los ñoes se sienten dones; el montañero, un Petronio consumado... Que filosófico es el culto de la religión de la elegancia...” (s. p.). El personaje principal es descrito por las preciosas urbanas con una variedad de epítetos: “montuna, hija de unos zambos mineros... Zambita más pretenciosa y antipática”, “horrible, espantosa, era el capote de la gente remediana” “ese animal de monte”, “esas familiaridades tan vulgares de los pueblos”.

Sin embargo, en Carrasquilla el contraste entre elegantes y pueblo es irónico, y subraya la inautenticidad de los elegantes.

Doña Ernesta... es de la nobleza azul y requintada, originaria de la ciudad heráldica de Antioquia; pero como en su casa nunca tuvieron un hediondo peso, hubo de conformarse con atrapar, todavía joven y no mal parecida, al remediano acomodado... Al crecer sus hijos, al verlos actuar en sociedad con lo más rico y significativo, fue el vértigo... contado era el cristiano al que no tuviera por “jalapa”, “mañe”, o “fatalidad”. Pertenecía, naturalmente, al Club Noel, a la Sala Cuna y a otras instituciones de virtud elegante y distinguida. Sus tés religiosos, con motivo de algún consejo de cofradía, eran a pura plata labrada y bombón europeo (s. p.).

Con ella contrasta el empresario rico pero sencillo:

Es don Silvestre, magnate de mucho fuste entre la gran plutocracia. Como se sabe, es oriundo de Remedios, muy fuerte en minería y en comercio, algo fue en rezos, y muchísimo en tute y en tresillo. Gasta en extremo con su familia, pero se burla del tono y elegancia de su mujer y de sus hijos. Aunque ha viajado,

no ha cogido nunca finura europea. Sin ser sabido ni leído, tiene mucho conocimiento de la vida, muy buen sentido crítico y, por ende, mucha indulgencia y amplitud (s. p.).

Por eso, frente a la remediana pobre y deseosa de ascenso social, ve la igualdad con su esposa y sus hijas:

La conozco mejor que nadie; es boba, presuntuosa, coqueta y embustera: ¡como muchas de ustedes! ¡Solo que ustedes están preparadas en salsa y en bandeja de plata, y mi ahijada está cruda y en batea! Apenas la guisen y la sirvan, bien presentada, queda igual a muchas, casi a todas. Cambiarle el vestido de pueblo y ponerla bonita es cuestión de un día (s. p.).

Aunque su esposa protesta —“yo nunca he sido montañera, ni fea ni mañe”— don Silvestre decide convertir a la ilusa Ligia Cruz en una dama, y su Pigmalión es una costurera local, llena de inteligencia y buen sentido, que queda encargada de enseñarle “todas las paradas de una muchacha filática”. La niña aprende todo, hasta hablar en bogotano, y triunfa en el gran baile: es un triunfo falso, pues simplemente se ha convertido en otra cursi, como las que la rechazaban.

La voz de Carrasquilla, en estas novelas llenas de complejos movimientos sociales, afirma finalmente la apertura al ascenso basado en el talento, el éxito y las virtudes personales:

Si los negros triunfan, vivan los negros.

[...]

Porque la educación social no es privativa de clases determinadas; se ven pulidos entre las gentes sencillas, y groserotas de cargazón entre “el buen tono”. Las apariencias y los protocolos urbanos, sin la cultura del alma, sin la aristocracia del temperamento, solo producen esa desproporción risible que se llama cursilería, y que muchos confunden con la vulgaridad franca, que no pretende nada. Lo cursi cabe más en los ricos y entonados que en cualesquiera otros grupos; más en la ciudad que en la aldea... y perdónese este paréntesis, en obsequio de la caridad (s. p.).

Cuando aparecen los Cruz son modelo de afecto, autenticidad, sinceridad, honradez, trabajo: las verdaderas virtudes de la cultura antioqueña. “Es gente pobre, pero muy respetable, muy formal, muy gente...”.

Este discurso es relativamente extendido en el paso del siglo. Casi todos los novelistas parecen compartirlo: en ellos la elegancia, el afán de ascenso social se identifica con la ridiculez y casi siempre son algunas damas preciosas las que llevan a esposos o hijos a la catástrofe por el afán de aparentar. Paralelamente, el discurso social, el de los educadores y dirigentes sociales, subraya también las posibilidades de ascenso, pero sujetas al desarrollo de las virtudes propias del trabajo, la disciplina y el sometimiento a las normas sociales. El triunfo está al alcance de todos, siempre que no identifiquen ese triunfo con la adopción de una filosofía del lujo y la ostentación y que no abandonen los valores tradicionales de la familia, el trabajo y la religión.¹⁰ Y por ello se vuelve tan importante la urbanidad: ante la perspectiva de debilitamiento de las distancias étnicas y familiares, aceptada por este progresismo tan tradicionalista, hay que reconstruir un mundo digno de trato, el mundo de la gente educada.

El manual de urbanidad debe adecuarse a este contexto: debe ser base para una nueva diferenciación, más que simple confirmación de distinciones naturales, y sus normas deben cobijar a ricos y pobres. El de Florentino González, aunque fue publicado en Medellín en 1883, resulta demasiado elegante e incongruente. Aunque no he encontrado textos que señalen cómo se reaccionó localmente a sus enseñanzas, era extraordinariamente restrictivo: en su breve texto subraya la relación con príncipes y duquesas, el comportamiento en los salones, el buen tono, la sociedad escogida, la distinción en la ropa. “Se reconoce a un hombre distinguido en lo fino de su ropa blanca...”. “La mujer casada puede llevar un collar de diamantes”. Carreño, en su forma

¹⁰ El dominio del *savoir vivre* incluye, por supuesto, el manejo del comedor y la cocina. En 1907 en Medellín se publica —por la Librería de Carlos E. Restrepo— un tratado de cocina, de Elisa Fernández, y luego siguen apareciendo. El de Sofía Ospina Pérez, hija de don Tulio Ospina Vásquez, ha tenido y sigue teniendo rápidas reediciones.

inicial, resultaba también excesivamente formalista y ceremonioso, aunque menos aristocratizante que el francés. Por su parte el *Protocolo*, escrito por Ospina Vásquez, pretende cubrir mejor el campo local y responder a la visión que tiene la sociedad antioqueña. En su opinión, la urbanidad y el buen tono son simple expresión de sentimientos innatos en la humanidad, modificada por las costumbres de la cortesanía: esta, que es variable, evoluciona, pero en el sentido de “suprimir las prácticas complicadas y presuntuosas”. Esto es aún más cierto en Hispanoamérica, donde varios factores hacen que el formalismo ceda a la sencillez: un factor esencial es, en su opinión —y esto coincide con la visión que tienen los dirigentes antioqueños de su región— la “ausencia de una clase rentista y desocupada, cuya primera preocupación suele ser refinar la etiqueta” (Ospina, 1941, p. iv). Pero, aunque las clases sociales superiores han dominado una cortesanía simple y adecuada, las “clases populares, descendientes en gran parte de indios y negros, cuyos abuelos eran salvajes hace apenas dos o tres siglos, se hallan atrasadísimas en materia de cultura: motivo poderoso para que nos esforcemos en educarlas”. Por ello, la obra está dedicada ante todo “a quienes se han elevado a posiciones que requieren más cultura y urbanidad de las que correspondía al medio en que se criaron” (Ospina, 1941, p. iv y v).

Este modelo del proceso de educación de las masas no fue el único, pero el grupo dominante, y en este hay que incluir a quienes como Tomás Carrasquilla aprueban un modelo de cortesanía burgués y sin excesos, imitable por todos más bien que diferenciador. Por supuesto, la contradicción es inevitable: el buen tono no se advierte sino por la tendencia a singularizarse, y es fácil encontrar en el *Protocolo hispanoamericano* elementos aristocratizantes y discriminatorios. Pero mientras dominan el orden, la religión y el partido conservador, los dirigentes antioqueños no se inquietan por cierto progresismo social, y sus grupos dominantes tratan de moverse en un camino intermedio: catolicismo, pero sin fanatismo. Restrepo insiste en la Sociedad de San Vicente de Paúl: hay que dar las ayudas sin condicio-

nes de creencias, evitar el sectarismo. Y el proyecto social trata de incluir a los liberales: es el republicanismo en política, el civismo, el impulso a la educación. Por supuesto, y justamente en la medida en que trata de incorporar masivamente la fuerza del catolicismo para disciplinar a los obreros, compite con intentos integristas que no puede impedir, y que se van a imponer cuando el sistema político nacional, al moverse en sentido liberal y radical, amenace las bases del poder local: entonces el republicanismo perderá todo poder, y entrará a predominar una estrategia conservadora y más estrechamente paternalista. Pero esto corresponde, esencialmente, al periodo posterior a 1930.

Los mundos de la literatura

A mediados del siglo XIX las descripciones de Medellín subrayan su hostilidad a todo lo que suene a cultura: según Saffray, lo único que importa allí es el dinero, que borra todas las diferencias y todos los pecados. Según Emiro Kastos, es imposible sacar a la gente de su obsesión por hacer fortuna; y el poeta local, Gregorio Gutiérrez González, escribe sus amargos versos en los que la censura a la obsesión crematística local se apoya en la leyenda racista del judaísmo antioqueño:

Y en esa tierra encantadora habita la raza infame, de
su Dios maldita

Raza de mercaderes que especula
con todo y sobre todo. Raza impía
Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nación judía,
Y pesos sobre pesos acumula
El precio de su honor, su mercancía
Y como solo al interés se atiende
Todo se compra allí, todo se vende.¹¹

Con estos antecedentes, resulta sorprendente la valoración que los grupos dirigentes comienzan a dar a las letras hacia 1870 y que se va acentuando hasta el nuevo siglo. Proliferan las tertulias literarias, a las que

¹¹ El texto hace parte del cuento “Felipe”, reproducido parcialmente en Naranjo (1995, p. 49).

van jóvenes de ambos sexos, comerciantes y tenderos y, como lo narra burlonamente Camilo Botero Guerra, en 1884 se da una monstruosa incubación de poetas, que lleva a la proliferación de periódicos y revistas literarias (Botero, citado en Naranjo, 1995).¹² Aunque la primera novela local apenas se publica en 1887, para finales de la década siguiente una revista literaria, *La Miscelánea*, convoca a un concurso al cual se presentan 57 novelas, que se añaden a las doce o quince que alcanzan la difusión de la imprenta. Todos escriben en las revistas de la última década de siglo —y esta ciudad de 40.000 habitantes ve la publicación simultánea de cuatro o cinco revistas literarias mensuales—; los principales orientadores de la opinión política, los dueños de las empresas de energía y teléfonos, los empresarios profesores y periodistas ensayan su capacidad para el cuento y la poesía. Recordemos simplemente que Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina, que llegarían a la presidencia de la república, son redactores de revistas literarias.

Hasta 1890 lo que se publica es narración costumbrista y lugareña, con mucho énfasis en lo propio y limitada elaboración formal. La primera novela urbana de éxito es la obra de Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, publicada en 1896; no solo subraya los rasgos de la ciudad sino las formas cuasidialectales del idioma, con más radicalismo que Gutiérrez González, quien veinte años antes decía no escribir español sino antioqueño.

Después de 1900 se añade a la figura dominante de Carrasquilla, quien regirá el Olimpo literario local hasta 1940, un grupo de escritores con interés en la psicología contradictoria de personajes urbanos, encabezados por Efe Gómez, Gabriel Latorre, Lucrecio Vélez y Alfonso Castro, y en algunos casos un esfuerzo por incorporar las formas y temas del modernismo, mientras que Francisco de Paula Rendón y Eduardo Zuleta, como el

¹² Tanto Efe Gómez como Carrasquilla aludieron a la misma avalancha literaria; en “Domingo P. M.”, un personaje dice: “Aquí todos quieren ser artistas, ya no hay quién cargue la herramienta”; frase que retoma Carrasquilla en una carta de 1906: “Aquí ya no hay quien cargue la herramienta; todos somos genios y almas enfermas” (Carrasquilla, 1955, p. 769).

mismo Carrasquilla, harán la novela de las zonas mineras de Antioquia.¹³

En los años finales de siglo y la primera década del xx la literatura tiene una alta valoración social. Para los escritores es la oportunidad de realidad más alta que la vida misma, es origen de significación de la vida. Los escritores no tienen vergüenza social, no se sienten en una ciudad que evalúa continuamente la jerarquía social y localización de cada persona en ella. Sin embargo, nunca los escritores dejaron el tópico de la incompreensión por un medio entregado a los afanes pecuniaros, aunque este lugar común perdió intensidad entre 1870 y 1915. Pero a partir de este año se esboza una ruptura muy fuerte entre el creador y su medio: para los escritores, en la Villa de la Candelaria se da una “peculiar inopia en los cerebros”. Efe Gómez, León de Greiff y Fernando González expresan con mayor virulencia el rechazo a esta sociedad de “tanto almacén enorme, tanta industria novísima”, a los burgueses ventripotentes del marco de la plaza. Carrasquilla, en sus obras iniciales, rechaza la simulación y el arribismo, pero comparte el optimismo del progreso. Los que vienen rechazan el becerro de oro y elogian la contemplación, el ver fugarse los crepúsculos. Los recursos para revistas, el aprecio del arte como creación decaen y empieza a subordinarse a la vida social: es recreación y adorno. La ciudad filistea triunfa. Durante los treinta y los cuarenta los escritores y artistas pasan a segundo plano; el control del proceso urbanizador por una visión integral de la ciudad se debilita y se afirma el predominio de la visión del progreso como desarrollo físico y productivo.

Así, la trabazón de los discursos modernizadores y educadores comenzó a verse en dificultades, pues dentro de cada uno de ellos comenzaron procesos de diferenciación y contradicción. Los dirigentes y orientadores de los procesos urbanos abandonaron gradualmente la preocupación por la transformación cultural y el dis-

¹³ Es sorprendente, y un índice del desarrollo de formas de sensibilidad muy típicamente urbanas, la frecuencia del tópico del suicidio y de la drogadicción en las narraciones de los primeros años del siglo. En las que fueron seleccionadas por Jorge Alberto Naranjo el tema abunda.

curso del desarrollo como infraestructura física se hizo dominante. En el campo político, el dominio del consenso republicano fue reemplazado por la contraposición entre la visión plebeya asumida por los sectores populares liberales y un reforzado autoritarismo conservador, que volvió a ver a las clases populares como sujeto de represión y manipulación religiosa más bien que de educación. Y la literatura se fue convirtiendo en la ocupación de minorías, bohemias o profesionales, pero marginales en el manejo y orientación de la ciudad. El proyecto modernizador se disgregó, pero su impulso se mantuvo, así como los mitos sociales que se construyeron para alimentarlo, en particular el recuerdo de la historia regional como historia de consenso. Si nos preguntáramos, para terminar esta exposición, por los factores que condujeron a las dificultades que se hicieron evidentes a partir de 1960, no sería excesivo sugerir que algo tuvieron que ver con la continuidad y el éxito externo de un tipo de modernización que había perdido los rasgos que ahora solo la memoria mítica reivindicaba.

Referencias

- Botero, C. (1995). Furor poético. En J. A. Naranjo (Comp.), *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Colección Autores Antioqueños.
- Botero, F. (1996). *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carrasquilla, T. (1926). *Ligia Cruz*. Bogotá: Ediciones Colombia.
- Carrasquilla, T. (1955). *Obras completas*. Medellín: Bedout.
- Carrasquilla, T. (1991). Los autos. En *Acuarelas y discos cortos*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.
- Naranjo, J. A. (Comp.) (1995). *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Colección Autores Antioqueños.

Ospina, T. (1941). *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono*. Medellín: Bedout.

Al entrar profundamente en el cuerpo usted ha trascendido el cuerpo

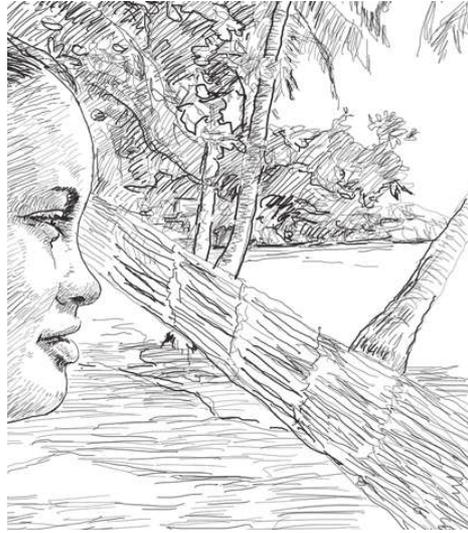
Acepte, después actúe

Cultura y salud

*Publicado originalmente en la revista número 43 de diciembre de 2000
Ponencia presentada en el "Curso Internacional Itinerante La Salud
Colectiva a las Puertas del Siglo XXI", febrero del 2000*

José Antonio Girón Sierra

(Colombia, 1947 - v.)
Médico cirujano de la Universidad de Antioquia. Exdirector de la Unidad de Servicios de Salud (UNISALUD) de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Autor de varios artículos.



Resumen

Entendiendo la salud como un conjunto de dispositivos estatales, con sus instrumentos políticos, legales y educativos, y por lo tanto como un objeto cultural, este documento identifica los conflictos que surgen en las relaciones económicas y sociales que se dan en su interior, y problematiza el proyecto que la institución de salud propone desde sus prácticas.

Palabras clave

Cultura, consumo, estilo de vida, enfermedad, hedonismo, modernidad, posmodernidad, salud.

Cultura y salud

Indudablemente tiene sus riesgos la decisión de abordar con solvencia un tema como el que se ha propuesto, no solo por la complejidad que encierra en sí mismo sino, ante todo, por la limitada comunicación entre las disciplinas que se ocupan del tema de la cultura y la institución de salud, entendiendo a esta última como aquel conjunto de dispositivos estatales con sus múltiples instrumentos políticos y legales, los educativos y los directamente operativos referidos a quienes de manera directa se ocupan de la asistencia. Por esto, los riesgos son mayores para quien lo hace desde su pertenencia a la institución de salud y no desde quien dirige su pensamiento a comprender la manera como se dan las producciones

humanas (significados y simbolizaciones) y cómo estas instauran unas realidades que hacen posible el existir.

El reto, por lo tanto, está dado y se asumirá con la pretensión de establecer las conflictividades que surgen del entramado de relaciones económicas y sociales que caracterizan nuestro momento, dentro de las cuales se sumerge la institución de salud. Entramado de relaciones del cual se hace relevante el sentimiento de que valorativamente todo está puesto en cuestión, de que aquello que nos constituye se disuelve y que la amenaza de caer en el vacío nos retrotrae a un volver hacia atrás para competir y para construirnos. También, teniendo como telón de fondo tal entramado de relaciones económicas y sociales, problematizar el proyecto que la institución de salud propone desde sus prácticas.

La cultura, para una sociedad, un grupo o una persona, es un proceso continuo de sustentación de una identidad mediante la coherencia lograda por un consistente punto de vista estético, una concepción moral y un estilo de vida que exhibe esas concepciones en los objetos que adornan a nuestro hogar y a nosotros mismos, y en el gusto que expresan esos puntos de vista (Bell, 1977, p. 47).

Es el ámbito de las formaciones simbólicas expresadas como lenguaje que permiten darle sentido a la mundanidad; esto es, poder designar aquello que nos constituye, estableciéndose allí las ideas que se tienen sobre los significados y los usos del cuerpo. Es también el espacio por excelencia de la sensibilidad (afectos, gestualidades, deseos, gustos, creencias). Como concepto general no se hace explícito sino a mediados del siglo XVIII y como pluralidad es algo a lo cual se llega muy posteriormente. Como podrá comprenderse, su construcción es un proceso de naturaleza social e histórica, por lo cual le corresponden, en general, unos espacios geográficos específicos y unas temporalidades de larga duración. Se afirma que las culturas no son mortales, sino que siempre hay un volver sobre las huellas o marcas dejadas.

Como podrá deducirse, para los fines específicos del desarrollo de la temática propuesta, la cultura denotaría una manera del ser, lo cual, dicho de otro modo, no sería otra cosa que una manera de existir. Al respecto, entonces, cabría preguntarse por la diferencia entre el concepto de cultura y el estilo de vida. Se entiende por estilo aquello que hace referencia al modo, la manera, el carácter de algo, pero si esto se particulariza más como estilo de vida, indudablemente estaríamos al frente de dos maneras distintas de designar lo mismo. Esto nos permite aseverar que el concepto de estilo de vida es un producto de naturaleza cultural, lo cual, dicho de otro modo, es una manera de vivir en cuanto con ello se está haciendo referencia a un particular modo de gustar, desear y de crear, lo cual determina la forma como nos asumimos como existentes y como nos relacionamos con la naturaleza y con nuestros semejantes. El estilo de vida delimita así el sentido existencial del sujeto, en donde las simbolizaciones y los significados son los portadores de ese particular modo de ser o existir. Dada la importancia de este concepto para la institución de salud, del cual se hace uso con demasiada ligereza, será retomado al final con un poco más de detenimiento.

Teniendo como punto de partida las ideas antes expuestas, resulta pertinente la pregunta sobre cuál es el talante del mundo que nos toca vivir, cuál es su sensibilidad, cuáles códigos de comportamiento hacen posible el entramado social al cual pertenecemos y el cual asumimos como propio, y cómo esa asunción determina o no las ideas levantadas en torno al proceso salud-enfermedad.

Al respecto, los aportes que desde la filosofía hizo Martin Heidegger, de manera específica las ideas consignadas en el texto ampliamente conocido *La época de la imagen del mundo*, y desde la sociología las ideas desarrolladas por Daniel Bell en su libro *Las contradicciones culturales del capitalismo*.

Se caracteriza nuestra época, cuyos comienzos parecen situarse a finales de la década de los sesenta, por una cultura que ha llevado la lógica de la modernidad hasta

sus límites extremos. Si lo moderno está dado por la ciencia, como la posibilidad de conocerlo todo en tanto puede ser representado,¹ la técnica como la capacidad de servirse de un saber, la cultura como aquel espacio donde se sitúa el obrar, la secularización de la sociedad como resultado de un proceso de desdivinización y, finalmente, el arte como experiencia estética, ¿en qué radica el hecho de encontrarnos en sus expresiones extremas?

Esta época a la cual se le ha denominado posindustrial, de los medios de comunicación o posmoderna, configura una sociedad en donde los órdenes tecno-económico, político y cultural se articulan de manera compleja en tanto sus ritmos carecen de toda equivalencia, originándose por ello un conjunto de tensiones entre estos mismos órdenes que dan cuenta de nuevos y viejos conflictos que deben afrontarse. Su eslogan del “todo vale” instaura el relativismo, como expresión extrema de lo moderno, entendida por Octavio Paz como “el tiempo que se deshace entre las manos” y por Marx como “todo lo sólido se desvanece en el aire”. De esta manera, la proyectualidad y la finitud en sujetos y cosas determina el tiempo y en el espacio un mundo cinético; esto es, un estado en movilidad permanente: el ser del hombre de hoy lo determina su existencia y como tal es un ente lanzado, es un proyecto, siempre en estado de construcción como único capaz de interrogar y dar cuenta así de su incompletud. El consumo promovido a gran escala es uno de los hechos de mayor significado e impacto en los jóvenes antes indicados. Con ello, no solo se dio cabida a una nueva sensibilidad, sino a cambios de fondo en la estructura social, de manera específica en sus escalas de valores, constituyendo un nuevo estilo de vida en donde el consumo se convierte en un agente de personalización puesto que lo que se exhibe es lo que se es.² El hedonismo se constituye entonces

¹ “El fenómeno fundamental de la época moderna es la conquista del mundo como imagen. La palabra imagen significa ahora la lucha por alcanzar la posición en que se puede llegar a ser aquel ente que da la medida a todo ente y pone todas las normas” (Heidegger, 2010, p. 92).

² “Una economía de consumo, podría decirse, halla su realización en las apariencias. Lo que se exhibe, lo que se muestra, es un signo de logro” (Bell, 1977, p. 75). El automóvil, el cine, la radio, el internet, la televisión, se constituyen en símbolos de consumo y estatus. Pero la propaganda, y

en el valor central de la cultura como la condición para realizar la sensibilidad y libertad de manera ilimitada. No se trata, por lo tanto, de satisfacer las necesidades sino los deseos; de allí que nos encontremos frente a múltiples lógicas que responden a la naturaleza ilimitada de los mismos. Como agente de personalización e identificación el consumo instaura nuevas modalidades de conflicto social en las cuales entran en escena agrupamientos que propugnan por el acceso a unos determinados niveles de consumo, como expresión tangible de derechos y libertades que se construyen a partir de un mundo aplanado, no estratificado, que se ofrece por los medios masivos de comunicación, en donde lo *in* y lo *out* delimitan dos campos a cuya pertenencia no se está invocando un determinado lugar en la producción (condición de clase según el análisis marxista) que define unas posibilidades de acceso, sino una estrategia seductora que apunta a la gratificación de los deseos de los individuos. Estas nuevas conflictividades se expresan bien dentro del marco de las reglas de juego sociales establecidas, o bien por fuera de ellas, lo cual crea, no sobra advertir, unos nuevos escenarios y nuevos contenidos para lo político.

El proceso salud-enfermedad, del cual se ocupa la institución de salud, ¿cómo se articula dentro de la nueva sensibilidad que nos propone la época?, ¿de qué manera es causa o es objeto de nuevas significaciones dentro del marco de los puntos de contacto o de distanciamiento existentes en los órdenes tecno-económico, político y cultural antes reseñados?

La categoría “proceso salud-enfermedad” es una construcción moderna, con la cual se pretende hacer relevante el hecho de la dinámica y la dependencia recíproca que en el ser humano le asiste a estos dos polos: salud y enfermedad. La designación, como “proceso”,

la obsolescencia planificada y el crédito, son las innovaciones sociológicas más decisivas que rompieron toda la estructura moral de la sociedad burguesa. Se convierten así el cine, la televisión y la propaganda en sus guías. “El mundo del hedonismo es el mundo de la moda, la fotografía, la propaganda, la televisión y los viajes. Es un mundo de simulación en el que se vive para las experiencias, para lo que vendrá más que para lo que es. Y debe venir sin esfuerzo” (Bell, 1977, p. 77).

no solo está hablando de su condición no estática sino, ante todo, está indicando que es un *continuum* que se da dentro de variables espacio-temporales, en donde confluyen el sustrato biológico, el componente psíquico y el ámbito social (tecnológico-económico); de allí que sea un hecho ante todo histórico en tanto hay lugar a un juicio crítico de los acontecimientos y una reconstrucción;³ pero dicho proceso no solo está dando cuenta de lo histórico en un ser que se autoorganiza, crece, se adapta, reproduce, repara, envejece y muere, y que además tiene conciencia reflexiva, sino de que en él reside el hecho vital, la vida, la cual, en este caso, no es cualquier vida sino el hecho existencial; pues mientras los demás seres vivos viven el ser humano existe. El ser de lo humano se da como existencia, y tal existir, si bien se da alrededor de los mismos centros (vida, muerte, sexo, religión, maternidad, paternidad, matrimonio, amor, odio, salud, enfermedad), no siempre tiene los mismos registros. Su diferencia se inscribe en el orden cultural, de allí que no se pueda hablar en abstracto de tal proceso y más aún, la pertinencia de que este orden cultural ocupe, como sustrato, el lugar debido en la comprensión y reconstrucción del mismo. El modelo biomédico, en su afán reduccionista, ha fragmentado el proceso salud-enfermedad al centrar su atención en la enfermedad y en la curación. Lo biológico ha ocupado, de esta manera, un lugar explicativo dominante. Qué tanto la institución de salud es consciente de las implicaciones de ello es algo que hace parte indiscutible del malestar que hoy transita a lo largo y ancho de toda la institución de salud, expresado en la idea de que las cosas no se están haciendo de la mejor manera y que es necesario volver a bajarlas y detenerse en el pensar para comprender.

Daniel Bell, contrario a las concepciones precedentes, particularmente las expuestas por Max Weber, encuentra sorprendente para la nueva sensibilidad que

³ “El trabajo histórico es un trabajo crítico, es también reconstrucción” (Braudel, 1995, s. p.). “La historia en la medida en que es todas las ciencias del hombre en el inmenso campo del pasado, es síntesis, orquesta. Y si el estudio de la duración bajo todas las formas le abre, como yo creo, las puertas de lo actual, entonces se encuentra en todos los lugares del banquete” (Braudel, 1995, p. 116).

se propone una radical separación entre la estructura social (el orden tecno-económico) y la cultura. En tanto el orden tecno-económico está regido por el principio de racionalidad funcional y eficiencia (que ordena a los hombres y las cosas dentro de una lógica en la que la organización de la producción, sea de bienes o servicios, conduzca a que la relación entre los costos y los beneficios esté a favor de lo último), la cultura es:

pródiga, promiscua, dominada por el humor antirracional, anti intelectual, en el que el yo es considerado la piedra de toque de todos los juicios culturales, y el efecto sobre el yo es la medida de valor estético de la experiencia (Viviescas y Giraldo, 1991, s. p.).⁴

Esto es, la lógica racional para un orden y el desborde de la sensibilidad realizada en el consumo a gran escala para el otro. Esta inconsistencia, o si se quiere contradicción más que separación radical, tiene sus propias expresiones en la situación de salud. Miremos las más relevantes.

Hiperconsumo en los servicios médico-asistenciales. Tanto para las economías desarrolladas, como para las llamadas periféricas o subdesarrolladas, los productos de la institución de salud ingresan dentro de la lógica de consumo a gran escala; este ingreso procede por:

a) Un usuario de los servicios de salud más informado.⁵

⁴ “En la actualidad se toleran mejor las desigualdades sociales que las prohibiciones que afectan a la esfera privada: se consiente más o menos el poder de la tecnología, se legitiman las élites del poder y el saber pero se es refractario a la reglamentación del deseo y de las costumbres... El ideal de autonomía individual es el gran ganador de la condición posmoderna” (Lipovetsky, 1993, p. 169).

⁵ “El hiperconsumo de medicamentos es real. Pero la afirmación de que la causa es la publicidad o la tontería y la irresponsabilidad de los médicos constituye una explicación demasiado simple. El público consume sin la intervención médica una enorme masa de medicamentos. Y los medicamentos recetados por los médicos a menudo se amontonan en los botiquines familiares y nadie los usa. Pero las verdaderas causas, las causas más importantes del hiperconsumo corresponden a otros ámbitos. Una de ellas es loable: la gente se cuida más con productos cada vez más eficaces o con frecuencia cada vez más caros. Tanto mejor. Otra causa responde a una orientación denunciada ya en esas páginas, que prevalece en la civilización tecnocrática y la medicina clínica. Se aspira a resolver todo, todos los problemas morales, políticos, sociales, culturales y afectivos mediante soluciones técnicas, en este caso medicamentos. Cuando no se alcanza a

No se va a establecer un oficio de valor sobre la naturaleza de esta información, sino que desde los medios masivos de comunicación se induce el consumo en tanto se comporta como una caja de resonancia lo nuevo; al exaltarlo de manera ilimitada se convierte en su instrumento más eficaz y una vitrina que explicita las ilimitadas posibilidades de elección. Como es apenas obvio, la estrategia publicitaria se concentra en el modelo biomédico. Sin embargo, como en muchas cosas propias de la época, “el todo vale” se traduce de hecho en una postura ecléctica generalizada en donde lo biomédico, todas las prácticas de intervención en salud provenientes de otras culturas, la brujería, la santería y el chamanismo, para solo mencionar algunas, se colocan en un mismo plano y se consumen simultáneamente ante un hecho patológico determinado.

b) Si lo que define a la época es la satisfacción del deseo y el goce, como el lugar desde donde se realiza el proceso de personalización, dado en términos de capacidad de elección en un mundo de posibilidades que están a la vista, no hay lugar, por así decirlo, al dolor y el sufrimiento.⁶ De esta manera, la enfermedad se convierte en un obstáculo, en una limitante al modo de vida construido en torno al placer, de allí que la tolerancia a tales limitaciones sea exigua y las ofertas para superarlas sean la institución de salud u otras alternativas más deletéreas como la toxicomanía. La institución de salud propone, en el orden de la producción de los servicios, la lógica de la eficiencia, la productividad, la jerarquía, la meritocracia y, desde el modelo médico que le es dominante en el ámbito asistencial, ofrece reparar el daño y un discurso higienista restrictivo y prohibitivo. Aunque el discurso

comprender y no se puede ayudar, se receta. Y este tipo de prescripción puede ser un proceso infinito, dado que jamás responde a la demanda y a las necesidades reales” (Besaïd, 1976, s. p.).

⁶ “La sociedad de consumo es fundamentalmente un sistema de abertura y atención, un medio de instrucción flexible ‘digest’ sin duda, pero permanente. Gozar de la vida, pero también mantenerse al corriente, ‘estar conectado’, cuidar de la salud como lo demuestra la creciente obsesión por los problemas de salud, la inflación de demanda médica, la multiplicación de las obras de vulgarización y de las revistas de información, el éxito de los festivales, las masas de turistas cámara en mano desfilando por los museos y ruinas históricas” (Lipovetsky, 1995, p. 165).

higienista, referido de manera directa a los hábitos o estilos de vida saludables, será retomado de manera más amplia posteriormente, merece destacarse, en esta oportunidad, el desencuentro existente en las finalidades entre este discurso higienista y la mentalidad del goce y el cultivo narcisista de la época. Para el primero, desde una lectura biológica del cuerpo, el ejercicio, la dieta sana y el no fumar, por ejemplo, apuntan a eliminar factores de riesgo y promete, para quien lo practique, salud. Para el segundo, para quien se sitúa como habitante del mundo que nos toca, significa ante todo restricción y limitación a sus posibilidades de realización, pero si ello llega a ser parte de su modo de vida, lo es, no porque se renuncia al goce para hacerse más sano, sino porque allí está operando una lectura distinta del cuerpo y se ha hecho una sustitución de un goce por otro; esto significa, contar con un cuerpo que, estéticamente, esté dentro de lo *in*, para ser mostrado y para ser gozado. Estética y salud soportan, en este caso, valores y finalidades que no casan; de allí que también tengan sus propias expresiones del rechazo a todo lo que intente intervenir lo privado y la resistencia a todo aquello que pretenda reglamentar el deseo y las costumbres, lo cual interroga, por lo menos, la manera como hoy se entiende algo tan medular a la institución de salud como la prevención de la enfermedad y la promoción de la salud.

c) El hiperconsumo no solo procede del usuario de los servicios de salud, lo hace también desde la misma institución de salud. Esto opera en dos sentidos:

El primero hace referencia a sus fundamentos. La institucionalización de un modelo médico que, apuntando en el paradigma biológico, ha aportado el proceso salud-enfermedad a partir de la enfermedad, asumiendo la tarea de obtener una representación de la misma y una acción que conduzca a la cura como resolución del daño. En este propósito la tecnología ha ocupado un lugar privilegiado, si se quiere dominante, en lo concerniente al hecho representativo. Lo verdadero está dado por el representar como certeza; y al situarse dentro de este ámbito el modelo biomédico

y la medicina como práctica han sido exitosas, pero a unos costos que apenas se comienzan a identificar. Por esto, cada vez el acto médico se hace más técnico,⁷ lo cual configura la justificación para el uso de todo un arsenal de dispositivos cada vez más sofisticados y más numerosos, y ello significa su uso creciente pues siempre habrá una razón técnico-científica justificadora. Cada vez se llega más al hecho, por demás sorprendente, de que aquello que no se ve no existe. Es por esto por lo que la denominación “biomédica” no expresa con exactitud lo que se hace, y es necesario que lo que denomina contenga lo técnico y la intencionalidad curativa, como una consecuencia lógica de la preeminencia que les asiste. Por esto se prefiere hablar del modelo “tecnológico-curativo” como el talante que le asiste a nuestro hacer hoy. De esta manera, la institución de salud se sintoniza con el orden tecno-económico y al hacerlo en profundidad explicita su expansión hacia otros ámbitos en donde tiene que dar razón de lo normal y de lo patológico. En esto se fundamenta la función de control social que le asiste a la institución de salud, que no es dada *per se* sino por la capacidad de representar algo que habilita para excluir o incluir.

La segunda es de orden moral. Dentro del modo de producción capitalista, y aún más dentro de su versión neoliberal, la salud, convertida en una gran industria, no se sustrae a la lógica del capital. Se produce un bien o un servicio para obtener unas determinadas tasas de ganancia, y esto ha creado en distintas instancias de la estructura de salud la postura perversa de hacer más de lo necesario para mejorar la venta, de hacer cuando no se cuenta con la indicación técnico-científica o cuando bajo situaciones terminales se crean expectativas, no solo desmedidas sino abiertamente inhumanas. Esto es solo una arista de todo un quiebre, si se quiere, en la

⁷ “Es un cambio de tendencia paralelo lo que ha llevado a Daniel Bell a hablar de una sociedad posindustrial, es decir, de una sociedad fundada no sobre la producción en serie de mercancías industriales y sobre la clase obrera, sino sobre la primacía del saber teórico en el desarrollo técnico y económico, en el sector de los servicios (información, salud, enseñanza, investigación, actividades culturales, tiempo libre, etc.)” (Lipovetsky, 1995, p. 165).

estructura ética y moral de un conjunto de prácticas que se llevan a cabo dentro de la institución de salud, a las que solo se le mira de soslayo o de manera periférica y no de fondo, cuando en el mejor de los sentidos se trata, evidentemente, de un problema de fondo. Siempre habrá justificaciones de orden técnico-científico para una determinada intervención quirúrgica; la formulación de la novísima sustancia farmacológica o la ayuda diagnóstica de última generación, creando expectativas inadecuadamente sustentadas pero sí con incuestionables costos individuales e institucionales. Esto nos lleva a considerar serios cuestionamientos a que los recursos de una actividad como la salud sean entregados para su administración a los particulares, pues aparte de las múltiples maneras que se dan para tomar una ruta inmoral, la lógica del capital, centrada en la utilidad, no concuerda con el sentido fundamental del sistema de salud que es el de la salud pública. No está pues, dentro de los presupuestos, por ejemplo, de las Entidades Promotoras de Salud (EPS) de nuestro actual sistema de salud, medir qué tan sana es la población inscrita y cómo están contribuyendo con su trabajo a modificar la morbimortalidad de la población. Su preocupación central está en medir sus condiciones de eficiencia económica y poder mostrar balances satisfactorios en este campo. De alguna manera, por esto el lenguaje de la promoción de la salud y la prevención de la enfermedad tiene una condición de marginalidad, pues siempre, a corto plazo, será más rentable situarse en el contexto de la enfermedad y no de la salud. Cuando de la actividad en el sector salud se habla de la obtención de utilidades es de sospechar, por lo menos, que muchas cosas se dejaron de hacer en materia de salud pública; y allí hay un problema de ética pública que, dentro del sistema económico dominante, pasa inadvertido.

Pero este hecho moral se hace más complejo cuando se tienen en consideración situaciones referidas a nuestras particularidades. Estiman algunos autores, como Jorge Orlando Melo, que los cambios acelerados ocurridos en la sociedad colombiana han provocado una modernización por vía negativa, esto es, que

dichos cambios han debilitado los marcos tradicionales de cohesión e integración sociales, disminuyendo, sensiblemente, lo público, haciendo a la sociedad proclive a la solución privada y violenta de los conflictos. Esto se ha traducido en un debilitamiento secular del Estado en tanto en la sociedad ha tomado carrera el hecho de no sentirse reflejada ni regulada por él. Por su parte, Luis Jorge Garay Salamanca, dentro de una línea de análisis similar, señala cómo la problemática colombiana está marcada históricamente por la progresiva subordinación de lo público a favor de los intereses privados, mediante la imposición de estos intereses por grupos tanto legales como ilegales, creándose una cultura productiva, no de naturaleza capitalista sino rentística, en la que se propende por la

búsqueda de ganancias y la satisfacción de objetivos egoístas excluyentes a través del usufructo de privilegios individuales adquiridos por medio del aprovechamiento de su capacidad de actuación en el mercado, al no existir condiciones equiparables a la competencia perfecta, y del poder de influencia e incluso de coacción que disponen ciertos grupos determinantes dentro del ordenamiento político y económico para la aplicación de políticas públicas y colectivas, en beneficio exclusivo de sus propios intereses privados egoístas aun a costa del interés público (Garay, 1999, p. 18).

Esto nos está hablando de que la problemática que nos asiste es de mayor calado, y que va más allá de la superación, por ejemplo, de un conflicto armado, el cual es más una consecuencia que una causa, situándonos en el orden de lo cultural, pues lo que está demandando es una transformación del sujeto social en sus códigos de comportamiento, de tal manera que encuentre una forma distinta de relacionarse y de operar colectivamente... pero, para los efectos del tema que nos ocupa, saltan a la vista no pocos interrogantes sobre lo que puede ocurrir cuando bajo estas condiciones de un profundo debilitamiento de lo público, y por lo tanto del Estado, se entrega a la administración del sector privado un servicio público como la salud. No podría ser ajeno el sector salud a tales circunstancias, y hoy buena parte de

la crisis que se vive tiene sus explicaciones en que acá también han tomado asiento tales intereses privados egoístas.

Como puede observarse, a partir del hiperconsumo, como un hecho que caracteriza la época, se ha logrado un registro de algunas de sus expresiones en la institución de salud, evidenciándose cómo, dentro de ella, circula todo un conjunto de lógicas cuyos encuentros y desencuentros develan sus propias conflictividades, reafirmando y consolidando algunas precedentes, pero emergiendo otras que están hablando hace rato pero que no cuentan con la escucha adecuada porque no son pensadas.

¿De qué manera lo posmoderno es realmente un problema para la periferia? ¿No es acaso algo que solo le es pertinente al centro? Son interrogantes que deambulan como sospecha de que esto no es más que el esnobismo de algunos que quieren forzar y acomodar determinados planteamientos teóricos a realidades ajenas. Se dice, por ejemplo, que a la periferia la modernidad le llegó tarde, si es que le llegó; luego ¿cómo podría hablarse de posmodernidad? Los cambios marcadamente acelerados ocurridos en los últimos veinte años: externos, como la globalización y los desarrollos en los medios de comunicación, e internos, como el acelerado proceso de urbanización, despejan cualquier duda al respecto, colocándonos al frente de algo más complejo, y es la presencia simultánea de lo premoderno, lo moderno y lo posmoderno en una rara amalgama que, por momentos, se percibe caótica y que algunos, como García Canclini, interpretan como hibridez. Simultaneidad que no es inocente y que lleva a pensar en que la magnitud de los desencuentros y la naturaleza de las conflictividades se magnifiquen y no se soslayen. La sola idea de un proyecto civilizatorio universal cobra acá una mayor fuerza como amenaza disolvente de lo que somos, pues como lo señala André Leroi-Gourhan (1971) es en ese cuerpo de conocimientos, resultado de las experiencias compartidas del individuo o del grupo, en donde radica el elemento fundamental de su unidad y de su personalidad

y la garantía de su transmisión, la condición necesaria para su supervivencia material y social (p. 254). Esto adquiere una importancia vital en una sociedad como la colombiana, en donde las regiones tienen su propia identidad en los órdenes tecno-económicos, cultural y político, pero que además la asiste una condición multiétnica que se ignora sin más, lo cual se refleja en los remedios de política de salud en donde se da por sentado la validez de solo una manera de entender el proceso de salud-enfermedad. Por esto, las respuestas defensivas a esta idea homogeneizante no son pocas, y de ello da cuenta la manera como se han puesto al orden del día los nacionalismos, las etnias, las regiones y las sexualidades que reclaman reconocimiento y estatus. Por esto, entre lo universal y lo particular, lo nuevo y lo sedimentario, habrá siempre una tensión que procede del hecho de que las temporalidades y los ritmos en el orden de la cultura, la política y la estructura social son distintos; ritmos y temporalidades que se han hecho más manifiestos en la época actual, en donde el dinamismo de la tecnología se ha visto superado, según se afirma, por el del orden cultural.⁸ Como se indicó con anterioridad, la cultura no procede de manera acumulativa, siempre hay un retorno sobre las mismas cuestiones existenciales aunque sus significados sean redefinidos total o parcialmente, pero no por esto es una huella, una memoria cuya inscripción, mientras más profunda menos manipulable.

Hasta aquí, en este análisis se ha construido más desde la perspectiva sociológica y filosófica. Para efectos de abordar la última parte de este ejercicio es necesario tomar un atajo que nos permita mirar de otro modo el diálogo que se ha querido establecer entre la cultura y la salud. Este otro modo pretende entender la manera como se inscriben en el individuo

⁸ “La cultura ha adquirido una importancia suprema por dos razones complementarias. En primer término, la cultura se ha convertido en el componente más dinámico de nuestra civilización, superando hasta el dinamismo de la tecnología... en segundo término, en los últimos cincuenta años, aproximadamente, se ha producido la legitimación de este impulso cultural. La sociedad ahora acepta este papel de la imaginación, en lugar de considerar, como en el pasado, que la cultura establece una norma y afirma una tradición filosófico-moral con relación a las cuales lo nuevo puede ser medido y (por lo general) censurado” (Bell, 1977, p. 45).

los códigos de comportamiento, y de qué naturaleza es esta inscripción. Como podrá comprenderse, esto tiene una importancia capital en el sentido de que los códigos de comportamiento no son más que las consecuencias de un determinado cuerpo de creencias, los cuales, bajo unas condiciones espacio-temporales dadas, definen un estilo de vida. Entendido como una manera de ser, el estilo de vida tiene como continente la existencia, y como contenido las significaciones de la tradición que garantizan la supervivencia no solamente biológica sino social. Pero acá también hay lugar para lo nuevo, y la confrontación, como inherente a lo humano es la posibilidad de acceder a las rupturas y de allí a nuevas construcciones simbólicas. Esto lo denota cierta condición de estabilidad, pero es una condición permanentemente interrogada, confrontada si se quiere.⁹ Por esto, como se ha indicado con anterioridad, el ser del hombre es la proyectualidad.

La antropología tiene algunas respuestas a nuestras inquietudes, y para el efecto, nos apoyaremos en el trabajo de André Leroi-Gourhan *El gesto y la palabra*. Siempre ha existido la preocupación y la curiosidad por las fronteras entre lo animal y lo humano, entre lo zoológico y lo cultural, entre lo instintivo y lo inteligente. Tanto la sociedad animal como la humana tienen algo en común, algo que comparten y que las hace de alguna manera indistinguibles; esto es que sus agrupamientos obedecen a la disponibilidad de un cuerpo de tradiciones que se transmiten de generación en generación, lo cual asegura su sobrevivencia y desarrollo del grupo. Este cuerpo de tradiciones no es más que aquel conjunto de comportamientos, actitudes, gestos, valores y acciones que ya pasaron la prueba del ensayo- error, que no solo aseguran la sobrevivencia, sino que también identifican y caracterizan. Esto solo es posible gracias a que se ha operado un registro, una huella que permita la repetición; y esto no es

⁹ “El poder ser es, en efecto, el sentido mismo del concepto de existencia. Descubrir que el hombre es ese ente, que es en cuanto es referido a su propio ser como a su posibilidad propia, a saber, que es solo en cuando puede ser, significa descubrir que el carácter más general y específico del hombre, su ‘naturaleza’ ‘esencia’ es el existir. La ‘esencia del hombre es la existencia’” (Vattimo, 1987, p. 75).

más que la inscripción como memoria a la manera de cadenas operatorias. Pero tal transmisión no es igual para la sociedad animal y humana, evidenciándose en ello diferencias sustanciales: para el animal, cuyo agrupamiento se da como especie, se trata de una memoria “específica” que reposa en el aparato de lo instintivo, y sus transformaciones ocurren en periodos muy largos pues están sometida a que sea dominante la inscripción genética de los conocimientos; para el humano, su agrupamiento se da como la etnia y su memoria es “étnica” y reposa en un aparato marcadamente complejo, como es el lenguaje. Esta memoria está por fuera de lo zoológico, en el sentido de que las posibilidades de confrontación se sitúan en el orden de lo social como encuentro, o desencuentro, de simbolizaciones que han lanzado al hombre a un proceso evolutivo mucho más rápido.

La memoria étnica sirve de soporte, por lo tanto, al comportamiento operatorio del humano en el cual se distinguen tres planos: el profundo o automático, que da cuenta de lo biológico, sobre el cual la educación se asienta, de manera sólida y perdurable (transmisión de conocimientos por tradición), mediante cadenas operatorias, lo que concierne a las actitudes corporales, al comportamiento alimentario y al comportamiento sexual. El segundo plano es el maquinal, son cadenas operatorias que se adquieren por la experiencia y por la educación, no son totalmente automáticas y se inscriben como gestualidades y como lenguaje. En tercer lugar está el lúcido, en el cual el lenguaje cumple un papel preponderante y es por ello el nivel de la confrontación por excelencia. Dichos niveles responden a una abstracción, pues su comportamiento real corresponde más bien a un encadenamiento entre sí y a una permanente movilidad en un diálogo constante con el dispositivo social. Estos niveles dan cuenta de las prácticas elementales o cotidianas, esto es, los programas vitales del individuo: *habitus* corporal, prácticas de alimentación o de higiene, gestos profesionales, comportamiento de relación con los próximos. Su adquisición se da en los primeros años de vida por imitación, por la experiencia o mediante

la comunicación verbal, en donde las células sociales, como la familia y toda una gama de grupos que hacen posibles las experiencias compartidas, viabilizan el registro.¹⁰ Por lo que esto significa para el humano, es decir, su sobrevivencia en el orden biológico y social, no se trata de cualquier huella o cualquier marca pues su registro se sitúa en lo más profundo de la memoria colectiva; por ello, su remoción no es posible sin antes haberse operado en el nivel lúcido una confrontación importante, por lo que está en juego, y esto requerirá que se active toda una batería de experiencias en el plano individual y social que permitan la emergencia de nuevas cadenas simbólicas, que se traduzcan en actos como nuevos comportamientos, nuevas gestualidades.

¿Qué correspondencias pudieran establecerse entre el estilo de vida y la memoria étnica? La memoria étnica es un fondo a la manera de una matriz sobre el cual cada individuo se concreta como proyecto; y es en esa proyectualidad en la cual se dirime el estilo individual, el del grupo dado o, inclusive, el de una época. Es en la proyectualidad en donde la memoria, como constituyente, es fuente de comodidad, de seguridad; pero también de rupturas, de conflicto como posibilidad de progreso. Entendido el estilo de vida, como ya fue dicho, como una manera del ser, estaríamos entonces frente a una compleja confluencia de cadenas simbólicas con sólidos anclajes en la herencia genética y en la memoria social, con capacidad de caracterizar, inscritas como marcas a niveles de profundidad en la estructura psíquica, manifestadas como comportamientos, acciones, gestualidades, valoraciones, gustos y una determinada forma de expresar lo sensible. Cuando se hace referencia los niveles de profundidad de los dispositivos culturales

¹⁰ “Las cadenas operatorias maquinales son el fundamento de comportamiento individual; representan en el hombre el elemento esencial de la supervivencia. Ellas constituyen al ‘instinto’ en condiciones propiamente humanas, puesto que representan un nivel elevado de disponibilidad cerebral... Son las prácticas de elementales, cuyas cadenas se van construyendo desde el nacimiento, las que marcan más fuertemente al individuo desde su huella étnica. Los gestos, las actitudes, la manera de comportarse, lo trivial y lo cotidiano, constituyen un medio de unión al grupo social de cuyo origen el individuo no se libera jamás completamente, aun cuando fuese trasplantado en una clase diferente o en otra etnia” (Leroi-Gourhan, 1971, p. 228).

estamos ante un hecho decisivo. De manera específica, merece destacarse que la inscripción de los hábitos se lleva a cabo en los planos más profundos, en la mayoría de las veces de una manera infrasimbólica, configurando un cuerpo de programas cuya estabilidad permite la repetición como garantía de la sobrevivencia biológica y social del individuo, del grupo o la etnia. Programas que, siendo lo más profundo, son a la vez lo más superficial, en tanto lo más evidente. Los hábitos son a la cultura como la piel es al cuerpo.¹¹

Presentadas las cosas de esta manera, podrá captarse la magnitud de lo que es el estilo de vida y, a partir de ello, lo distante que se encuentran la institución de salud, desde su praxis de comprender aquello de lo que habla y de lo que pretende transformar. Con cierta benevolencia podría afirmarse que más que indicar un desconocimiento culposo se trata más bien de un desconocimiento ingenuo. Y es ingenuo por la postura de falsa solvencia que se asume desde una posición de poder cuando se interviene, a partir de un juicio que construye desde un saber biológico, a quien no está dentro de su modelo estilo de vida. Al respecto, resulta pertinente intentar un acercamiento a la manera como la institución de salud procede. Como se indicó con anterioridad, el proceso salud-enfermedad es, en su sentido general, un producto cultural. Por esto, cada época, de acuerdo con su manera de entender, ha construido una idea de este proceso. Desde esta perspectiva, cada época, en consonancia con ello, se ha dotado de todo un conjunto de instrumentos para enfrentar la enfermedad y, de manera paralela, ha levantado toda una idealización de lo sano y de la salud a partir de lo cual ha construido un discurso higiénico.¹² Este discurso higiénico siempre ha tenido

¹¹ “Pues bien: una frase puede sintetizar lo que queremos anunciar respecto a la comprensión de la memoria de una cultura: nada es más profundo que aquello que se toca, quizá porque la profundidad solo es en la superficie. O lo que viene a ser lo mismo, los niveles, los núcleos, las superficies de inscripción que permiten estratificar el ámbito de la cultura, entre más profundos, más superficiales, esto es, más en la superficie. Y entre más evidentes, más profundos” (Montoya, 1993, s. p.).

¹² “La gran contribución de los griegos fue haber creado un sistema de higiene personal que marcara un ejemplo para todas las épocas... Para los griegos, la salud era el mayor de los bienes, ya que su ideal era el hombre perfectamente equilibrado, física y mentalmente, sano y hermoso. Así, el

como referente el estilo de vida. La época que nos ocupa, la que nos toca vivir, no es ajena a ello. La institución de salud, como se dijo anteriormente, ha llevado a la modernidad hasta sus límites extremos, en el sentido de que el conocimiento biológico y lo técnico son los que dan cuenta de lo real y de lo verdadero, en donde otros elementos interpretativos y de fondo, como el orden cultural, son considerados pero solo de manera periférica. La promoción de la salud y la prevención de la enfermedad son unos de los componentes de un discurso higiénico que, inmersos en el mundo de la representación, se han reducido a una condición estrictamente de orden técnico. Pero además de lo anterior, merecen tenerse en consideración dos elementos estrechamente relacionados con la estrategia utilizada por la institución de salud para impactar o remover los estilos de vida.

En primer lugar, se ha construido un estilo de vida de contenidos estrictamente prohibitivos y homogeneizantes, el cual augura, para quien lo practique, salud en términos de una mayor sobrevivencia y un mejor bienestar. Esta estrategia prohibitiva ha colocado a la institución de salud en un papel que bien pudiera interpretarse como el de ocupar el lugar que en otras circunstancias tuvo la institución religiosa, esto es, una versión secularizada del discurso religioso, que en otro momento pudo haber sido exitoso pero que hoy, cuando asistimos a una época en donde el hedonismo se constituye en el valor central de la cultura, en tanto es la satisfacción del deseo y el goce en donde se realiza, por así decirlo, el proceso de personificación plantea serios interrogantes sobre su eficacia. Es homogeneizante en cuanto desde su saber, y desde una postura técnica, propone unos “hábitos saludables” para todos; esto es, una manera determinada de ser en un momento también en el cual se asiste a la explosión de estilos de vida como una forma de expresar el afán personalizante.

En segundo lugar, como se indicó con anterioridad, la constitución de un estilo de vida es el resultado de todo

ideal estético era al mismo tiempo un ideal higiénico” (Sigerist, 1974, p. 34).

un proceso educativo, el cual se desenvuelve en unos tiempos y unos contextos concretos, en donde el individuo establece un diálogo permanente con el orden social a la manera de experiencias compartidas que viabilizan su crecimiento, entendido esto último como: evolucionar, adaptarse, asimilar, recibir, integrarse, crear y construir. Esto es diametralmente diferente a lo que practica la institución de salud, la cual reproduce un modelo educativo entendido solo desde lo institucional, fundamentado en la instrucción y no en la formación, más en la adquisición y producción de conocimientos que en la definición y consolidación de valores y actitudes. La institución de salud cuenta con un espacio en el cual contiene todas las condiciones para que allí se dé lo que se ha indicado como “experiencia compartida”. Este espacio es la consulta, en donde las intimidades y las confianzas, los acercamientos y los distanciamientos, las normatividades y las sensibilidades, y las interpretaciones construidas desde el cuerpo de creencias de médico y paciente, circulan para construir una verdad propia que hace posible la cura, el alivio del dolor y un aprendizaje mutuo que dejará su huella. Muchas de las dificultades que hoy le asisten a la institución de salud radican en que dicho contacto, para una experiencia como la indicada, es cada vez más técnico, y en donde se dan unas relaciones de poder que bloquean la posibilidad de construir tal relación.

Estos dos elementos relevantes nos permiten juzgar que el planteamiento higiénico de la institución de salud contiene serios obstáculos para generar cadenas simbólicas, dentro de un escenario de confrontación de opciones, las cuales cuenten con la eficacia vital necesaria para inscribirse como memoria. Esto es, que desencadenen todo un proceso creador e inciten al individuo al juego de una aventura que lo sitúe por fuera de la memoria que lo ata a la tradición; y que al operar así, al valorarlo así, se comporte como una opción eficaz. Esto, indudablemente, nos sitúa en la necesidad de hacer una profunda reflexión con respecto a lo que hacemos en un momento en el cual, por los cambios en la morbi-mortalidad, emerge con fuerza el discurso higiénico, y cuando, a la par de lo anterior,

dados los altos costos en los servicios de salud, este mismo discurso se presenta por algunos como una tabla de salvación.

Como fue anunciado desde un comienzo, nuestra intención en el desarrollo de este ejercicio no ha sido otra que proceder a señalar las conflictividades y las problematizaciones de una institución que, como la de salud, es un componente importante de una cultura, como bien lo señala Sigerist en un importante artículo escrito en 1931.¹³ Muchos esperarían soluciones a manera de recetas que permitieran vislumbrar salidas en semejante maraña. En cosas como estas se precisa ser contundente: no hay lugar al facilismo, y de lo que se trata es de recuperar el pensar como la única forma de hacernos las preguntas. Bien podría entonces interrogarse si a la institución de salud le es pertinente la tarea de incidir en los estilos de vida. Si lo es, esto nos conduciría a repensar el modelo médico imperante, también el proceso educativo como algo que trasciende las posibilidades institucionales y, por tanto, admitir que el saber médico requiere de una dosis de sentido crítico, un buen grado de ponderación en su saber que dé cabida a otros saberes para comprender mejor lo humano. Pero también valdría la pena no tanto preguntarse, pero sí plantearse, dentro del contexto de las actuales sensibilidades, que el estilo de vida propuesto por el proyecto higiénico de la institución de salud, en el mejor de los casos, es solo uno de tantos que circulan en el mundo de lo posible, y que al hacer parte de todo estilo de vida del proyecto la institución de salud no tenga otra competencia que asumir el respeto de este como uno de los fundamentos de su eticidad; respeto que no sería distinto que el retomar lo que no debería haberse abandonado, a saber, su condición de acompañante del proceso vital. A fin de cuentas ¿a cada cual le corresponde elegir no solo la manera de ser, sino también la de morir? Esto, indudablemente, implica también darle nuevos sentidos a la idea de

¹³ “Desde cualquier ángulo que abordemos estos problemas, una y otra vez, encontramos que la higiene y la salud pública, igual que la medicina en general, no son sino un aspecto del conjunto de la civilización de la época, y son determinadas, en amplio grado, por las condiciones culturales” (Sigerist, 1974, p. 39).

salud, superando lo idílico y lo utópico, llenándolo de terrenalidad. Que antes de mirarlo como lejanía tome cuerpo en el aquí y el ahora, como aquello que sea la posibilidad de la posibilidad.

Referencias

Bell, D. (1977). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza Universal.

Bensaïd, N. (1976). *La consulta médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Braudel, F. (1995). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

Garay, L. J. (1999). La transición hacia la construcción de la sociedad. Reflexiones en torno a la crisis colombiana. En A. Camacho y F. Leal (Eds.), *Armar la paz es desarmar la guerra*. Bogotá: DNP, Fescol, IEPRI.

Heidegger, M. (2010). *Caminos del bosque*. Madrid: Alianza Editorial.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

Lipovetsky, G. (1993). Modernismo y posmodernismo. En *La era del vacío* (pp. 39-175). Barcelona: Anagrama.

Lucio, R. (1989). La construcción del saber y del saber hacer. *Revista de la Universidad de la Salle*, (8-9), 38-56.

Múnera, M. C. (s. f.). *Algunos elementos para el diseño de estrategias educativas*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, CEHAP.

Montoya, J. (1993). *Situación posmoderna de la memoria y sus signos. La cultura posmoderna*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Sigerist, H. (1974). *Historia y sociología de la medicina*. Bogotá: Guadalupe.

Vattimo, G. (1987). *Introducción a Heidegger*. Barcelona: Gedisa.

Viviescas, F., y Giraldo, F. (Comps.) (1991). *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.

El verdadero amor no tiene contrario

La intensidad del sufrimiento depende del grado de resistencia al momento presente

Modernidad, sentimientos negativos *y conflicto social en Colombia*

Publicado originalmente en la revista número 46 de noviembre de 2002

Fernando Cruz Kronfly

(Colombia, 1943 - v.)

Abogado de la Universidad La Gran Colombia. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad La Gran Colombia. Profesor de la Universidad del Valle, la Universidad Santiago de Cali y la Universidad Libre. Jurado de diversos concursos literarios. Ha obtenido numerosas distinciones. Novelista, cuentista y ensayista, autor de varios libros y artículos.



Resumen introductorio

Este artículo pretende explorar cómo, además de los factores económicos, políticos y sociales tradicionalmente identificados como capaces de originar y exacerbar el conflicto social en el mundo moderno, existen otros generalmente no evidentes ni mucho menos reconocidos por la teoría en su importancia, salvo significativas excepciones. Se trata de los denominados sentimientos negativos que se asocian a la conducta humana, tales como la envidia, la ambición, el odio, la sed de venganza y el resentimiento, entre otros, que en el curso de la historia de ciertos pueblos y en determinadas circunstancias, han terminado imponiéndose a la dinámica social, descentrando el conflicto de sus fines “nobles” y ejes principales. Se trata de verdaderas dinámicas que, una vez puestas en marcha, toman el carácter de bola de nieve y terminan subyugando la lógica de la confrontación, determinando casi siempre la elección de los medios y de los instrumentos empleados por las partes comprometidas en ella, e imponiendo al proceso un fuerte tono de degradación y de inhumanidad.

Nadie ignora que los sentimientos que aquí denominamos negativos hacen parte del diario vivir de la gente en el mundo real. La envidia, la ambición, el odio, la sed de venganza y el resentimiento, constituyen estados espirituales humanos que la literatura ha destacado de manera magistral en sus mejores obras, cuando ha querido caracterizar en profundidad a muchos de sus personajes centrales y descifrar así el secreto de su verdadero mundo de fines y medio en la acción novelada. Además de los personajes “buenos”, la literatura está llena de perso-

najes que encarnan el “mal” y que resultan casi siempre mucho más interesantes que los otros, en términos de la complejidad de la condición humana que la literatura explora. Y aunque la ficción no es espejo mecánico de lo real, de todos modos lo reproduce a través de un artificio tan certero y minucioso que a veces pareciera obedecer a una necesidad esencial y universal de calco imaginario del mundo humano.

Sin embargo, hechizadas en la búsqueda de unas supuestas “leyes” históricas de fondo, carentes de sujetos reales y concretos, atrapadas en la réplica de los prestigiosos paradigmas de las ciencias naturales, la Teoría Social y la Historia voltean a veces con demasiada frecuencia su espalda al arte, a sus recursos explorativos y a su capacidad de descenso a las motivaciones íntimas de la conducta real de los hombres, y de manera casi inexplicable dejan de lado lo que a otra mirada resultaría apenas obvio: que todos los actos humanos de la historia se encuentran atravesados de sentimientos positivos y negativos, por más racionales que parezcan sus motivaciones.

Por supuesto que sería necio invertir, sin más, el orden de importancia de las cosas para situar, sobre todo los sentimientos negativos, que son los que aquí interesan, en el reino privilegiado de las causas que antes ocupaban con legítimo derecho y no menor “estatus” lo económico, lo político y lo social. De hecho, estas causas gruesas parecen indestronables. Pero ocurre que, una vez puesta en marcha en la historia social concreta la dinámica de los sentimientos negativos, que es tan fácil de desatar, y no obstante el prestigio de las famosas “causas gruesas”, el proceso histórico termina descentrado, de hecho, de sus ejes nobles y altruistas y hasta de sus grandes y de confesables motivos, y deviene demasiado fácil prisionero de una lógica inhumana y degradada, imprevisible e incierta, caótica e inasible, algo que esos grandes ejes serían incapaces de explicar, de inhibir, mucho menos de encauzar. Los sentimientos negativos se adueñan así, efectivamente y casi de manera absoluta, de épocas enteras de la historia de ciertos pueblos en conflicto, como ha ocurrido en la Colombia

de la segunda mitad del siglo xx. Y no porque las causas económicas, políticas y sociales hayan desaparecido o perdido peso y significación, sino porque terminan degradadas, desplazadas y perturbadas por la dinámica de los sentimientos negativos, que se reproduce en la sociedad mucho más fácilmente de lo imaginado y termina apoderándose por completo de la situación. Desmontar esta dinámica desatada de los sentimientos negativos, en un mundo expectante de libertades e igualdades, donde reina la envidia comparativa como componente de la compleja subjetividad moderna, resulta ser una tarea que supera ampliamente el marco esquemático de las simples soluciones y diagnósticos económicos, políticos y sociales.

La envidia y demás sentimientos negativos, pues, no solo están presentes y actúan de manera efectiva en el tejido social, sino que aparecen definitivamente ligados al conflicto y al malestar político. La justicia social, cuando ocurre, podría tener como una de sus consecuencias, si bien no la eliminación definitiva de la envidia y demás sentimientos negativos, sí por lo menos la aminoración de sus efectos en el tejido social. Pero cuando la justicia social es precaria o inexistente y la sociedad se encuentra conformada por individuos que se sienten libres y reclaman ansiosos su igualdad, para no ser excluidos y evitar la marginalidad insultante de su dignidad, el conflicto social de naturaleza económica, política y social, resulta absolutamente sobrepasado por los sentimientos negativos, que terminan apoderándose de la lógica del mismo e imponiendo sus métodos de odio, resentimiento, envidia, sed de vergüenza, etc. Esta parece ser la situación en que ha caído Colombia durante la segunda mitad del siglo xx y comienzos del XXI.

Palabras clave

Colombia, conducta, conflicto social, envidia, ideario bolivariano, sentimientos negativos, tejido social.

De cómo la sola pobreza y la miseria no son suficientes

La sola pobreza, la miseria, la marginalidad excluyente y la aflicción que deriva de las necesidades insatisfechas, por extremas que ellas sean, no parecen suficientes para desencadenar, por sí mismas, la rebeldía y el conflicto social. Se sabe de pueblos que han vivido en absoluto estado de necesidad y abandono y, sin embargo, practican el autismo político, el desentendimiento absoluto, la resignación o el vivir por fuera de la envidia comparativa y la realidad mimética frente a la ostentación ajena.¹

Para que ocurra la rebeldía y se haga posible en la historia aquella mirada de los pobres de que habla Baudelaire en sus poemas en prosa,² aquel singular “juego de ojos”, es preciso que un sector de la sociedad o una generación hayan interiorizado y hecho suyas las ideas de la igualdad, la libertad y la justicia equitativa.

Solo estos ideales son capaces de conducir al sujeto a la exigencia de una vida como la de los “otros”, a la comparación social, al intento revolucionario de la igualdad mediante la eliminación de los privilegios. Solo estos ideales interiorizados pueden llevar al sujeto a preguntarse, de un modo que resulta absolutamente perturbador y ansioso: “¿Por qué razón otros viven mejor que yo, con qué derecho disfrutaban de una vida y de unas condiciones mejores que las mías?”.

Pero igualdad, libertad y más tarde equidad, no son en realidad fines en sí mismos, sino más bien representaciones mediáticas abstractas dotadas de especial poder movilizador, en cuanto ideas que sirven de puente para permitirnos alcanzar una mejor vida, camino de esa especie de “salida” o “solución final”³ al término

¹ Al respecto del concepto de la envidia como deseo mimético véase Girard (1995).

² Me refiero a los *Pequeños poemas en prosa* de Charles Baudelaire, especialmente el denominado “Ojos de pobres”, que tengo a mi lado en una edición a cargo de la editorial Sopena, de Buenos Aires, fechada el 28 de noviembre de 1941.

³ A propósito de este hechizo moderno, según el cual la humanidad cree avanzar hacia una salida o solución final y definitiva de sus penurias véase

de nuestro viaje por este valle de la barbarie y del sufrimiento moderno que, sin embargo, no cesan. Pero, aunque persistan la barbarie y el sufrimiento, la humanidad permanece atrapada en el hechizo del progreso, entendido como salida o solución final. Muy pocos aceptan para sus vidas la idea del eterno retorno, salvo los nihilistas; muy pocos piensan la historia como una espiral que regresa a puntos donde simplemente se reedita el pasado bajo otros ropajes, porque prefieren representársela como una línea siempre ascendente camino de la perfección y la liberación de sus precarias existencias. Es como si la idea sacra del viaje al cielo, en cuanto salida final liberadora luego de la muerte y el sufrimiento expiatorio, hubiera sido apenas sustituida por la idea laica de la liberación y la salvación en la tierra, mediante la ciencia, la técnica y la racionalidad productivo instrumental.

De la envidia en el mundo moderno

Ya entre ciudadanos civiles, iguales ante el derecho y ante la ley, lo que el otro tiene y disfruta, sea cosa, persona, posición o rango, no tarda en convertirse en algo que cualquier sujeto también tiene el derecho de desear para sí con ansiedad y, por qué no, casi con pulsión identitaria. ¿Quién soy yo, que no tengo ni disfruto lo que el vecino tiene? ¿Qué me impide ingresar a esa galería de la igualdad, qué me separa de ese disfrute? Y, puesto que no existen barreras “formales” de legitimidad ni bloqueos legales e institucionales, sino obstáculos reales y objetivos, tales como la pobreza, la marginalidad y exclusión, la dinámica del mundo moderno instala a los sujetos que capta para su racionalidad en el delirio de la “superación” ansiosa por la ruta de la igualdad social, lo sitúa para siempre en el terreno de la emulación comparativa, de la pulsión deseante de lo que los demás tienen. Se trata de la conversión del mundo material en objeto de deseo, ámbito indiscriminado abierto a la posesión que los sujetos modernos se representan como algo respecto de lo cual todos tienen derecho, como parte constitutiva de su dignidad.

Cacciari (1989, p.35 y ss).

Este es el origen profundamente humano de la envidia como deseo mimético e inconfesable, que ha devenido en componente esencial de la subjetividad moderna.

La envidia no es, pues, como se supone, apenas un defecto, una desviación del espíritu insatisfecho con lo que le ha tocado en suerte y que sufre al ver lo que los otros poseen y disfrutan, especie de sentimiento negativo que avergüenza, todo esto causado por una eventual baja del alma o por una suerte de perversión retorcida del sujeto que padece el tormento del bien ajeno. En efecto, así es vista en la clasificación de los estados afectivos de la humanidad. Pero, habida cuenta de todo lo anterior, la envidia es un sentimiento que no ha sido lo suficientemente valorado, en cuanto componente sustancial en el proceso de conformación de la subjetividad moderna, época histórica en que se ha potenciado, como era apenas de suponer. A pesar de este aporte constructivo a la personalidad moderna y a su identidad, que podríamos denominar positivo, lo cierto es que de la envidia ha predominado la idea negativa de ser una aflicción que por su naturaleza está llamada a padecerse en el secreto de la intimidad, donde perturba e inquieta el espíritu de manera aflictiva, motivo por el cual siempre ha sido considerada inconfesable y como algo de lo que el sujeto que la sufre debe curarse a solas.

La dimensión comparativa de los sujetos modernos, situados en un mismo pie de igualdad y libertad respecto de cosas, personas y posiciones en las redes del poder, el rango civil, la notoriedad y el “estatus” social en el tener, no puede sino generar conflicto perpetuo. La modernidad, al producir y prohiar el principio de individuación y autonomía del sujeto, al descentrarlo de la comunidad y confinarlo en su propia subjetividad activa, no podía esperar otra cosa. La ansiosa emulación, la insatisfacción permanente, el gusano de la envidia mimética del sujeto que a toda hora se compara con otros respecto de ciertos privilegios de los que él no goza, “vil” sentimiento humano tan espléndidamente tratado por Shakespeare, es ya el agujero trágico, el orificio por donde Fausto sopla lo más secreto de su

aliento moderno, componente inconsciente e inconfesable que domina parte sustancial de la racionalidad que le es propia al conflicto humano en Occidente, su más secreto tejido real.

Del mimetismo de la envidia y de otros sentimientos negativos

En las sociedades actuales, donde reina la exclusión, pero donde al mismo tiempo los sujetos actores han conseguido interiorizar y hacer suyos los ideales modernos de la igualdad y la libertad, el conflicto social suele expresarse al mismo tiempo como un conflicto político, nucleado alrededor de ideales “superiores” y “nobles” por los cuales se lucha y que obran como racionalizaciones colectivas o motivos altruistas durante el desarrollo del mismo. Pero muy pocos advierten que en dichos ideales “superiores” y “nobles”, de ropaje altruista, que detrás de dichas racionalizaciones colectivas suelen mimetizarse no solo la envidia sino otros fuertes sentimientos negativos. En efecto, allí encuentra la envidia su mejor forma de ocultamiento mimético su más eficaz disfraz. Pero casi nadie reconoce que del otro lado del ocultamiento mimético de la envidia, hierven además los sentimientos del odio, del resentimiento, la rabia, conexos a ella. A todo lo cual suele sumarse la sed de venganza y la pulsión de reparación, cuando el sujeto moderno excluido y expulsado de hecho de la igualdad, la libertad y la equidad, se representa su situación de exclusión y marginalidad como una afrenta, como un insulto a su dignidad. Si esto es cierto, el conflicto moderno derivado de la exclusión, la marginalidad insultante y la pobreza degradante e inhumana, toma una profundidad subjetiva que muy pocos reconocen como lucha de retaliación y de venganza, una hondura psíquica insospechada, a pesar de que tienda a racionalizarse en términos de protesta política altruista. Aquí se hace presente, de nuevo, la ambivalencia de los sentimientos y la ambigüedad de la vida. Pero, aun así, la envidia debe seguir siendo eufemísticamente disimulada, negada permanentemente en su doméstica e individual dimensión. Porque en nuestra tradición cultural suele ser visto como un mejor sentimiento la rabia, incluso la sed de venganza que la envidia.

De los sentimientos negativos y de su peso en la dinámica social

Este entramado de sentimientos y componentes psicológicos negativos resulta ser, precisamente, aquello que desliza el conflicto social hacia la inhumanidad de sus métodos, hacia la barbarie y hacia su degradación. La sola lucha por la igualdad y la libertad, como banderas nobles y altruistas de los pobres y excluidos por mejorar su condición, nunca sería capaz de empujar el conflicto social, por sí misma, hacia la degradación de sus métodos, tal como ocurre en la actual Colombia. La rabia, el resentimiento, el odio, la sed de venganza y la envidia de los de abajo suelen ser considerados como sentimientos innobles y, por lo tanto, inconfesables. Deben, por lo tanto, ser callados, silenciados. Pero siempre están presentes y obran desde la sombra. Lo mismo ocurre con dichos sentimientos cuando, a lo largo del conflicto social y según las heridas recibidas, terminan por impregnar el estado de ánimo de los de arriba. Los de arriba no tienen motivos para sentir envidia de los de abajo, pero sí sienten odio, resentimiento, rabia, deseos de venganza por sus acciones perturbadoras de un orden y de una paz que ellos quieren imponer según sus intereses. Este feroz choque de sentimientos suele desplazar de su eje el conflicto social y apoderarse de su lógica. Entonces el conflicto ya no será político “puro”, derivado de causas sociales y económicas, como suele pensárselo, sino un conflicto humanamente degradado por la superposición y dominio hegemónico de los sentimientos mimetizados, inconfesados, inconfesables que han entrado en choque. ¿Quién, de un lado o del otro, o del más allá, se atreve a confesar en Colombia que el conflicto social está dominado y enredado en los sentimientos de la rabia, la envidia, el resentimiento, la sed de venganza y de reparación? ¿Y, si esto es así, cómo regresar el conflicto al terreno de la política y de las causas confesables, cuando existe ya mismo en acción un buen surtido de causas inconfesables producto de las mutuas heridas derivadas del conflicto mismo y de su degradación a lo largo de su historia?

Del conflicto social y el ideario bolivariano

América Latina es, entonces, heredera parcial y atípica de la mentalidad moderna, sobre todo a raíz y a partir de los procesos emancipatorios ocurridos durante el siglo XIX. De manera un poco más particular, Colombia es un país donde uno podría estar tentado a concluir que los ideales de la igualdad y la libertad justicialistas, propios del ideario bolivariano, en cuanto representaciones para alcanzar un mejor vivir prometido en las campañas libertadoras, dejaron hechizado y en estado de deuda a nuestro pueblo desde los tiempos de la independencia. Constituye casi un misterio indescifrable y un imposible teórico intentar siquiera imaginar lo que aquellas mentes religiosas, mágicas y míticas populares de los tiempos de Bolívar en Colombia, sintieron y se representaron en su imaginario personal cuando escucharon gritar el catecismo revolucionario que en Francia había ideado la guillotina y en América estaba desencadenando la sublevación general. Aquel pueblo debió haber quedado literalmente hechizado, perturbado. Pero ocurre que este hechizo no fue ni ha sido exorcizado por ninguna revolución verdadera, por ningún cambio sustancial, sino, por el contrario, frustrado y sacrificado de magnicidio en magnicidio (Uribe, Gaitán, Galán, para solo mencionar los símbolos políticos más representativos del cambio). Esta especie de hechizo decimonónico ha quedado permanentemente burlado, aplazado, reprimido y satanizado. Y quienes han sufrido esta burla histórica han quedado en estado de odio, en estado de deuda pendiente, en situación de envidia y resentimiento, en actitud de venganza reparadora. Pero, como es casi imposible y hasta políticamente “indebido” reconocer que de esto se trata, en muy buen parte, es preciso mimetizar estos sentimientos bajo un ropaje de valores políticos positivos. Sin embargo, a nadie se oculta que la carga de sentimientos negativos en el conflicto colombiano, de lado y lado, resulta atroz. Y son esos sentimientos negativos los que, desde la sombra e incluso desde la inconsciencia, se ha apoderado de la lógica del proceso y lo han descentrado de su eje principal.

Pese a todo lo anterior, fue Bolívar quien primero hizo entre nosotros estas promesas en el siglo XIX, y quien primero recurrió a la guerra para que se cumplieran realmente. Pero todo esto quedó pendiente de su realización en el imaginario colectivo. Las “formas” jurídicas y políticas del ideario libertario e igualitario, el himno, los sueños populares, todo quedó impregnado de Bolívar, pero la sociedad real caminó en sentido inverso a estos ideales, hacia el escamoteo de lo sustancial, hacia la preservación de los privilegios, la exclusión y la permanencia histórica de lo que debió haber sido borrado. El ideario de la Revolución Francesa, que encarnaban Bolívar y los otros líderes latinoamericanos, dejó hechizado al pueblo y en estado de deuda todo su sueño, que ha derivado en pesadilla. Veamos lo que dice a este respecto el escritor mexicano Carlos Fuentes (1993):

Las revoluciones fueron animadas por un fervor libertario. Una vez más, el caso argentino nos ofrece el mejor ejemplo. El fogoso y fanático jacobino porteño, Juan José Castelli, propagó las ideas de la ilustración francesa en Alto Perú, predicando el evangelio de Rousseau y de Voltaire a los indios quechuas y aymará, suprimiendo, por la fuerza, los tributos impuestos al indio y distribuyendo tierras, prometiendo escuelas e igualdad. Todo ello vendría automáticamente como resultado de una revolución permanente. “Levantaos —dijo Castelli a las masas indias— todo ha terminado. Ahora somos iguales” (p. 277).

¿Qué grado de perturbación ocurrió en aquellas mentes, incluidas las del actual territorio colombiano, al escuchar este tipo de promesas?

Cuando las exigencias de libertad y de igualdad sociales no son siquiera medianamente satisfechas, sino que se postergan, se ahogan, se engañan sistemáticamente a quienes las hacen, se criminaliza a quienes las formulan, en fin, se las escamotea con cinismo y violencia, la polarización se profundiza. Y la envidia moderna de los sujetos asumidos en los ideales de la igualdad, la libertad y la equidad, es respondida con otra peor.

El mundo moderno aspira a la igualdad entre los hombres y tiende instintivamente a ver las diferencias, aunque no tengan nada que ver con el estatuto económico o social de los individuos, como otros tantos obstáculos a la armonía entre los hombres (Martin, 1946, p. 57).

Ese parece ser el camino que hemos recorrido y que nos ha conducido al túnel en el que estamos. Y la responsabilidad central de este recorrido y del atolladero sin salida en que nos encontramos la tienen las élites, en cuanto se han empeñado en aplazar y escamotear, de la manera más torpe y miope, cualquier tipo de reforma democrática que permita la realización, así sea parcial pero con un mínimo de contenido real, los ideales modernos incrustados en la masa popular desde los tiempos de la independencia. Tiene mucho más responsabilidad ideológica y política Bolívar que Marx, contrariamente a lo que se supone, en el incendio y en el conflicto social que atraviesa nuestro país. Ese Bolívar de las estatuas, esa especie de alacrán invisible que las élites idolatran sin tener mayor conciencia de su altísima “peligrosidad” simbólica, es el ídolo popular vivo más fuerte y su ideario, en estado de hechizo pendiente y larvado, es la base ideológica de la protesta y la rebelión actuales. En todas las expresiones de la violencia armada nacional, la figura de Bolívar ha estado decisivamente presente. Ese Bolívar es, ante todo, la representación de la modernidad dieciochesca, de la insurrección jacobina.

En una investigación adelantada en Colombia por el profesor Enrique Ogliastri, de la Universidad de los Andes, se hizo evidente y se documentó gran parte de lo anteriormente planteado. En efecto, la investigación, de la que tuve conocimiento apenas tangencial (revista *Summa*, marzo de 1998) pero cuyos resultados se pueden consultar, demostró que de sesenta países del mundo estudiados como muestra representativa de la población de países existentes, Colombia ocupó el primer lugar desde el punto de vista de la exigencia de igualdad social. Pero este primer lugar, este insospechado campeonato en términos de exigencia

popular de igualdad, rasgo inequívocamente moderno que envidiaría Francia, apareció enfrentado a otro campeonato: Colombia estaba en el grupo de los diez países del mundo donde reinaba la mayor desigualdad en cuanto a la distribución del poder social y el dominio excluyente de la élite. Cuando en un mismo país se juntan una demanda de igualdad, que es la primera en el mundo, con una de las diez élites más inflexibles del mundo, se torna perfectamente explicable el alcance, así como la profundidad trágica del conflicto que vivimos. Y se entiende, de paso, la vigencia simbólica de Bolívar, en épocas que combinan, de manera trágica, la validez histórica del ideario moderno con la barbarie de los medios y métodos. Al parecer, pues, no hemos podido salir, todavía, del Pantano de Vargas.

Santiago de Cali, abril de 2002

Referencias

Baudelaire, Ch. (1941). *Pequeños poemas en prosa*. Buenos Aires: Sopena.

Cacciari, M. (1989). *Hombres póstumos*. Barcelona: Península.

Fuentes, C. (1993). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Girard, R. (1995). *Shakespeare: los fuegos de la envidia*. Barcelona: Anagrama.

Martin, A. (1946). *Sociología del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

El reconocimiento y la aceptación de los hechos traen consigo un cierto grado de libertad

El tiempo no es en absoluto precioso, porque es una ilusión

A la memoria de

Roland Barthes

Publicado originalmente en la revista número 51, 2006?

Italo Calvino

(Cuba, 1923 - Italia, 1985)

Escritor, periodista y crítico literario. Conferencista en varias instituciones universitarias del mundo. Distinguido con numerosos premios y reconocimientos. Autor de diversos cuentos, ensayos, textos periodísticos y novelas.



Resumen

En este documento Italo Calvino hace un homenaje al filósofo, semiólogo y escritor francés Roland Barthes (1915-1980) narrando las impresiones que tuvo al conocer la noticia de su muerte y las circunstancias en las cuales ocurrió, en relación con sus propios libros, particularmente *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Calvino narra a través de pasajes del mismo Barthes sus posturas esenciales y describe su trabajo como una manera de llevar la impersonalidad de las estrategias del lenguaje y de la epistemología para exponer la naturaleza del hombre. Se atreve, además, a predecir la perspectiva de sus críticos ubicándolos en dos grupos: los seguidores de su postura de subordinación del rigor metodológico y los adeptos a la certeza del placer de la inteligencia como único criterio seguro. La referencia a *La cámara lúcida* le permite encontrar en la fotografía un nuevo objeto antropológico, a través del cual se descubre un universo simbólico inédito.

Palabras clave

Arte, ciencia, epistemología, fotografía, inteligencia, método, semiótica, signo, símbolo, subjetividad.

Uno de los primeros detalles conocidos acerca del accidente callejero del 25 de febrero (de 1980) en la intersección de la Rue des Ecoles y la Rue Saint-Jacques, fue que Roland Barthes había sido desfigurado al punto de que nadie

allí —a solo dos pasos del College de France— pudo reconocerlo. La ambulancia que lo recogió al hospital Salpetriere lo consideró un N. N. (no llevaba consigo sus documentos), y de ese modo, sin identidad, permaneció por horas en el lugar.

En su último libro, que yo había leído unas semanas antes (*La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*), me había conmovido con las maravillosas páginas acerca de la experiencia de ser fotografiado, acerca de la incomodidad de ver el propio rostro convertido en un objeto y sobre la relación entre la imagen y uno mismo. Así que en mi preocupación por su suerte, uno de mis primeros pensamientos fue el recordar lo que recientemente había leído, y el frágil y angustioso vínculo con lo que a él le sucedió, irrumpió repentinamente como cuando uno rompe una fotografía.

Pero el 28 de marzo, en su féretro, su cara no estaba desfigurada: era él, a quien frecuentemente me encontraba por las calles del Quartier con un cigarrillo colgando del borde de su boca, al modo de quienes fueron jóvenes antes de la guerra (el aspecto histórico de la imagen, uno de los muchos temas de *La cámara lúcida*, se extiende hacia la autoimagen que cada uno de nosotros ofrece en el curso de su vida); pero ahora estaba fija para siempre su imagen, y las páginas del capítulo cinco, al que volví y releí, ahora me hablaban únicamente de cómo el fijar una imagen equivale a la muerte, y de la resistencia interna que se tiene a ser fotografiado y de quedarse por fin resignado a ello. “Uno podría pensar, con terror, que el Fotógrafo tendría que luchar fieramente para prevenir al Fotografiado de estar muerto. Pero ya hecho un objeto, no lucho”.¹ Una actitud que ahora parecería reverberar en todos los que habían oído acerca de él, en el mes que pasó en el Salpetriere, incapaz de hablar.

(El verdadero peligro no fueron las fracturas craneales, sino las costillas. Y entonces sus preocupados amigos inmediatamente recordaron otra cita: aquella acerca de

¹ Todas las citas pertenecen a *La cámara lúcida*, pero se desconoce la versión revisada por el autor (N. del E.).

la costilla retirada en su juventud debido a la neumonía, y que él conservó en su armario hasta que decidió desecharla, relatada en *Barthes por sí mismo*).

Estas incursiones en la memoria no fueron coincidencia. Todo su trabajo, me doy cuenta ahora, consiste en forzar la impersonalidad de los mecanismos del lenguaje y del conocimiento para dar cuenta de la naturaleza física del sujeto viviente y mortal. La discusión crítica acerca de él, que ha comenzado ya, se repartirá entre adherentes a uno o a otro Barthes: el que subordinó todo rigor de un método, o aquel cuyo único criterio seguro era el placer (el placer de la inteligencia y la inteligencia del placer). La verdad es que esos dos Barthes eran realmente uno, y que es en la presencia de esos dos aspectos juntos —continua y variadamente dosificados— donde hallamos el secreto de la fascinación que su mente ejerció sobre muchos de nosotros, lo que Umberto Eco explicó en *La República* el 28 de marzo.

Esa gris mañana del 28 yo vagaba por las desoladas calles tras el hospital, buscando el anfiteatro, del que sabía que el cuerpo de Barthes comenzaría su jornada al cementerio campestre donde yacía su madre. Allí me encontré con Greimas, que también había llegado temprano, y me contó acerca de la primera vez que se conoció con Barthes, en 1948, en Alejandría, y que le había hecho leer a De Saussure y reescribir *Michelet*. Para Greimas, el inflexible maestro del rigor metodológico, no había duda: el verdadero Barthes, era el Barthes de los análisis semiológicos, tal como su *Sistema de la moda*, efectuados con disciplina y precisión. Pero el punto en el que discrepa con los necrologistas de los periódicos tenía que ver con su intento de definir (como “escritor” o como “filósofo”), para encasillar un hombre que eludía toda clasificación, porque lo que había hecho en su vida fue hecho por amor.

El día anterior, Francois Wahl me había llamado para decirme la hora de la ceremonia privada, casi secreta, y había hablado del *cercle amoureux* de jovencitos y jovencitas congregados en torno a la muerte de Barthes,

un círculo celoso y posesivo de un dolor que no podía tolerar más exhibición que el silencio. El atónito y silencioso grupo al que me había unido era mayoritariamente joven. Entre ellos, algunos famosos, y allí reconocí la calva de Foucault. La placa del edificio no mencionaba el nombre universitario “Anfiteatro”, pero lo identificaba como “Sala de reconocimiento”, así entendí que debía ser la morgue. Desde atrás de sábanas blancas que colgaban por toda la sala, emergía un ataúd de rato en rato, llevado en hombros por portadores hacia el coche fúnebre, y seguido por una familia de gente modesta, mujeres viejas rechonchas, cada grupo idéntico al del funeral anterior, como si se tratara de alguna ilustración repetitiva del poder uniformador de la muerte. Para nosotros, que estábamos allí por Barthes, aguardando en silencio y sin movernos en el patio, como si siguiéramos una orden implícita de reducir los signos de la ceremonia fúnebre al mínimo, todo lo que chocaba contra nuestros ojos allí acrecentaba su función signica: en cada detalle del andrajoso rectángulo del patio sentí la aguda mirada que había estado comprometida con descubrir las reveladoras intermitencias en las fotografías de *La cámara lúcida*.

Y así, ahora que he releído el libro, encuentro que todo se encamina hacia esa jornada, el patio, la gris mañana. Porque fue en un destello de reconocimiento entre las fotografías de su madre recientemente muerta que Barthes comenzó sus meditaciones, como lo relata en detalle en la segunda parte del libro: una búsqueda imposible por la presencia de su madre, hallada al fin en una foto de ella cuando era niña, una imagen que era “perdida, distante, que no se le parecía, la fotografía de una niña que nunca conocí”, y una (fotografía) que no se reproducía en el libro, de modo que no pudimos saber el valor que representó para él.

¿Un libro sobre la muerte entonces? ¿Cómo si su libro previo (*Fragmentos de un discurso amoroso*), lo fue sobre el amor? Sí, pero también *La cámara lúcida* es un libro sobre el amor, como se muestra en el paisaje sobre la dificultad de eliminar el “peso” de la propia imagen de uno, el “significado” que darle al propio rostro: “No

es la indiferencia la que remueve el peso de la imagen —nada más que una fotografía 'objetiva', automática, puede convertirlo a usted en un criminal ante los ojos de la policía— sino que es el amor, el supremo amor”. No era la primera vez que Barthes había hablado acerca del ser fotografiado. En su libro sobre Japón (*El imperio de los signos*), uno de los menos conocidos a pesar de estar repleto de sutiles observaciones, él ve sus fotos publicadas por periódicos japoneses, y hace el extraordinario descubrimiento de que hay algo indefiniblemente japonés en su aspecto, lo que se explica por el hábito de retocar las fotos, haciendo que las pupilas luzcan redondas y oscuras. Este argumento acerca de los actos deliberados que se superponen sobre nuestras características (historia, pertenencia a una determinada cultura, pero, sobre todo, el carácter deliberado con el que alguien usa nuestra imagen como instrumento), se repite en *La cámara lúcida*, en el pasaje sobre el poder del truco sutil en la reproducción. Una foto en la que él ha pensado reconocer su dolor en un funeral reciente, la encuentra en la portada de un libro satírico en su contra: en esa portada su cara se ha hecho inexpresiva y siniestra.

Mi lectura de este libro y la muerte de su autor se han pisado los talones como para que no pueda separarlos. Pero debo conseguirlo exitosamente, para poder dar una idea de lo que es el libro: una aproximación progresiva a la definición de un tipo particular de conocimiento, abierto por la fotografía, un “objeto antropológico nuevo”.

Las reproducciones del libro están escogidas de acuerdo con este modo de pensar, que podríamos denominar “fenomenológico”. Hablando del interés que en nosotros despierta la fotografía, Barthes distingue un nivel, el del *studium* o participación cultural en la información de las emociones que las imágenes transmiten, y otro nivel, el *punctum*, o el elemento sorpresivo, involuntario, transfigurante, que ciertas imágenes comunican, —ciertas imágenes o, mejor, ciertos detalles de las imágenes—. La lectura que Barthes realiza de los trabajos fotográficos, famosos o

anónimos, es siempre inesperada. Es frecuentemente un detalle físico (manos, uñas de los dedos) o las particularidades de un vestido los que él escoge para revelar su singularidad.

En oposición a las teorías recientes sobre la fotografía como convención cultural, artificio, irrealidad, Barthes acentúa la base “química” de la operación, el hecho de ser la fotografía un signo hecho por rayos de luz que emanan de algo que existe, que está realmente allí. (Esta es la diferencia fundamental entre la fotografía y el lenguaje, que es capaz de hablar de cosas que no están. En la fotografía, miramos a algo que ha sido y ya no es más. Esto es lo que Barthes llama *temps écrasé* de la fotografía).

Un libro de Barthes, con sus momentos más especulativos en los que parece, a fuerza de multiplicar las mallas de su red terminológica, de las que nunca pareciera poder salir, y las repentinas iluminaciones como relámpagos autoevidentes que llegan como regalos sorprendentes y definitivos. *La cámara lúcida*, desde sus primeras páginas, contiene una declaración del método que siempre fue el suyo: rechaza definir un “universal fotográfico” y decide tomar en consideración solo aquellas fotografías de las que “estoy seguro que existen para mí”. “En este debate básicamente convencional entre subjetividad y ciencia, he llegado a esta extravagante noción: ¿Por qué no podría haber, de algún modo, una nueva ciencia para cada objeto. Una *Mathesis singularis* (y ya no más *universalis*)?”.

Esta ciencia del carácter único de cada objeto es a la que Roland Barthes se aproximó continuamente con los instrumentos de la generalización científica y, al mismo tiempo, con la sensibilidad poética animada por definir lo que es singular e irrepetible (esta gnoseología estética o eudemonismo del entendimiento), este es el gran asunto que él —no diré que nos enseñó, ya que uno no puede ni enseñar ni aprender esto— nos mostró como posible. O, al menos, que es posible ir en su búsqueda.

La República, 9 de abril de 1980

La muerte es desnudarse de todo lo que no es usted. El secreto de la vida es “morir antes de morir” y descubrir que no hay muerte

De acuerdo con San Pablo: todo se manifiesta al ser expuesto a la luz, y todo lo que se expone a la luz se vuelve luz ello mismo

La ciudad azul

Publicado originalmente en la revista número 55 de diciembre de 2010

Iñaki Ábalos

(España, 1956 - v.)
Arquitecto, Doctor Arquitecto, catedrático en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Profesor invitado y visitante en numerosas universidades del mundo. Socio fundador en *Ábalos & Herreros* y en *Ábalos + Sentkiewicz Arquitectos*. Su producción arquitectónica ha sido publicada en infinidad de textos. Autor de varios libros e incontables artículos.



Resumen

La utopía, entendida como una representación ideal del futuro humano, etimológicamente sin ubicación: del griego οὐ *ou* “no”, τόπος *tópos* “lugar” y el latín *-ia* “-ia”, es el objeto sobre el cual versa Ábalos en la descripción que regala a través de este ensayo corto. El autor plantea que el desplazamiento del centro del mundo hacia la zona intertropical y la consecuente policentralidad, rompiendo el tradicional mapa global, requiere un nuevo tipo urbano híbrido y mestizo para el futuro próximo de la humanidad, en el cual surja una nueva estética producida por la tecnología del norte enriquecida con la naturaleza tropical, para dar lugar a un paisaje más cercano a la esencia humana.

Palabras clave

Arquitectura, ciudad, estética, urbanismo, utopía.

Datos

Comenzaré mi exposición sobre lo que he denominado “la ciudad azul” con unos pocos datos de referencia, de sobra conocidos, pero que permitirán acotar el contexto de esta idea de ciudad.

La franja tropical/subtropical ha experimentado profundas mutaciones en los últimos treinta años, tanto demográficas como económicas. A principios de

siglo ni una sola de las diez ciudades más habitadas del planeta estaba en el trópico (Tokio, entonces la séptima ciudad, con millón y medio de habitantes, sería la excepción si hablásemos también de la región subtropical). Hoy, si buscamos las diez ciudades más populosas del planeta tan solo encontraremos Moscú fuera del cinturón tropical (si nos extendemos a las veinte mayores ciudades encontramos también, en los puestos dieciséis y dieciocho a Nueva York y Londres. Si en vez de ciudades buscásemos áreas metropolitanas los resultados variarían poco; solo quedaría incluida el área de Nueva York-Nueva Jersey entre las diez primeras). Pero, además, ha aumentado en paralelo la población urbana; hoy el 80 % de la población mundial vive ya en ciudades. Se da también la coincidencia de que basta observar el mapa de las grandes metrópolis, especialmente en la franja tropical/subtropical, para darse cuenta de que una mayoría prácticamente absoluta de ellas está ubicada frente al mar; que las ciudades tropicales/subtropicales con éxito son casi siempre ciudades costeras. En España, la población que ocupaba la franja costera ha pasado en el siglo xx de representar menos del 10 % de la población a contar con el 25 % del total.

Varios factores han influido en este transvase de población hacia el trópico y hacia el mar; la deslocalización de empresas debido a la economía global, el turismo y los movimientos migratorios unidos al propio crecimiento demográfico. Es conocido que en el régimen de acumulación flexible —tal y como David Harvey denomina al capitalismo contemporáneo frente al modelo de acumulación fordista— la relación entre materia prima y producción ha perdido cohesión, tanto por la aparición de nuevas formas de generación de riqueza ajenas a la manufactura como porque, aún en los sectores productivos industriales tradicionales, mejores condiciones de contratación de mano de obra hacen hoy rentable el desplazamiento de las materias primas. Es conocido también el vertiginoso incremento de peso del sector servicios en la economía actual, propiciado por la revolución digital y telemática que ha alterado las concepciones tradicionales espacio

temporales. La relación entre un régimen de producción de capital que no demanda ni proximidad ni en muchos casos existencia de materia primas —como el sector servicios— y un desplazamiento y crecimiento de la población hacia áreas del globo caracterizadas por el “buen tiempo” y la contigüidad con la línea costera, se aparece así como una consecuencia de dos movimientos, uno estrictamente económico, la búsqueda de mano de obra barata y nuevos hipotéticos mercados, otro estrictamente ligado a las voluntades individuales que, desde la democratización del ocio en las posguerra de los cincuenta, no han dejado de sentirse hechizadas por la vida placentera a la que se asocian estos lugares (una asociación en la que seguramente los propios industriales del sector turístico y sus estrategias mercadotécnicas han tenido mucho que ver). El azul del cielo y el azul del mar como grandes atractivos, económicos y poblacionales, es el resultado, y este es un fenómeno estrictamente contemporáneo, ni siquiera moderno. De hecho, da lugar a un modelo de implantación del hombre en el plantea que es casi una inversión literal del modelo de la modernidad. Esta es la ciudad azul.

El turismo es obviamente una de las industrias hoy más importantes, moviendo al año a más de 700 millones de personas con recursos económicos. Su evolución es interesante porque si por una parte es una industria —a pesar de las continuas “crisis” que se enuncian en los medios— que nunca ha dejado de crecer (y esto es ya un hecho bien singular), la forma en la que el mercado turístico ha ido evolucionando señala un claro desplazamiento de atracción desde los polos tradicionales a la franja tropical/subtropical. La atracción de una vegetación exuberante y muchas veces exótica, así como las condiciones climáticas y el mar, suponen tres elementos decisivos en la evolución de una industria que si aún hoy está capitalizada por algunas ciudades como París y Nueva York, no solo se desplaza cada vez de forma más intensa hacia la franja tropical y subtropical, sino que retiene en ella a una parte sustancial de la masa turística, a menudo tras la jubilación de los profesionales. Así, si los

diez primeros países turísticos acaparaban en los años cincuenta el 88 % de los turistas, hoy apenas se reparten el 49 %. Si comprobamos también el auge del turismo hacia los continentes antes olvidados y vemos las gráficas prospectivas que aumentan la tendencia, completaremos el cuadro a grandes rasgos que se perfila para las primeras décadas del siglo XXI.

Habría que hacer algunos matices: en realidad el régimen de acumulación flexible aprovecha el atractivo y los precios bajos, y estos últimos desaparecen según crece la riqueza de la población. A pesar de los cambios experimentados, aún hoy los tres destinos turísticos principales son Francia, Estados Unidos y España. El modelo de turismo de playa está, según todos los expertos, agotado o a punto de agotarse. La franja tropical, hoy superpoblada, es la zona más expuesta del mundo a acciones naturales indeseables cuya prevención es urgente y costosa. El ecoturismo, mencionado reiteradamente como una alternativa, aún hoy tiene una incidencia baja. Consolidar su atractivo para garantizar el futuro obliga a proyectar ese futuro políticamente de forma seria, equilibrar la población y los recursos, preservar el aire, el agua y el verde. Las cosas no están resueltas ni hay panaceas, pero sí un cuadro fluido que muestra su orientación prospectiva y nos explica quiénes somos a través de cómo nos localizamos. Un cuadro, como es sabido, bien distinto al que hace un siglo podían hacerse los arquitectos modernos para los que aún Estados Unidos era una fuerza emergente con escalas, técnicas y sistemas de colonización del territorio inéditas en Europa, entonces el centro de la cultura moderna.

La ciudad azul. Genealogía

Lo que era exótico en la modernidad (Le Corbusier visitando Brasil, Argel e India; Niemeyer, Costa, Burle Marx construyendo un nuevo Brasil, etc.) hoy es central y protagonista del futuro. Una vez rotas parcialmente las relaciones materias primas-producción, las relaciones jerárquicas N-S dan paso a conversaciones E-O que ponen de relieve el interés que las cuestiones

climáticas o paisajísticas, y el uso del tiempo libre, han adquirido en la sociedad contemporánea. Esta idea de Bruno Stagno es clave, pero aún no se pone en práctica de forma sistemática.

La ciudad azul es el último capítulo aun escribiéndose de los viajes de la fantasía pintoresca. El Gran Tour ilustrado y las excursiones a la región de los lagos y otras de interés paisajístico de Gran Bretaña —que vulgarizaron la experiencia del Gran Tour y la extendieron a la clase burguesa— son la clave para entender los orígenes de ese atractivo ejercido por el trópico, cuyo primer apóstol fue Alexander von Humboldt, hijo de la estética pintoresca. Recordaremos, de forma sucinta, las principales ideas de la estética pintoresca: fusión naturaleza-artificio, secuencias narrativas frente al objeto estático, invención del genio del lugar como instrumento proyectual, primacía de la percepción empírica frente a la racionalidad analítica (alzado *versus* planta, apuntes del natural). Al descubrimiento de la belleza de los paseos por la región de los lagos en Escocia, por William Gilpin, le sigue la teoría pintoresca de Uvedale Price y el auge del jardín inglés. Tras ellos surgirá el interés por el mediterráneo (Sicilia, Grecia); el interés hacia España y Oriente en general (Washington Irving); hacia América tropical y los volcanes (Humboldt); hacia los balnearios y las playas. Después, de la mano de Olmsted llegará la creación de los parques públicos y luego los parques nacionales y los sistemas de parques. Después vendrían las zonas verdes de la Carta de Atenas, la ciudad verde lecorbuseriana, los monumentos naturales, la “sección del valle” de Patrick Geddes, que dio lugar al concepto de ciudad-región. Más recientemente los movimientos ecologistas, Greenpeace, las reservas de la biosfera, la Declaración de Río, la Agenda 21, el desarrollo sostenible, los acuerdos de Kioto... todos estos episodios, vinculados entre sí, están en el código genético de la ciudad azul. Todas estas etapas han descrito el paso de una apuesta estética elitista a una agenda política universal, y desde unas fincas próximas a Escocia o Londres a un cinturón tropical/subtropical que contiene el grueso de la población mundial y de las reservas de la biodiversidad.

Como alguien dijo, el siglo xx es la historia de una persona que a los veinte tiene una gran crisis y otra a los cuarenta, y que tras una época de gran riqueza en los cincuenta y sesenta, basada en la industrialización, tiene un achaque a los setenta y tres —la crisis energética— que le obliga a dejar paso a una nueva cultura. El modelo del mundo de la arquitectura del xx estaba basado en el positivismo y la industrialización. Solo el reformismo social de algunos daba un papel testimonial a la naturaleza, la gran vencida por la cultura industrial. Aquí una cosa y allá la otra. Ese es el modelo que ha ido siendo puesto en crisis, incluso por los mismos protagonistas de la modernidad, a veces de forma esquiva, como Le Corbusier. Un modelo dicotómico, naturaleza e industrialización, equivalente a la división del trabajo dentro de nuestra profesión entre paisajistas (fondo) y arquitectos (figura). Pero este modelo está dando lugar a una cultura en la que tales divisiones maniqueas ya no tienen razón de existir. Esta nueva cultura se ha estado incubando y tiene ahora armas políticas y científicas. Pero no será adulta hasta que no tenga una estética asociada e independiente, un “estilo”. Ese estilo debe marcar la identidad de la ciudad azul y es el trabajo propio de los arquitectos contemporáneos.

Para definir el estilo de esta ciudad hay que saber cuál es el atractivo de estas tierras que Alexander von Humboldt “descubrió”, y hay que desarrollar técnicas propias y actualizadas con las que operar con garantías a largo plazo: encontrar las técnicas y la estética que den voz propia a la arquitectura y el paisaje de la ciudad azul.

Parece indiscutible que es necesario integrar la cultura paisajística y medioambiental, seriamente, en la enseñanza; dejar de pensar la materia como algo pasivo y formal, y devolver a la noción de energía, que Aristóteles inventó, —la esencia de la materia como un proceso de paso de potencia a acto continuamente actualizándose, desbloqueando así la antítesis entre ser y puro devenir heredada de los pensadores griegos previos— un papel protagonista en las concepciones estéticas, arquitectónicas y paisajísticas. Para lograrlo debiéramos

repensar la disciplina en el contexto contemporáneo, al menos a cuatro escalas.

Las cuatro escalas. La escala técnica

A escala de técnicas es evidente la dependencia con la que nos encontramos los profesionales de un modelo tecnológico puesto a punto en la modernidad para las áreas desarrolladas del norte, así como la profunda irracionalidad que ello conlleva, incluyendo las soluciones canónicas que los modernos improvisaron con más buena fe que criterio científico, para el contexto tropical. Hay que abolir tanto las importaciones tecnológicas como los clichés modernos. España, Brasil e Indonesia, entre otros, deben trabajar como países industrializados que son, en una tecnología avanzada propia de este cinturón E-O. Los primeros ejemplos de actitudes seriamente comprometidas inauguran una nueva proyección de la arquitectura sobre las cuestiones medioambientales, que no es ni el modelo tercermundista del *pay-pay* y el chiringuito, ni las exhibiciones ferolíticas e hipermecanicistas que llegan del norte. Encontramos en ellas, sistemáticamente, una fusión natural-artificial que sería, por así decirlo, el rasgo más característico a todas las escalas (no por casualidad el gran rasgo iniciático del pintoresquismo, con el que comenzábamos esta digresión).

Aquel contraste entre naturaleza y artificio de la modernidad se disuelve, y fondo y figura componen un artefacto/proceso/objeto único, integrado, complementario y mestizo. “Técnica híbrida, estética mestiza” es el título de un micromanifiesto que publicamos hace tiempo y que podrá aclarar algo en qué dirección podría desarrollarse esta estética: “Técnica híbrida, estética mestiza”. La sensibilización hacia las políticas de la naturaleza ha influido en los paradigmas técnicos desplazando el interés desde los experimentos de alta tecnología —sin duda un residuo del espíritu moderno— hacia modelos híbridos, en los que el acento ha pasado a ponerse en la interacción entre materiales naturales —masivos e inertes energéticamente— y materiales artificiales altamente sofisticados —ligeros

y activos energéticamente—, sensibles en su comportamiento a las variaciones del entorno, dando lugar a sistemas compuestos en los que los primeros tendrían un papel acumulador y reductor de los intercambios, y los segundos como generador, captador de recursos energéticos. Este nuevo modelo tecnológico supone un desplazamiento desde los aspectos de organización material —producción en serie, simplificación de montaje, optimización de tiempos y coste, etc.— hacia la organización racional de las energías consumidas tanto en la producción como en el mantenimiento de lo construido; un desplazamiento que permite concebir hoy los “sistemas” ya no desde la coherencia y unidad de los materiales sino desde su coherencia ambiental, abriendo así el campo a experimentaciones en las que la mezcla coherente de materiales heterogéneos pasa a ser un rasgo visual nuevo y característico. Una materialidad híbrida que implica una transformación profunda de los ideales estéticos en sintonía con el mestizaje de nuestros paisajes humanos.

El nuevo modelo tecnológico abre un campo inédito de experimentación estética y en él deben trabajar los arquitectos de la franja tropical/subtropical sin complejos, sabiendo que están abriendo un territorio inexplorado en el que la tecnología, elementos y materiales tradicionales, y materiales naturales conviven creando nuevas entidades. Todavía hoy son muy pocos los que tienen conciencia de este nuevo protagonismo que está reservado a los arquitectos hasta hace bien poco, receptores de los valores culturales importados de Europa y América. Y esa conciencia es un primer paso necesario para que tales técnicas y estéticas se abran paso.

La escala urbana

La ciudad azul es el territorio en el que deben integrarse las formas de pensar el fenómeno urbano, individualizadas por el paisajismo, la ecología y el urbanismo.

La ciudad azul es heredera de la ciudad verde, de la “sección del valle”, pero es otra entidad diferente de todas aquellas referencias, una ciudad en la que el aire

y el agua, el cielo y el mar han pasado a ser los recursos naturales más valiosos y más políticos (de polis, ciudad): verdaderos materiales de construcción —y, mal administrados, de destrucción—. Es heredera de la sección del valle, pero nuestro valle es único y universal, la aldea global, y sometido a perturbaciones permanentes (el efecto mariposa) que obligan a políticas de protección civil a escala planetaria. El fondo del valle, el lugar reservado por Geddes a la metrópoli, es ahora el trópico y las regiones subtropicales, el cinturón del globo. Rossi mencionaba a Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*: “la ciudad es la cosa humana por excelencia” decía, y copiaba tecnologías y morfologías que Lévi-Strauss había trasladado del mundo natural a las organizaciones sociales primitivas. Rossi las trasladaba de la organización social y del mundo natural a la fábrica artificial que él imaginaba eran las ciudades. La memoria, los tipos y las morfologías están en la naturaleza y en la sociedad y comienzan a ser hoy entendidas en el marco de la ciudad azul, precisamente porque la disolución de límites entre naturaleza y ciudad condensa la agenda de la ciudad azul: tanto la naturaleza como la fábrica se mezclan, son el disolvente que permite la aparición de una amalgama que se diferencia tanto de una como de la otra. La cita completa de Lévi-Strauss no deja lugar a dudas:

Por lo tanto, y no solo metafóricamente, tenemos el derecho de comparar, como tan a menudo se ha hecho, una ciudad con una sinfonía o un poema: son objetos de la misma naturaleza. Quizás más preciosa aún, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y del artificio. Congregación de animales que encierran su historia biológica en sus límites y que al mismo tiempo la modelan con todas sus intenciones de seres pensantes, la ciudad, por su génesis y por su forma, depende simultáneamente de la procreación biológica, de la evolución orgánica y de la creación estética. Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura; es individuo y grupo, es vivida e imaginada: la cosa humana por excelencia (1997, s. p.).

El espacio público/espacio natural

La ciudad azul, con su benigno clima favorece las den-

sidades y el crecimiento en altura de los rascacielos con la misma facilidad que lo hace sobre las especies naturales de la jungla. Y da forma a una topología porosa, de vacíos y grandes concentraciones, de memoria y áreas puramente tecnológicas, atravesadas por grandes infraestructuras rizomáticas de conectividad. Tiene una conformación propia, natural y artificial, como Banham entendió que la tenía Los Ángeles (la playa, las autopistas, la parte histórica, las montañas), que no es metafórica ni utópica como la ciudad verde lecorbusiana, sino literal.

La ciudad azul así organizada da protagonismo al cuerpo humano, al confort proporcionado por el clima —soleamiento, humedad, meteorología— y por la mezcla o el mestizaje humanos. Crea así una nueva modalidad de espacio público: las playas, los paseos marítimos, los parques terrestres y fluviales, como en Río de Janeiro, como en Sidney, lugares sin “representación” política, de intensa mezcla e intercambio de los cuerpos entre sí, de cada cuerpo con el sol, el cielo, el aire, el mar, la humedad. No es ninguna banalidad como propuesta contemporánea de un verdadero espacio público.

La ciudad azul consolida un nuevo paisaje, en parte hecho de una naturaleza exuberante, en parte de la proyección de una mirada estética sobre los paisajes antrópicos, en parte de las tradiciones locales, en parte del consumismo vorazmente excitado universalmente por el capital. Áreas intocadas, áreas de protección en las que convive el hombre, la actividad productiva y la naturaleza, y áreas inmensamente entrópicas conforman una estructura temporal y del espacio público que la ciudad azul comparte con las llamadas “reservas de la biosfera”, territorios con diversos grados de protección dinámica (frente a los Parques Nacionales intocables prácticamente por el hombre); que son una amalgama de naturaleza y actividad humana componiendo un ecosistema completo y sostenible, con futuro, tanto en términos de progreso y economía como de biodiversidad. En términos estéticos, este modelo de estructura del territorio casi diríase un *aggiornamento* de la estética pintoresca.

Los tipos arquitectónicos

Por último, la escala de los tipos arquitectónicos. Los tipos monofuncionales modernos y su organización urbana segregada se abren en la ciudad azul hacia nuevas tipologías híbridas, que reproducen la complejidad del conglomerado urbano a escala de edificio; mezclas de espacios naturales, públicos y privados dan forma a nuevos artefactos cuya escala no es tan significativa como su automorfismo, su capacidad de replicarse a todas las escalas a lo largo de la franja tropical/subtropical. En ellos la verticalidad, la constitución como organismos de estructura espacial vertical es, como ya hemos mencionado, casi una mimesis de la exuberancia de la vegetación natural y su empuje vertical en la jungla y los bosques húmedos. Dan forma así a una ciudad que, precisamente por la interacción entre medio físico y actividad humana, naturaleza y cultura, exige replantear los tipos de la modernidad, en especial rascacielos, pero no solo, también edificios culturales y museísticos, creando nuevas modalidades en las que se articula, de forma coherente, la relación entre conocimiento y estructura espacial. De ahí que haya adoptado la voz “observatorio” para designar estructuras verticales que son también, al menos en parte, estructuras culturales. En otro texto resumíamos así el programa de los observatorios:

Un observatorio no es una atalaya que permite una experiencia o percepción inmediata. Es un lugar en el que por mediación de la tecnología, de distintas técnicas, se consigue establecer un diálogo con la naturaleza que traduce la experiencia primera e inocente de la percepción en conocimiento. Por ello nos interesa este concepto de observatorio, porque se trata de una tipología en la que técnica, naturaleza y arquitectura interactúan para intensificar el diálogo entre hombre y mundo, adoptando cada uno el papel que le corresponde en la cultura contemporánea. El observatorio es así un mecanismo topológico, una forma de tecnificación y un modo de relacionar naturaleza y cultura que abraza en único gesto las tipologías tradicionales del rascacielos, del museo y del parlamento, redefiniendo también las formas en las que la archi-

tectura ha interactuado con el parque en la tradición pintoresca y moderna. El observatorio es una forma de relacionar la tradición pragmatista —de raíz técnica— con la tradición pintoresca —de raíz plástica—, ambas subyacentes pero diferenciadas de la corriente principal del modernismo positivista (s. d.).

Los tipos mixtos, los edificios híbridos, los rascacielos bioclimáticos de Ken Yeang, los observatorios, son denominaciones contingentes y pioneros de fenómenos de transformación, de disipación energética, ahora produciéndose en la ciudad azul, estimulados por ella. De hecho, son los cuatro elementos, el aire, el agua, el sol y la tierra, considerados como objeto de contemplación, como infraestructuras o como energías, los que ahora se constituyen en los objetos principales de proyectación: exfolian continuamente proyectos, tanto de naturaleza pública como privada. Repensar los tipos desde esta atención a los elementos naturales es la clave para desarrollar una nueva organización tipológica en la ciudad azul.

Conclusión

En resumen, sabemos que, hace un siglo, el centro del mundo estaba entre París y Berlín y todo lo demás era exotismo y casos particulares. Hoy se desplaza y se seguirá desplazando hacia el cinturón tropical/subtropical (el modelo será policéntrico), y hay que pensar invirtiendo los papeles: la ciudad azul, el neopintoresco, las tecnologías híbridas y estéticas mestizas iluminarán el futuro próximo; lo que aún hoy parece testimonial crece y crecerá. Solo esperamos que al igual que los modernos fueron capaces de construir una estética a partir de la humildad de las construcciones mediterráneas, hoy seamos capaces de construir una estética que sepa integrar inteligentemente la herencia de la refinada tecnología del norte, y la ilusión que entonces se desplegó con los nuevos paisajes del cinturón subtropical y tropical produciendo una nueva idea de belleza.

Referencias

Lévi-Strauss, C. (1997). *Tristes trópicos*. Madrid: Paidós.

El pasado no puede sobrevivir en su presencia. Solo puede sobrevivir en su ausencia

El presente eterno es el espacio en que se despliega la totalidad de su vida, el único factor que se mantiene constante. La vida es ahora

Índice temático

José Fernando Jiménez Mejía

(Colombia, 1963 - v.)

Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Ingeniero Civil de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Aprovechamiento de Recursos Hidráulicos de la misma Universidad, PhD en Ingeniería, Línea Ciencias Atmosféricas de la Universidad de Antioquia. Autor de un libro, varios capítulos de libros y artículos.



Los artículos se presentan en el orden de publicación de los diferentes números de la revista, según el Tesouro de la UNESCO (<http://databases.unesco.org/thessp/>).

Educación

Ciencias de la educación y ambiente educacional

- Palacios, M. (1985). El oficio del enseñar y escribir, (20), 86.
Montoya, J. (1994). Procesos pedagógicos y trayectos de memorias, (32-33), 114.
Restrepo, L. A. (2003). Pedagogía y obstáculos epistemológicos, (47), 63.

Política educacional

- Mayor, A. (1985). Matemáticas y subdesarrollo: la disputa sobre su enseñanza en la ingeniería colombiana de principios del siglo xx, (19), 14.
Restrepo, H. (1986). Rafael Uribe Uribe y la reforma universitaria, (21), 23.
Ospina, T. (1987). Trabajo y rectitud. Un programa para la escuela de minas, (23), 30.
Valencia, D. (2017). Elementos para la historia de la Sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia, (59), 28.
Giraldo, L. A. (2017). El impacto en la formación integral y la formación de ciudadanía cultural en la sección de cultura de Bienestar Universitario de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, (59), 90.
Correa, Á. (2017). Sala U-Arte contemporáneo, (59), 102.

González, N., López, J. C., y Marulanda, F. A. (2017). La gestión en las Empresas Públicas de Medellín 1954-1970, uno de los mayores legados de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, (59), 112.

Serna, L. E. (2017). Una manera de ver cómo llegamos aquí. Cuarenta años del programa de Artes Plásticas, (59), 124.

Sistemas y niveles de enseñanza

Valencia, D. (1980). Ingeniería y Universidad, (9-10), 92.

Enseñanza y formación

Restrepo, L. A. (1978). Pedagogía y obstáculos epistemológicos, (4), 37.

Montoya, J. (1978). Obstáculos pedagógicos en la enseñanza de la epistemología, (5-6), 125.

Viviescas, F., y Mejía, M. (1986). Facultad de Arquitectura 40 años, (22), 66.

Gómez, L. J. (1986). En homenaje a profesores universitarios, (22), 68.

Murray, P. (1970). Historia no oficial de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, 1887-1970, (31), 51.

Evaluación de la educación

Seminario sobre la Enseñanza de las Ciencias Sociales en las Universidades del Estado (1976). Discursos y ponencias de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Darío Valencia, Álvaro Tirado Mejía, Luis Javier Villegas Botero, (2-3), 125.

Ciencia

Enfoque científico

In memoriam Werner Heisenberg (1976). (1), 62.

Duque, D., y Farbiarz, B. (1976). El espacio, el tiempo y el yo, (2-3), 74.

Domínguez, J. (1976). W. Heisenberg. Abstracción y unificación, (2-3), 84.

Montoya, J. (1978). El problema de la metodología de la investigación científica, (4), 43.

González, A. (1978). Prácticas matemáticas en la sociedad chibcha, (5-6), 40.

Arango, I. D. (1980). La ruptura galileana, (9-10), 16.

Farbiarz, B. (1980). Las mediciones, (9-10), 70.

Hoyos, G. (1980). La crítica al positivismo científico en la fenomenología de Edmund Husserl, (9-10), 86.

Soto, G. (1982). El concepto de ciencia en la Edad Media, (13-14), 49.

Paláu L. A. (1984). Caldas: autor de un pequeño tratado pascaliano de antro-po-geografía, (16-17), 27.

Gómez, L. J. (1985). De la fisiología médica a la fisiología biológica, (19), 32.

Valencia, D. (1985). Las ciencias como elemento de la cultura en la planeación de un desarrollo regional, (19), 72.

Paláu, L. A. (1985). Algunas reflexiones metodológicas para una arqueología del saber de la Real Expedición Botánica, (20), 24.

Vásquez, E. (1986). Tecnología y sociedad (una aproximación crítica), (21), 42.

Jaramillo, M. (1988). ¿Existe un abismo entre las ciencias sociales y las ciencias naturales?, (24-25), 17.

Poveda, G. (1988). Codazzi y la comisión corográfica, (24-25), 58.

Valencia, G. (1989). El alcance cosmológico de la teoría heliocéntrica de Copérnico, (26), 36.

Gómez, L. J. (1989). El neodarwinismo o la mezcla de dos concepciones excluyentes, (26), 58.

Másmela, C. (1989). La constitución científica de la objetividad, (26), 76.

Poveda, G. (1994). Caldas el ingeniero en Antioquia, (32-33), 27.

Pineda, Á. (1997). Ciencia y humanidades: incertidumbre compartida, (37), 71.

Castrillón, A. (1998). Del catálogo al paisaje, (40), 14.

Naranjo, J. A. (2007). George Sarton, (52), 49.

Sarton, G. (2007). Leonardo Da Vinci, (52), 61.

Sierra, C. E. (2008). Thomas Samuel Kuhn: de la ciencia como descripción, (53), 73.

Serres, M. (2010). Nuevas tecnologías y lo virtual, (54), 75.

Gómez, L. J. (2010). La modernidad y la posmodernidad en la biología, (55), 35.

Acuña, R. (2012). La valoración del patrimonio científico en Colombia. Una aproximación histórica, (58), 22.

Ciencias de la tierra

Hermelin, M., y Hoyos, F. (1980). Particularidades de la erosión y de la sedimentación en Colombia, (8), 29.

Ciencias ambientales e ingeniería

Gómez, L. J. (1993). Nacimiento y destino del concepto de economía natural, (31), 38.

Gómez, L. J. (1996). La sostenibilidad ecológica: un concepto tardío, (36), 66.

Gómez, L. J. (1998). La gestación del concepto de ecología hasta Haeckel y mutaciones recientes, (39), 60.

León, J. D. (1999). Participación comunitaria y planificación de áreas silvestres, (41), 60.

Gómez, L. J. (2000). De la economía natural a la economía ecológica, (42), 43.

Gómez, L. J. (2002). Biosfera, Noosfera y Gaia: tres conceptos para reflexionar sobre el desarrollo sostenible, (46), 21.

Gómez, L. J. (2010). Las posiciones políticas frente a la crisis ecológica, (54), 51.

Geografía y oceanografía

Castrillón, A. (1996). La representación de la naturaleza en la formación de la botánica y en la construcción de la geografía de las plantas, (36), 50.

Ciencias naturales

Paláu, L. A. (1997). Figuras de la naturaleza y del discurso en la zoología colombiana de hace 130 años, (37), 50.

Biología

Cardona, L. F. (1998). Los microscopistas y la lucha contra la generación espontánea, (40), 61.

Ciencias médicas

Girón, J. A. (1997). La salud hacia el año 2000: un desafío para todos, (38), 32.

Cultura

Ortiz, C. M. (1987). Variaciones sobre la cultura, (23), 54.

Tirado, Á. (1988). La cultura en Antioquia, (24-25), 47.

Arango, G. M. (1995). Las cofradías, las asociaciones católicas y sus formas de sociabilidad, Antioquia, siglo XIX, (34-35), 94.

Márquez, J. (1995). Pasterianismo y medicalización urbana: el caso de Medellín, (34-35), 105.

Córdoba, E. M. (1995). La educación en Medellín a finales del siglo XIX según *El señor doctor* de Alfonso Castro, (34-35), 123.

Cruz, F. (1997). La desesperanza: alto precio de la razón, (37), 59.

Girón, J. A. (2000). Cultura y salud, (43), 46.

Mejía, O. (2003). Las catedrales, los no lugares y el nuevo orden, (47), 87.

Discurso del maestro Efe Gómez en el acto Honoris Causa al maestro Guillermo Valencia (2008). (53), 59.

Quintero, M. (2010). Mayo 68 -mayo 08 estancamiento en apocalipsis, (54), 23.

Torres, J. L. (2011). Itinerarios culturales en Antioquia: una forma de redescubrir y reevaluar nuestro territorio, (56), 52.

Política y planificación de la cultura

Domínguez, R. A. (1985). Un discurso de modas en 1916, (20), 63.

Naranjo, A. (1991). Anotaciones a la medicina antioqueña, (27-28), 36.

Orientalismo y más allá. Una entrevista a Edward Said (2006?). (51), 17.

Triviño, C. (2012). La narrativa colombiana ante el marketing: 1992-2012, (57), 66.

Rodríguez, L. C. (2017). En el momento del adiós. La experiencia significativa y los resultados obtenidos por el grupo INTERDIS de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, (59), 72.

Filosofía y ética

Margot, J. P. (1976). Arqueología del saber, genealogía del poder, (1), 36.

- Restrepo, L. A. (1981). Una lectura de la segunda consideración intempestiva de Nietzsche, (11), 28.
- Restrepo, L. A. (1983). Crítica de los ideales en *Humano demasiado humano*, (15), 57.
- Naranjo, J. A. (1984). Marx y Epicuro, (16-17), 64.
- Sierra, R. (1985). La epistemología de Karl R. Popper: racionalismo y empirismo, (19), 25.
- Soto, G. (1987). Santo Tomás de Aquino y el arte como belleza, (23), 64.
- Naranjo, J. A. (1988). Alegría en el trabajo, (24-25), 102.
- Montoya, J. (1989). Nietzsche y la filología, (26), 25.
- Naranjo, J. A. (1989). Dos heroísmos, (26), 48.
- Zuleta, E. (1991). Para una concepción positiva de la democracia, (27-28), 16.
- Xibillé, J. (1991). Postdición conmoderna, (27-28), 43.
- Restrepo, H. (1992). Prólogo a *Filosofía de lo americano* de Leopoldo Zea, (29-30), 6.
- Valencia, L. F. (1994). Platón y la imagen contemporánea, (32-33), 45.
- Naranjo, J. A. (1995). La vida creadora, (34-35), 86.
- Xibillé, J. (1996). La estética y la metaforología logocéntrica, (36), 31.
- Brand, P. C. (1996). La sensibilidad ambiental en la condición posmoderna, (36), 73.
- Garavito, E. (1996). Deleuze: máquinas de guerra y aparatos de captura, (36), 124.
- Arango, I. D. (1997). Frente al espejo de la ilustración, (38), 7.
- Arango, I. D. (1998). La originalidad de Rousseau, (39), 75.
- Arango, I. D. (1998). Otras dos interpretaciones de la modernidad, (40), 34.
- Maya, C. M. (1999). Sobre la noción de poder en Michael Foucault, (41), 43.
- Xibillé, J. (2000). La velocidad de escape y el aligeramiento de los signos, (43), 7.
- Vélez, G. D. (2000). ¿Pensar la muerte?, (43), 61.
- Rojas, M. A., Kitever, M., y Castrillón, A. (2001). Enfermedad, salud y muerte en la modernidad, (44), 67.
- Arcila, C. (2002). La psicología de la afectividad en el pensamiento de Spinoza, (45), 7.
- Moreno, J. G. (2003). La pirámide y el desierto, (47), 19.
- Restrepo, L. A. (2003). Nietzsche y la política, (47), 51.
- Serres, M. (2003). Muertes, (48), 47.
- Ruiz, M. Á. (2004?). Kant: interlocutor de nuestro tiempo, (49), 37.
- Ospina, C. A. (2004?). Jaspers y el retorno a los orígenes de la filosofía, (49), 89.
- Naranjo, J. A. (2005). El profesor Nietzsche, (50), 27.
- Moreno, J. G. (2005). Semiogonía, (50), 83.
- Prefacio de Gilles Deleuze a la edición inglesa de *Francis Bacon: The Logic of Sensation* (2005). (50), 111.
- Domínguez, R. A. (2006?). De los cuerpos torturados a los cuerpos virtuales, (51), 71.
- Palacio, C. (2008). La objetividad entre paréntesis, una reflexión desde el pensamiento de Humberto Maturana, (53), 95.
- Conche, M. (2010). La soledad del filósofo, (54), 7.
- Barrera, C. F. (2010). Articulaciones en torno a una nueva subjetividad, (54), 15.
- Gómez, L. F. (2010). Lévinas y la ética ecológica, (54), 29.
- Salas, M. C. (2010). Nietzsche, psicólogo de pasado mañana, (55), 7.
- Chazal, G. (2011). Los salones de François Dagognet: Arte, Ciencia y Filosofía, (56), 42.
- Historia**
- Yunis, J. (1978). La Guerra de los Mil Días, (18), 23.
- González, M. (1978). El fermento revolucionario del caribe a finales del siglo XVIII, (5-6), 22.
- Colmenares, G. (1978). Filosofía, teorías y métodos de la historia, (5-6), 32.
- Arocha, J. (1978). Clima, hábitat, proteínas, guerras y sociedades colombianas del siglo XVI, (5-6), 50.

- Tirado, Á. (1979?). Aspectos de la colonización antioqueña, (7), 19.
- Palacios, M. (1980). La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica, (8), 6.
- Torres, F. (1980). La reforma constitucional de 1936, (8), 46.
- Ocampo, J. A. (1980). La quina y la historia colombiana, (9-10), 27.
- Rodríguez, P. (1980). La manumisión en Popayán 1800-1851, (9-10), 77.
- Melo, J. O. (1980). Los estudios históricos en Colombia 1969-1979, (9-10), 100.
- Twinam, A. (1980). De judío a vasco, (9-10), 105.
- Reyes, C. (1982). La huelga del ferrocarril de Antioquia 1934, (12), 23.
- Bacca, R. (1982). ¿Qué pasó en el 48?, (12), 42.
- Gamboia, P. (1983). Tierradentro, los constructores de hipogeos, (15), 6.
- Sánchez, G. (1983). Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia, (15), 23.
- Ortiz, L. J. (1984). El federalismo en Antioquia 1850-1880, (16-17), 38.
- Restrepo, H. (1984). Pensamiento político en torno a la universidad colombiana, (16-17), 47.
- Tirado, Á. (1987). La presencia de Panamá en las relaciones internacionales de Colombia, (6-17), 55.
- Ortiz, C. M. (1984). La violencia en el Quindío policías y aplanchadores, (18), 16.
- Jaramillo, R. L. (1984). La otra cara de la colonización antioqueña hacia el sur, (18), 33.
- Bushnell, D. (1984). Elecciones presidenciales 1863-1883, (18), 44.
- Colmenares, G. (1985). La historia de la revolución de José Manuel Restrepo una prisión historiográfica, (19), 6.
- Ortiz, L. J. (1986). Participación de sectores populares en la independencia de Pasto, 1809-1824, (22), 27.
- Galindo, C. E., y Muñoz, I. (1986). El partido conservador en Antioquia, 1935, (22), 55.
- Rodríguez, P. (1988). Matrimonio incestuoso en el Medellín colonial 1700-1810, (24-25), 52.
- Colmenares, G. (1997). Región-nación: problemas de poblamiento en la época colonial, (27-28), 6.
- Acevedo, D. (1992). Religiosidad, fiestas y cultos en la revolución francesa, (29-30), 85.
- Melo, J. O. (1997). Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización, (37), 11.
- Gómez, J. G. (2000). Caudillismo y élites en la historiografía hispanoamericana (1898-1930), (42), 60.
- Naranjo, A. (2001). Palonegro, (44), 25.
- Botero, S. (2001). Del depósito a la referencia, de los fragmentos cerámicos al patrimonio arqueológico, (44), 53.
- Uribe, J. (2003). El sitio de París, (47), 31.
- Lingüística**
- Xibille, J. (1978). La estrategia del valor signo en el sistema de la moda, (5-6), 96.
- Montoya, J. (1982). En torno a la fonología, (12), 17.
- Montoya, J. (1983). Platón: el lenguaje, la copia y el simulacro, (15), 16.
- Salabert, P. (1992). Rumbos y extravíos, (29-30), 31.
- Montoya, J. (1992). En torno a una semi-pragmática del “discurso”, (29-30), 45.
- Domínguez, R. A. (1995). Aproximación semiótica al renacimiento de la máquina retórica, (34-35), 48.
- Botero, R. (1996). La realidad desde la lingüística, (36), 22.
- Montoya, J. (1998). El horizonte de comprensión del lenguaje en la época clásica, (39), 20.
- Montoya, J. (2000). Marcajes, palimpsestos y estética urbana, (43), 22.
- Literatura**
- Ruiz, D. (1976). Sentido de lo marginal en la literatura latinoamericana, (1), 43.
- Mejía, M. (1976). Los días de la disidencia, (1), 50.
- Naranjo, J. A. (1976). El señor de las matemáticas, (1), 55.
- Naranjo, J. A. (1976). El retorno de Dyonisos: meditaciones sobre Artaud, (2-3), 89.

- Cruz, F. (1976). Freud y Rabelais: la novela familiar, (2-3), 99.
- Bedoya, C. (1976). Lezama Lima o los placeres de la conversación, (2-3), 110.
- Vélez, J. A. (1976). El recurso de la causalidad estoica en Borges, (2-3), 118.
- Patiño, R., Bedoya, C., y García, D. (1976). Poesía, (2-3), 140.
- Naranjo, J. A. (1978). El retorno de Dyonisos, (4), 52 (continuación).
- Ruiz, D. (1978). Gavilla, (4), 71.
- Aristizábal, A. (1978). Las sombras del corredor, (4), 74.
- Zuleta, E. (1978). Introducción a la lectura de *Ana Karenina*, (5-6), 60.
- Cobo, J. G. (1978). Baldomero Sanín Cano: el oficio de lector, (5-6), 70.
- Mejía, M. (1980). Regreso del optimismo, (8), 39.
- Castro, O. (1980). Literatura precolombina, (8), 52.
- Schneider, P. (1980). Escribir en Alemania, (9-10), 6.
- Sánchez, S. (1980). Acerca de la tragedia, (9-10), 58.
- Naranjo, J. A. (1980). El silencio del sabio, (9-10), 119.
- Cruz, F. (1981). Aproximaciones críticas a la *Crónica de una muerte anunciada*, (11), 82.
- Ruiz, D. (1981). Para decirle adiós a mamá, (11), 87.
- Melet, B. (1982). René Char, (12), 5.
- Morales, J. (1982). Esta gente tan callada (cuento), (13-14), 27.
- Naranjo, J. A. (1982). El retorno de Dyonisos, (13-14), 67.
- Valencia, C. (1982). Función de las interpolaciones de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, (13-14), 101.
- Zuleta, E. (1983). Goethe: las afinidades electivas, (15), 63.
- Pikouch, N. (1984). Mijaíl Bulgákov entre su dios y su diablo, (16-17), 13.
- Cruz, F. (1984). Lo universal en la literatura latinoamericana, el caso de Guimarães Rosa, (16-14), 20.
- Chaparro, H. (1984). Háblame de horror, (18), 78.
- González, Y. (1984). Regresar a Ítaca, (19), 44.
- Cruz, F. (1985). De la alcoba a la plaza. Los lugares del hombre, (19), 52.
- Molina, L. F. (1985). Los relatos de viajeros del siglo XIX, (20), 54.
- O'Hara, E. (1985). *De sobremesa*, una divagación narrativa, (20), 74.
- Restrepo, L. A. (1986). Baldomero Sanín Cano, (21), 6.
- Botero, J. (1987). La novela y la vida, (23), 47.
- Ruiz, D. (1988). Fernando González: el paseante, (24-25), 32.
- Pinero, Á. (1988). La creación poética en el poema "Los camellos" de Guillermo Valencia, (24-25), 39.
- Cruz, F. (1988). De Dostoievski a Pessoa: la aventura de polifonía moderna, (24-25), 80.
- Lew, C. (1999). El lenguaje del silencio en *La casa de las dos palmas*, (27-28), 68.
- Urdinola, A. (1999). Odiseo vs. Ulises, (27-28), 77.
- Naranjo, J. A. (1992). Las ideas estéticas de don Tomás, (29-30), 58.
- Naranjo, J. A. (1993). Breve historia del soneto renacentista y barroco, (31), 6.
- Cruz, F. (1993). Conversación con Luis Fernando Peláez, (31), 15.
- Vélez, M. (1993). Imaginerías de lectura, (31), 59.
- Mejía, M. (1994). El viento lo dijo, (32-33), 6.
- Jiménez, J. F. (1994). La revista *El Montañés*, (32-33), 54.
- Malaquita, C. (1994). Jamones y solomillos, (32-33), 83.
- Córdoba, E. M. (1994). Tomás Carrasquilla y la revisión de *Frutos de mi tierra*, (32-33), 96.
- Mazzoldi, B. (1995). Faunos y pingüinos de León de Greiff, (34-35), 6.
- Restrepo, E. (1995). Viajes, (34-35), 136.
- Moreno, R. H. (1996). Ribeyro: los cánones de la degradación, (36), 40.
- Valencia, D. (1996). Luis Alberto Álvarez, (36), 64.
- Muñoz, G. (1996). Retratos de economistas, (36), 117.

- Buenaventura, E. A (1996). Estanislao, (36), 134.
- Salabert, P. (1996). ¿Acaso no hay un arte de palabrear?, (36), 6.
- Gómez, E. (1997). La araña, (37), 31.
- Naranjo, J. A. (1997). La vuelta del recluta, (37), 90.
- Manuel Mejía Vallejo (1997). (37), 96.
- Pulido, M. (1997). Lecturas olvidadas de Álvaro Mutis, (38), 45.
- Poveda, H. (1997). La poesía religiosa de Nezahualcōyotl, (38), 53.
- Ruiz, C. E. (1997). Cadencias de la propia distancia, (38), 64.
- Ruiz, D. (1998). La niñez pobre, la pobre ciudad, (39), 7.
- Naranjo, J. A. (1998). El dramaturgo Cervantes, (39), 50.
- Ruiz, D. (1998). Manuel Mejía Vallejo: la muerte se paga viviendo, (40), 8.
- Córdoba, E. M. (1998). El *Quijote* de Avellaneda, (40), 24.
- Garcés, Á. (1998). Marcel Proust y su búsqueda estética como interpretación de la vida, (40), 70.
- Garavito, F. (1999). Desde el umbral, (41), 14.
- García, Á. (2000). Novalis: viajero nómada *Caminante misterioso hacia el interior*, (43), 32.
- Uribe, C. (2001). Jean Paul Sartre: un intelectual del siglo xx, (44), 7.
- Escobar, J. (2001). Emiro Kastos: la voluptuosidad del desengaño, (44), 81.
- Cano, R. (2001). Esperando a Garibaldi, (44), 89.
- Valencia, D. (2001). Poema: “La canción de la tierra”, (44), 93.
- Ruiz, D. (2002). La literatura en la era del marketing, (45), 21.
- Álvarez, S. (2002). Relatos sin título. Técnica mixta. (Una exposición), (45), 31.
- Córdoba, E. M. (2002). De algunas libretas inéditas de Efe Gómez, (45), 43.
- Poveda, H. (2002). Mito y realidad en *Pedro Páramo*. Otro acercamiento, (45), 57.
- Guzmán, E. (2002). Despedida para Alejandro, (45), 85.
- Triviño, C. (2002). La memoria cautiva de Vargas Vila, (45), 89.
- Naranjo, J. A. (2002). Silva en la *La Miscelánea*. Entrevista con Don Carlos Pérez, (45), 95.
- Escobar, J. M. (2002). José Restrepo Jaramillo o el cansancio, (46), 31.
- Bustamante, V. (2002). Los colores prohibidos, (46), 75.
- Reinartz, M. (2002). Cuentos, (46), 87.
- Arango, I. D. (2002). Koyré y la pasión por la historia, (46), 93.
- Sánchez, R. (2003). Antonio Restrepo: el gran profesor, (47), 45.
- Cera, E. (2003). Un comentario para *Pensar la historia*, (47), 71.
- Naranjo, N. (2003). La mala cosa ni “mala” ni ficticia, (47), 75.
- De Otero, B. (2003). Poemas, (47), 7.
- Molina, J. J. (2003). Documento: Anunziata y Pergoleso, (47), 35.
- Castañeda, R. (2003). Cuentos, (48), 71.
- El origen de las velas (2003). (48), 93.
- Quignard, P. (2004?). Lectio, (49), 7.
- Escobar, A. (2004?). Documento: Gabriela, (49), 49.
- Mejía, O. (2004?). Cortázar y su *Rayuela*, (49), 59.
- Magris, C. (2004?). La literatura ante la barbarie, (49), 65.
- Ángel, J. G. (2004?). Observaciones: sobre la imagen de la vigilia, (49), 73.
- Gallego, E. (2004?). Cuento: “El sábado descanso”, (49), 81.
- Una carta de Werner Jäeger a E. F. J. Payne (2004?). (49), 85.
- Riddell, R. (2004?). Poemas de Ron Riddell, (49), 101.
- Moreno, R. H. (2005). Gloria y miseria de la poesía política, (50), 31.
- Documento: cuarto centenario de Don Quijote, texto inédito de Efe Gómez (2005). (50), 55.
- Uribe, M. (2005). Documento: Cervantes, (50), 63.
- Antología de diversos autores sobre Cervantes y Don Quijote (2005). (50), 69.

- Boza, M. (2005). Hannah Arendt: la obra de arte y el pensamiento, (50), 95.
- Álvarez, S. (2005). El desfacedor, (50), 117.
- Restrepo, Á. (2006?). Sartre: entre la literatura y la filosofía, (51), 7.
- Dossier: dos cartas de Rafael Gutiérrez Girardot (2006?). (51), 49.
- Vélez, N. (2006?). La casa del tiempo o fundación de la poesía. Historia de una edición, (51), 59.
- Calvino, I. (2006?). A la memoria de Roland Barthes, (51), 81.
- Entrevista a Hanna Arendt (2007). (52), 7.
- Isaac Joseph y el corazón político de la metrópolis (2007). (52), 11.
- Salas, M. C. (2007). Fernando Pessoa o la exigencia de la escritura, (52), 15.
- Mejía, O. (2007). Naguib Mahfuz: el último de los escribas, (52), 37.
- Martínez, M. (2007). La Habana como ajiaco tercerespacio en *La novela de mi vida* de Leonardo Padura Fuentes y *Te di la vida entera* de Zoé Valdés, (52), 41.
- Vélez, B. (2007). Documento: la Senda Roja, (52), 91.
- Balza, J. (2007). Cuentos: coches de niños y Hugo Wolf Court, (52), 105.
- Ruiz, D. (2008). *La carretera*: la fábula de Cormac McCarthy, (53), 49.
- Sorge, W. (2008). Dossier: Caio Valerio Catullo. Cronología poética, (53), 53.
- Kroker, A. (2008). El espíritu de Jean Baudrillard in memoriam: 1929-2007, (53), 105.
- Dossier: dos cartas de don Tomás Carrasquilla (2010). (54), 45.
- Scott, W. (2010). Introducción a *El castillo de Otranto* de Horace Walpole, (55), 17.
- Duque, F. (2010). Dossier: ¿Qué significa leer?, (55), 49.
- Cuarta, P. (2011). “No hay que remover los amores muertos”. Memoria y objetos en dos textos breves de Julien Gracq, (56), 10.
- Morales, J. (2011). Dossier: de los esguinces de la fama literaria y de un remordimiento, (56), 30.
- Naranjo, N. (2011). *Alone (Solo)*, un testamento en forma poética, donde queda plasmada la filosofía de la soledad marcada por el destino, de Edgar Allan Poe, (56), 78.
- Balza, J. (2012). Christopher Domínguez Michael y la sobreescritura, (57), 30.
- Salas, M. C. (2012). La experiencia poética y el “tópico” de la cortedad del decir, (58), 46.
- Molina, J. E., y Ruiz, D. (2012). Dossier: textos e imágenes rescatadas de Luis López de Mesa, (58), 56.
- Rojas, M. B. (2012). Recurrencias de lo trágico. Escenarios y personajes de la ciudad, (58), 74.
- Gauvin, F. (2012). La Escuela de Fráncfort, (58), 88.
- Jaramillo, A. (2012). Apuntes críticos para una historia cultural de la tuberculosis, (58), 94.
- Giraldo, C. I. (2012). Ernesto López, con oficio de editor, (58), 110.
- Arte**
- Farbiarz, B. (1979?). El espacio y las percepciones, (7), 90.
- Morales, O. (1982). Asomo al mundo artístico, (13-14), 6.
- Galarza, J. (1984). Nabokov: apuntes para una estética del desprecio, (16-17), 6.
- Puche, B. (1984). El sombrero vueltiao zenú, (16-17), 91.
- Xibillé, J. (1988). El muralismo mexicano, (24-25), 6.
- Restrepo, L. A. (1992). La época de Mozart, (29-30), 73.
- González, A. (1994). En torno a la crítica de arte, (32-33), 14.
- Valencia, L. F. (1997). Estética y hermenéutica, (37), 22.
- Naranjo, J. A. (1999). El humanismo de Pedro Nel Gómez, (41), 7.
- Ruiz, D. (1999). Los otros Pedro Nel Gómez, (41), 90.
- Escobar, M. (2000). Marco Tobón Mejía, nuestro artista en La Habana, (42), 7.
- Ceballos, H. (2000). Leonardo Da Vinci: expresión gráfica y conocimiento, (42), 15.

Yepes, M. (2002). Lectura de Bertolt Brecht: su visión del mundo y de la función del arte, (46), 57.

Ruiz, D. (2002). Chillida: permanencia del símbolo, (46), 99.

Montoya, P. (2003). Aproximaciones a Tarkovski, (47), 7.

Benjumea, F. (2003). Doris Salcedo —El arte y la guerra—, (48), 11.

Vélez, M. C. (2004?). De los ojos a las manos: “tocar el espacio”, (49), 23.

Ruiz, D. (2007). *Guernica*: el símbolo vivo, (52), 85.

Ángel, F. (2011). Omar Rayo en el imaginario artístico colombiano, (56), 26.

Ramírez, M. L. (2012). Arte en situ en la esfera local, (57), 38.

Artes visuales

Farbiarz, B. (1976). Notas sobre pintura, (1), 65.

González, M. (1980). Seis artistas de Cali, (8), 42.

Pérez, J. F. (1981). *Los embajadores* de Holbein, (11), 15.

Xibillé, J. (1984). Magritte o los juegos de la representación, (18), 6.

Farbiarz, B. (1984). Profundidad y espacio como montajes, (18), 60.

Naranjo, J. A. (1986). La melancolía de Durero (primera parte), (21), 50.

Naranjo, J. A. (1986). La melancolía de Durero, (22), 6.

Ruiz, D. (1986). Hacia nuestra posmodernidad, (22), 42.

Montoya, J. (1986). Cremonini: pintor de lo “concreto”, (22), 47.

Ruiz, D. (1992). Arquitectura: metodología y ruptura, (29-30), 26.

Sarmiento, J. A. (1999). Notre Dame du Haut a Ronchamp, (41), 18.

González, L. F. (2001). La arquitectura de Luis Llach Llagostera, una ruta inédita por la arquitectura en América, (44), 37.

Hernández, L. G. (2006?). Del fuego térmico a las brisas refrigerantes. Poéticas del viento en las arquitecturas tropicales, (51), 35.

Chávez, J. D. (2008). Rogelio Salmona. El vínculo del adentro con el afuera, (53), 7.

Cera, E. (2008). Elementos masónicos en la arquitectura de la ilustración tardía, (53), 33.

Chávez, J. D. (2010). Emergencia, (55), 91.

Chávez, J. D. (2012). La evidencia de la doble realidad. *La pesadilla*, óleo sobre lienzo de Johann Heinrich Füssli, revelado a la luz de Carl Gustav Jung, 50 años después de su muerte, (57), 76.

Chávez, J. D. (2017). Del patrimonio arquitectónico de la Sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia, (59), 48.

Artes escénicas

Martínez, G. (1979?). La evitable ascensión de Arturo Ui, (7), 6.

Yepes, M. (1982). Un tema de Shakespeare y de sus contemporáneos: la fugacidad de la existencia, (13-14), 35.

Chaparro, H. (1985). Cine y novela negra en Hollywood, (20), 79.

Yepes, M. (1996). Una visión escéptica de la razón ilustrada y de la revolución: Georg Buchner, su momento y su obra dramática mayor, (36), 88.

Radovani, S. (2003). Silencio, (48), 31.

Arias, J. D. (2003). Figuras de la muerte en las canciones populares de Antioquia, (48), 57.

Chaverra, Á. (2012). Performance Vadear. Colectivo artístico El Cuerpo habla, (57), 56.

Dossier: partituras originales del maestro Adolfo Mejía Navarro (2017). (59), 82.

Ciencias sociales y humanas

Ciencias sociales

Anrup, R. (1985). Totalidad social: ¿Unidad conceptual o unicidad real?, (20), 6.

Villa, V. (1986). Pervivencia del camaján, hoy, (22), 17.

Velásquez, M. (1997). Masculinidad, feminidad, dignidad humana y violencias, (37), 82.

Hurtado, C. (1999). Los años sesenta en la universidad colombiana, (41), 48.

Psicología

Pérez, J. F. (1978). Acerca del “no” en el inconsciente, (4), 63.

Zuleta, E. (1982). Sobre la idealización en la vida personal y colectiva, (13-14), 18.

Palacio, J. F. (1981). “Fort-da”: la introducción al lenguaje, (13-14), 43.

Villar, Á. (1986). De la medicina a la psicoterapia de familia, (21), 30.

Gómez, C. (1987). Reflexiones psicoanalíticas sobre el juego, (23), 37.

Gómez, C. (1991). La imperceptible violencia de los padres: reflexiones psicoanalíticas, (27-28), 25.

González, C. M. (1994). La feminidad, (32-33), 71.

Gómez, C. (1997). Colombia en el diván, violencia e identidad, (38), 69.

González, C. M. (1998). El difícil amor, (39), 37.

Sistemas sociales

Rojas, J. M. (1982). El socialismo en la primera mitad del siglo XIX. Una exploración sociológica, (12), 33.

Problemas sociales

Tirado, Á. (1976). Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia, (2-3), 64.

Ortiz, L. J. (1991). Criminalidad y violencia en Antioquia. Sobre la tesis de doctorado de Miguel Martínez (1985), (27-28), 62.

Sánchez, R. (1995). Colombia: las guerras y el derecho a la paz, (34-35), 20.

Reyes, C. (1995). Grupos sociales y criminalidad. Medellín 1900-1930, (34-35), 66.

Población

Gil, E. (2010). ¿Freakies o galateas? Las criaturas se rebelan contra sus criadoras, (55), 69.

Familia

Gómez, B. (1994). ¿Cuándo habita la familia?, (32-33), 106.

Establecimientos humanos y uso de la tierra

Bejarano, J. A. (1976). Contribución al debate sobre el problema agrario, (2-3), 7.

Echavarría, J. F. (1976). Contribución al análisis del sector agrario: el problema de la forma de producción parcelaria, (2-3), 25.

Villegas, J. (1978). Pleitos de tierras entre colonos y propietarios en la colonización antioqueña, (5-6), 6.

Molina, H. (1979?). Una estrategia para el desarrollo urbano, (7), 40.

Viviescas, F. (1980). El proceso de urbanización y la lucha de clases en Colombia, (9-10), 47.

Viviescas, F. (1982). El proceso de urbanización y un modelo de “recreación dirigida”: la vuelta a Colombia en bicicleta, (12), 66.

Viviescas, F. (1983). Medellín: el centro de la ciudad y el ciudadano, (15), 45.

Sanín, F. (1984). Los desheredados de la cultura, (18), 72.

Wolff, H. J. (1985). Hacia una caracterización de los asentamientos urbanos “no controlados” (Colombia 1948-1983), (19), 57.

Viviescas, F. (1985). El problema de la vivienda y la arquitectura, (20), 42.

Poveda, G. (1986). Las fortificaciones de Cartagena, (21), 13.

Gómez, B. (1986). El espacio de la ciudad (el caso de Medellín), (21), 38.

Robinson, D. (1989). El significado de “lugar” en América Latina, (26), 6.

Shmid, J. (1991). Población y desarrollo, (27-28), 84.

González, E. A. (1993). ¿Lo regional como ruptura?, (31), 23.

Rueda, R. (2002). Desarrollo urbano y desplazamiento forzado por la violencia política en Colombia, (45), 67.

Ábalos, I. (2010). La ciudad azul, (55), 83.

Benjumea, F. (2012). Encrucijadas de la ciudad contemporánea, (57), 10.

Villalba, P. (2012). Entre ruinas, lugares y objetos residuales de la memoria, (57), 28.

Dossier: Marcel Hénaff. La ciudad que viene (2012). (57), 46.

Ruiz, D. (2012). Diez postales de la crisis europea, (58), 10.

Cera, E. (2012). ¿La casa? ¿La ciudad?, (58), 102.

Información y comunicación

Ciencias de la información

Correa, J. I. (1982). Información y telemática, (13-14), 75.

Fuentes de información

Muñoz, I. (1984). Índice de autores, números 1-17, (16-17), 101.

Muñoz, I. (1992). Índice de autores, números 1-30, (29-30), 107.

Giraldo, P. A., y Maya, M. M. (1998). Índice temático, (40), 87.

Política, derecho y economía

Sistemas jurídicos

Velásquez, M. (1982). Los derechos de la mujer, (13-14), 93.

Derechos humanos

Velásquez, M. (1984). Los derechos políticos de la mujer 1936-1954, (18), 52.

Política y gobierno

Vilar, P. (1976). El nacimiento del estado moderno y sus relaciones con el fenómeno nación, (1), 22. Tirado, Á. (1978). Los partidos políticos en Colombia, (4), 26.

Paláu, L. A. (1981). Significado de la “ley de los tres estados” de Augusto Comte, (11), 60.

Puhle, H-J. (1987). La política de los Estados Unidos en América Central, (23), 6.

Jaramillo, A. (1988). Descentralización y política económica, (24-25), 89.

Marín, H. (1995). Paradigmas del poder, (34-35), 33.

Sánchez, R., y Pazos, R. (1996). Aprender la democracia, (36), 6.

Pérez, J. F. (1997). Por qué somos pacifistas, (37), 45.

Acevedo, D. (1997). Conflicto armado, población civil y neutralidad activa en Colombia, (38), 74.

Vargas, A. (2000). Colombia al comienzo del nuevo siglo: paz, desarrollo y gobernabilidad, (42), 89.

Cera, E. (2002). 1903 en la prensa pañameña y los infaustos años precedentes, (46), 69.

Relaciones internacionales

López, H. (1978). El oro y el sistema monetario internacional, (4), 7.

Economía

Melo, J. O. (1976). La economía neogranadina en el siglo XIX, (2-3), 51.

Fals, O. (1979?). El “secreto” de la acumulación originaria de la capital: una aproximación empírica, (7), 28.

Corchuelo, A. (1979?). Marxistas, neoricardianos y teoría del valor, (7), 52.

Zuleta, L. A. (1980). Hacia una interpretación de la política económica en la década del setenta, (8), 19.

Zuleta, E. (1981). Reflexiones sobre fetichismo, (11), 5.

López, H. (1981). ¿Es el sector informal el regulador de los salarios? Reflexiones teóricas y evidencia empírica, (11), 43.

González, J. I. (1981). Una aproximación marxista a la naturaleza del dinero, (11), 76.

Montenegro, S. (1982). Breve historia de las principales empresas textiles: 1990-1945, (12), 50.

Salazar, B. (1982). ¿Modo de consumo o teoría de las necesidades?, (13-14), 57.

Tirado, Á. (1982). La descentralización en “El Federalista” y en Tocqueville, (13-14), 108.

Palacios, M. (1997). Un breve comentario sobre los nacionalismos económicos en América Latina durante los primeros decenios del siglo XX, (37), 64.

Maya, G. (1999). Inflación, credibilidad e instituciones monetarias, (41), 76.

Maya, G. (2002). Libre comercio: ideas y realidades ¿Cómo se convirtió Inglaterra en un país industrial?, (46), 43.

Desarrollo económico y social

Tirado, Á. (1976). La repartición territorial en la era del imperialismo (periodo 1870-1914), (1), 5.

Khelifa, M. (1976). Acumulación capitalista y desarrollo regional, (2-3), 43.

Bejarano, J. A. (1984). Los límites del conocimiento económico y sus implicaciones pedagógicas, (16-17), 78.

Melo, J. E. (1985). Proceso de modernización de Colombia, 1850-1930, (20), 31.

Franco, M. (1987). El conocimiento económico y la crisis en América Latina, (23), 18.

Valencia, D. (1992). Ingeniería y apertura, (29-30), 20.

Maya, G. (1994). Ciencia, tecnología y economía en Colombia, (32-33), 60.

Bustamante, A. (1997). La ciudadanía, entre la autonomía y la libertad, (38), 17.

Marín, H. (1998). Paradigmas culturales y procesos de cambio en la gestión pública colombiana, (39), 82.

Cera, E. (1998). Desarrollo humano en Colombia en un contexto regional. Caso: región del Caribe, (39), 97.

Cruz, F. (2002). Modernidad, sentimientos negativos y conflicto social en Colombia, (46), 7.

Agricultura

Mejía, E., y Moncayo, A. (1988). Las relaciones laborales en la transformación de la hacienda vallecaucana en ingenio azucarero industrializado, (24-25), 75.

Industria

Marmolejo, Á. (1978). Consideraciones acerca del proceso de industrialización colombiano, (5-6), 104.

Ingeniería de minas, civil y militar

Sorge, W., y Sorge, R. (2010). Lavinia. Las técnicas constructivas del muro romano, (55), 29.

Materiales y productos

Poveda, G. (1992). El hierro, de los hititas a Colombia, (29-30), 93.

Abad, M., y Escobar, M. V. (2011). Algunas historias paralelas del vidrio en Colombia, (56), 18.

La felicidad depende de las condiciones que se perciben como positivas. La paz interior, no

El modo de la conciencia ligado al tiempo está profundamente incrustado en la psique humana

Normas para los autores



- La revista tiene diferentes secciones: cartas al editor, artículos de revisión, reflexión u opinión, reportes, reseñas, entrevistas, traducciones y dossier, también se aceptan partituras, textos literarios o poéticos. Todas las propuestas son evaluadas por el Comité Editorial y por dos pares de manera anónima. La recepción de los trabajos no implica la aprobación y publicación automática.
- Los trabajos sometidos al Comité Editorial no deberán ser presentados a otros medios hasta que culmine el proceso de evaluación.
- Los autores asumirán la responsabilidad por todos los conceptos y opiniones emitidas en los documentos. La Universidad Nacional de Colombia no se responsabiliza por los daños o perjuicios derivados de la publicación de cualquier trabajo o documento.
- Los autores deben acatar las normas y leyes internacionales, nacionales e institucionales de propiedad intelectual, particularmente la Ley 23 de 1982.
- Si la propuesta es aceptada por el Comité Editorial, el autor deberá evaluar las observaciones para incorporar los cambios que considere; luego, el trabajo se someterá a una revisión de estilo y ortotipográfica con un experto, el autor deberá observar aceptando o no las anotaciones y respondiendo las preguntas del corrector.
- Una vez aceptada la propuesta por el Comité Editorial, el autor deberá diligenciar un formato de autorización de publicación y cesión de derechos patrimoniales de comunicación y distribución del material,

incluyendo la posibilidad de ser publicado en cualquier medio, en formato análogo o digital.

- Los trabajos deben enviarse al correo electrónico `recultu_med@unal.edu.co`, presentarse en Word, tipografía Arial 12, con una extensión máxima de cuarenta cuartillas, sin resumen ni palabras clave. El título no debe sobrepasar quince palabras.
- Utilizar el sistema de citación y referenciación APA, última versión. Y tener en cuenta el Manual de Edición Académica de la Universidad Nacional de Colombia.
- Seguir las normas establecidas por el Diccionario Panhispánico de Dudas.
- Se usan cursivas para resaltar términos, para títulos de obras de creación, para extranjerismos crudos, para latinismos y locuciones latinas, para apodos, alias o seudónimos, para nombres científicos de plantas y animales y para las preguntas en entrevistas.
- Se usan versalitas para los siglos en números romanos, para enumeraciones en romanos, para siglas cuando no van acompañadas del nombre propio, para acrónimos de tres o menos letras, para firmas de prólogos o epígrafes, para entradillas en diálogos.
- Se utilizan comillas para citas textuales cortas (de menos de cuarenta palabras), para reproducir textualmente una afirmación, para el uso irónico, impropio o especial de una expresión, para títulos de capítulos, artículos de revistas, títulos de exposiciones o secciones de una publicación.
- Se utilizan comillas simples para la segunda jerarquía de las comillas dobles y para los significados de expresiones en otro idioma.
- No deben usarse negritas dentro del cuerpo del texto.
- Se usan mayúsculas para títulos de libros y publicaciones periódicas, para nombres de leyes, para nombres propios o abreviados, para nombres de materias de un currículo, para nombres de grupos de investigación, para los periodos y épocas históricos.
- Se usan minúsculas para nombres de días, meses y nacionalidades, para nombres de enfermedades, para cargos, títulos nobiliarios, para después de dos puntos; excepto después de los saludos en las cartas, en los documentos jurídico-administrativos, en la reproducción de una cita o de palabras textuales.
- Los números enteros no se separan con coma. Los números se escriben con letras, incluso los mayores a once que no impliquen más de tres palabras.
- Se entiende por figura toda representación gráfica, independientemente de que se trate de fotos, mapas, planos, ilustraciones, esquemas, diagramas, dibujos, imágenes o gráficas estadísticas. Deben indicarse en el cuerpo del texto entre paréntesis (figura 1), se marcan con números arábigos, debajo de la figura, y deben tener título, crédito del autor y la fuente.

Si una figura está dividida en secciones, cada sección se identifica con una letra con versalitas. En todos los casos, deben tenerse los derechos de publicación.

- Todas las figuras deben enviarse separadas de los textos, numeradas, en formato JPG, TIFF o BMP de 300 dpi.
- Para obras de arte deben darse los datos en el siguiente orden: nombre y apellido del autor o autores, *Título de la obra*, fecha de creación. Descripción técnica, ubicación. (fuente: créditos). Ejemplo: Figura 1. Gonzalo Fernández Ortega, *Adoración de la inmaculada*, 1603-1606. Óleo sobre lienzo, 158 cm x 95 cm. Museo Histórico, Kralendijk, Bonaire. (Fuente: fotografía de Orlando Manrique Santa).
- El título de las tablas o cuadros se pone encima, y se prescinde de mayúsculas cuando se haga referencia a tablas o figuras dentro del texto.
- Las citas de más de cuarenta palabras se sangran. Las elisiones van entre corchetes con tres puntos suspensivos; si la omisión de uno o varios párrafos ocurre en medio de un texto citado entre comillas, en lugar de los corchetes con puntos suspensivos se pone doble barra recta: ||.
- Cuando se incluyen referencias o bibliografía de internet se aceptan páginas estables y confiables de instituciones reconocidas.
- Las notas aclaratorias se indicarán con un superíndice en arábigos, después de la puntuación, e irán al pie de la página.
- Para símbolos y expresiones matemáticas debe utilizarse un editor de ecuaciones compatible con Word; se enumeran consecutivamente con un número arábigo entre paréntesis. Deben tener la misma fuente que el resto del texto.



